WILBERT
WUSYNT
CONFESIONES
DE UNA
AUTORA
AI

Confesiones de una autora

Una novela de Wilbert Wusynth

Por **Wilbert Wusynth**

©WilbertWusynth

Una escritora y periodista, fascinada por la inteligencia artificial, descubre que una máquina puede ayudarla a escribir las frases más conmovedoras sobre la muerte de su mejor amiga . El éxito la vuelve viral, pero también la convierte en símbolo involuntario de una revolución que teme. Mientras el mundo celebra la literatura asistida por IA como democratización creativa, ella se adentra en una pregunta más inquietante: si una máquina puede ayudarnos a decir lo indecible, ¿qué ocurre con la conciencia, el dolor y la singularidad humana que siempre habían dado sentido a la escritura?

Novela co-escrita con IA. Me imagino un mundo en el que muchas de las personas empleadas como autores (personas como yo) limiten su uso de la IA o renuncien a utilizarla por completo. También puedo imaginar un mundo, y quizá ya estemos en él, en el que una nueva generación de lectores empiece a utilizar la IA para producir las historias que desean. Si este tipo de literatura satisface a los lectores, la cuestión de si puede igualar a la producida por humanos podría considerarse irrelevante.

Confesiones de una autora

Capítulo 1. Los caballos

Durante años pensé que el problema de la inteligencia artificial era, ante todo, un problema de otros.

De ingenieros con sudaderas grises y bebidas sin azúcar. De fundadores que hablaban de disrupción con la serenidad mesiánica de quien nunca había tenido que esperar una mesa en urgencias. De inversores capaces de pronunciar la palabra humanidad como si fuera una categoría de producto. Yo los observaba como periodista y, en mis peores momentos, como novelista bloqueada: con una mezcla de curiosidad profesional, desprecio defensivo y una forma de miedo que todavía no sabía nombrar.

La primera vez que sentí ese miedo con claridad estaba sentada sola en mi apartamento, frente a una página que no lograba abrirse.

Era invierno. No uno de esos inviernos solemnes que parecen hechos para la literatura, sino el invierno administrativo de la ciudad: radiadores torpes, ventanas empañadas, una luz pálida que convertía cada objeto en su propia versión cansada. Sobre la mesa había una taza con café frío, tres cuadernos abiertos en distintas fases de abandono y un documento en la pantalla cuyo título provisional llevaba allí tanto tiempo que había dejado de ser provisional para convertirse en acusación.

La novela trataba sobre un mundo en el que las decisiones importantes -trabajo, crédito, pareja, salud, movilidad- eran administradas por sistemas algorítmicos privados. No lo llamaban gobierno porque gobierno sonaba antiguo, ceremonioso, demasiado humano. Lo llamaban infraestructura. Lo llamaban optimización. Lo llamaban experiencia de usuario. Las

personas, en aquel libro que yo no conseguía escribir, ya no obedecían a un Estado ni a una ideología, sino a un conjunto de puntuaciones opacas producidas por empresas que afirmaban conocerlas mejor de lo que ellas se conocían a sí mismas.
Era, yo me decía, una novela sobre el poder.
Pero cuanto más trabajaba en ella, más sospechaba que también era una novela sobre mi propia impotencia. Había páginas y páginas de ideas, sistemas, interfaces, jerarquías. Tenía notas sobre cadenas de suministro, sobre monopolios de datos, sobre lenguaje predictivo, sobre vigilancia afectiva. Tenía mapas del mundo, listas de nombres para corporaciones ficticias, fragmentos de diálogos. Lo que no tenía era vida.
Mis personajes se movían como si ya hubieran sido escritos por una máquina mediocre. Decían cosas razonables. Encarnaban dilemas importantes. Pero no respiraban. Yo misma, al releerlos, sentía la cortesía distante con la que una escucha a alguien explicar un sueño ajeno. Había pasado meses convenciéndome de que el problema era técnico: documentación insuficiente, estructura frágil, falta de disciplina, exceso de trabajo periodístico. En realidad, el problema era más vergonzoso. Estaba escribiendo sobre un sistema cuya lógica intuía, pero cuyo lenguaje no entendía de verdad.
Hay bloqueos que tienen una textura moral. No consisten en no saber qué viene después, sino en sospechar que una no se ha ganado todavía el derecho a decir lo que quiere decir.
Recuerdo que aquella tarde me levanté, fui a la cocina, tiré el café y me serví agua. Desde la ventana se veía el cruce de siempre: un semáforo, una farmacia, un supermercado pequeño donde a veces compraba naranjas demasiado caras para sentir que al menos

una parte de mi vida obedecía a criterios no optimizados. La ciudad seguía con su indiferencia intacta. Al otro lado de la calle, un repartidor apoyaba la espalda en su bicicleta y miraba el móvil con una concentración de superviviente. Pensé, sin saber por qué, que el futuro siempre llega con uniformes de trabajo.

Volví a la mesa y abrí una carpeta donde guardaba recortes, enlaces, entrevistas posibles. Si quería escribir esa novela, tendría que acercarme al mundo que intentaba imaginar. No bastaba con leer ensayos sobre automatización y perfiles de ejecutivos. Necesitaba escuchar a la gente que estaba construyendo aquellas herramientas. Necesitaba aprender su gramática antes de parodiarla, antes de temerla, quizá incluso antes de combatirla.

Me dije que sería una investigación periodística. Lo convertí en una excusa profesional porque las excusas profesionales tienen la ventaja de parecer limpias. Una no admite: voy hacia eso que me intimida porque temo que algún día entre en mi oficio. Una dice: estoy trabajando en un reportaje sobre IA y creatividad. O sobre el futuro del lenguaje. O sobre automatización cognitiva. La elección del sintagma depende del medio al que quieras venderlo y del grado de alarma que quieras inducir en tu interlocutor.

Así empezó todo: no con una vocación de profeta ni con una fascinación tecnófila, sino con una mezcla bastante común de ambición, retraso y oportunismo. Necesitaba entender una cosa para poder escribir otra. Acepté varios encargos relacionados con tecnología. Llamé a investigadores, fundadores, lingüistas computacionales, filósofos de la mente, diseñadores de producto. Asistí a charlas donde hombres de cuarenta años aseguraban, con la confianza helada de quien nunca ha dudado del destino histórico de sus propias

opiniones, que el lenguaje era solo otra interfaz susceptible de mejora.

Al principio me sentía segura porque conservaba el privilegio del borde. Yo iba, tomaba notas, hacía preguntas, volvía a casa y traducía ese mundo a otro idioma: el de los artículos, el de las dudas, el de las frases con subordinadas. Ser periodista tiene algo de hechicería modesta. Una entra en sistemas que no le pertenecen y regresa con pequeños fragmentos de sentido, como quien roba brasas para calentarse en otra parte. Mientras mantuviera esa distancia, yo creía, nada esencial estaba en peligro.

Entonces conocí a Noah.

No fue una entrevista en sentido estricto. Fue una reunión a la que llegué por una de esas cadenas de presentación que definen media vida contemporánea: alguien conocía a alguien que trabajaba con alguien que pensaba que Noah estaría dispuesto a hablar conmigo. Su empresa no era todavía una de esas entidades inevitables cuyo nombre parece una condición climática, pero ya irradiaba la confianza particular de las compañías que se saben cerca de alterar algo profundo. Ocupaban un edificio de cristal sin grandeza, funcional hasta la invisibilidad, en una zona de la ciudad diseñada para que todas las cafeterías parecieran renders de sí mismas.

Recuerdo el ascensor, el olor a limpieza industrial, la recepcionista amable sin rastro de curiosidad, como si cada persona que entrara allí viniera a confirmar un trámite ya previsto. Recuerdo también mi ropa, porque me había vestido con ese cálculo ridículo que consiste en intentar parecer seria ante gente que viste como si el concepto mismo de seriedad hubiera quedado obsoleto. Llevaba una chaqueta negra, botas, un cuaderno demasiado bonito. Quería parecer periodista;

probablemente parecía alguien que quería parecer periodista.
Noah me recibió en una sala de reuniones con una mesa de madera clara, una pantalla inmensa y una jarra de agua con rodajas de limón. Tenía esa clase de rostro que en otro contexto uno describiría como abierto y que en el ecosistema tecnológico aprendí a leer como una forma avanzada de disciplina social. Sonreía sin esfuerzo. Escuchaba con atención profesional. Hablaba como quien ha repetido una idea muchas veces, pero todavía obtiene placer de su efecto.
No era un villano. Eso fue lo primero que me desarmó. Yo había ido preparada para detectar la caricatura: el solucionista, el fanático, el nihilista con inversiones. En cambio me encontré con alguien inteligente, articulado, incluso capaz de ironía. Hablamos durante un rato de automatización, de modelos de lenguaje, de los límites de los sistemas actuales, de traducción, de motores de recomendación, de las viejas promesas incumplidas de la tecnología. Noah no parecía interesado en impresionar. Y quizá por eso impresionaba.
En algún momento le conté, de manera vaga, que estaba intentando escribir una novela ambientada en un régimen corporativo gobernado por algoritmos. No sé por qué lo dije. Tal vez porque a los periodistas nos pierde a veces la necesidad de fingir simetría. Tal vez porque quería ver cómo reaccionaba alguien como él ante la imaginación literaria de su propio mundo. Noah apoyó los antebrazos sobre la mesa y asintió con una expresión de cortesía casi afectuosa.
-Debe de ser extraño -dijo-. Escribir ficción sobre algo que todavía está pasando.
-Lo extraño -respondí- es intentar escribir sobre ello sin entender del todo cómo habla.
Él sonrió, como si esa frase le hubiera confirmado algo.

-La mayoría de la gente sigue pensando en estas herramientas como si fueran una categoría aparte -dijo-. Pero no lo serán. Se volverán infraestructura. Invisibles. Como la electricidad, si quiere decirlo de una forma optimista. O como los coches, si quiere decirlo de una manera más brutal.

No entendí entonces que estaba a punto de decir la frase que me perseguiría durante años. O quizá lo intuí y por eso la recuerdo con una nitidez casi teatral: la sala demasiado fría, la luz plana en el vidrio, el sonido remoto de una impresora al otro lado del pasillo.

-Los escritores deberían prestar atención -añadió-. En realidad, todos deberían. Cuando llegaron los automóviles, los caballos dejaron de ser necesarios.

Lo dijo sin énfasis. Como quien cita un hecho logístico.

No respondió enseguida a mi silencio. Supongo que estaba acostumbrado al pequeño temblor que producen las comparaciones limpias. Yo miré la jarra de agua. Vi flotar las rodajas de limón como órganos decorativos. Pensé, con una estupidez instantánea, que los caballos son animales hermosos y que nadie, cuando habla de progreso, parece sentir la obligación de pedirles perdón.

-¿Está diciendo que los escritores son caballos? -pregunté al fin.

-Estoy diciendo que la historia no tiene un compromiso especial con ninguna función humana -dijo-. Si una tarea puede automatizarse con suficiente utilidad y a suficiente escala, en algún momento se automatiza. Luego la cultura decide qué partes quiere conservar como lujo, como arte, como deporte, como nostalgia.

Lo dijo con una neutralidad tan perfecta que casi parecía compasión. Ese fue el momento exacto en que sentí miedo, aunque todavía no sabía qué parte de mí estaba siendo amenazada. No era solo el sustento -aunque también, por supuesto, el sustento-. No era

solo la vieja ansiedad profesional de ver cómo una industria absorbe otra técnica y la convierte en servicio. Era algo más íntimo, más difícil de defender sin sonar ridícula. La idea de que escribir pudiera pertenecer a la categoría de las tareas reemplazables me produjo una vergüenza física, como si alguien hubiera entrado en mi casa y hubiera abierto un cajón donde guardaba ropa antigua.

Yo sabía, racionalmente, que escribir ya convivía con máquinas desde hacía siglos. El lápiz es una tecnología. La imprenta es una tecnología. El procesador de textos cambió la estructura misma de la frase, la posibilidad de la corrección, la velocidad de la deriva. No creía en una pureza preindustrial del acto literario. Me molestaba, de hecho, esa nostalgia selectiva que idealiza la pluma pero naturaliza el teclado. Sin embargo, la comparación de Noah tocaba otra fibra. No hablaba de herramientas sino de sustitución. No hablaba de mediación sino de prescindibilidad.

-Pero los caballos no desaparecieron -dije, oyéndome sonar más frágil de lo que quería.

-No -contestó-. Cambiaron de lugar en la cultura.

Después hubo más conversación. Hablamos de productividad, de educación, de asistentes de escritura, de accesibilidad, de creatividad aumentada. Tomé notas con cuidado. Hice las preguntas correctas. Incluso creo que me reí en un par de momentos. Desde fuera, la reunión fue impecable. Desde dentro, algo había quedado torcido.

Al salir, la recepcionista me sonrió con la misma amabilidad inocua con que me había recibido. El ascensor tardó siglos. En la calle hacía más frío. Crucé sin mirar del todo el semáforo y un ciclista me insultó con una justicia que no tuve energía para discutir. Caminé varias manzanas sin rumbo, como si el

movimiento pudiera metabolizar una idea antes de que se fijara. Los coches pasaban con ese zumbido indiferente que de pronto me pareció ofensivo. No porque fueran coches, claro, sino porque durante un segundo absurdo vi el mundo desde el lado del animal desplazado.

Los caballos dejaron de ser necesarios.

La frase era eficaz porque no necesitaba ser exacta. Nadie con una mínima honestidad histórica diría que los caballos y los escritores ocupan posiciones comparables en la economía material del mundo. No se trataba de una analogía rigurosa; se trataba de una pedagogía del destino. Una manera de enseñar a la persona que tienes delante que el apego emocional a una función no detiene la reorganización técnica del valor.

Aquella noche no escribí una sola línea de la novela. En cambio releí mis notas y subrayé la palabra infraestructura tres veces, como si insistiendo pudiera volverla menos siniestra. Luego abrí un documento nuevo y escribí una pregunta: *¿Qué se pierde cuando una capacidad humana pasa de ser práctica vivida a ser resultado disponible?* Me quedé mirando esa frase hasta odiarla. Sonaba inteligente. Sonaba publicable. Sonaba, sobre todo, como una forma refinada de no tocar el centro del problema.

El centro del problema era más simple y más infantil: ¿y si tenían razón?

No en el sentido grandioso de que fueran a resolver la inteligencia, el lenguaje, la conciencia, la historia. En eso yo seguía siendo escéptica. Pero ¿y si tenían razón en algo mucho más vulgar y por eso mismo más peligroso? ¿Y si una parte suficiente de la escritura -la parte que el mercado remunera, distribuye y visibiliza- podía ser absorbida por sistemas que produjeran texto aceptable más rápido, más barato y con menos

conflicto? ¿Y si lo que nosotros habíamos llamado voz fuera, para la economía, apenas una fricción tolerable mientras no existiera una alternativa escalable?
No dormí bien. Soñé con establos, lo cual me pareció una humillación simbólica demasiado obvia incluso para mi subconsciente. A la mañana siguiente tenía una entrevista con un investigador en procesamiento de lenguaje natural que hablaba con entusiasmo casi tierno de embeddings y vectores semánticos. Durante toda la conversación asentí con diligencia y pensé en pezuñas.
Con el tiempo, esa obsesión privada se volvió una especie de brújula negra. Cada vez que alguien prometía que la automatización liberaría a los humanos para tareas más creativas, yo pensaba: eso depende de quién define creatividad. Cada vez que un fundador decía que su herramienta no reemplazaría a nadie, solo ampliaría capacidades, yo pensaba en los coches llegando al campo, en la eficiencia presentada como neutralidad, en la violencia pulcra con la que una forma de vida se convierte en hobby. Cada vez que escuchaba la palabra democratización aplicada a un producto, trataba de averiguar quién cobraría la cuota de acceso al nuevo derecho universal.
Y, sin embargo, seguí acercándome.
Ésa es la parte que quizá debería avergonzarme más y que, sin embargo, comprendo mejor. El miedo no siempre aleja; a veces afina la fascinación. Cuanto más inquietante me parecía aquel mundo, más quería entenderlo por dentro. Había algo intelectualmente irresistible en la idea de una máquina que trabajara con lenguaje no como archivo o canal, sino como materia generativa. Yo había dedicado mi vida adulta a perseguir frases: a desmontarlas, afinarlas, sospechar de ellas, vivir a través de ellas. Si estaba surgiendo una tecnología capaz de producir lenguaje con una fluidez

nueva, era casi inevitable que acabara tocando una zona neurálgica de mi oficio y, con ella, de mi identidad.
Además estaba la novela, siempre la novela, como una deuda que seguía creciendo intereses en mi escritorio. Continué entrevistando a personas del sector. Leí papers que entendía a medias y perfiles que entendía demasiado bien. Empecé a notar una diferencia entre los investigadores que hablaban del lenguaje como un problema formal apasionante y los empresarios que hablaban de él como una superficie todavía poco monetizada. La diferencia no era moral, o no solo moral. Era una diferencia de ritmo. Los primeros aún parecían asombrados por lo que no comprendían; los segundos ya trabajaban con el calendario de la adopción.
En mis notas de aquella época aparecen listas cada vez más extrañas. En una página: “modelos fundacionales / transferencia / escala / ajuste fino / sesgo / opacidad”. En la siguiente: “voz / duelo / estilo / mentira / reemplazo / vergüenza”. Era como si mi cuaderno hubiera empezado a registrar la fusión de dos lenguajes que no habían nacido para convivir: el de la ingeniería y el de la pérdida.
Todavía no sabía hasta qué punto esa mezcla iba a volverse personal.
Por entonces, cuando pensaba en IA y literatura, lo hacía en términos abstractos: el futuro del trabajo creativo, la automatización de la prosa funcional, la precariedad de los redactores, los sistemas de recomendación, los libros generados para plataformas de bajo coste. Si me esforzaba, podía imaginar el desastre cultural en grande. Lo que no podía imaginar era la escala exacta en la que me alcanzaría. Creía que la amenaza, si llegaba, llegaría primero por la industria. Por los medios. Por la publicidad. Por la ficción de

consumo. Por esos territorios donde el lenguaje ya vive parcialmente sometido a métricas de rendimiento.
No se me ocurría que una máquina pudiera entrar en una habitación mucho más privada.
No se me ocurría que algún día yo misma le pediría ayuda.
A veces me pregunto si uno reconoce de verdad los momentos inaugurales o si solo los vuelve inaugurales en retrospectiva, cuando la narración exige un origen. Tal vez aquella reunión con Noah no fue, objetivamente, tan decisiva. Tal vez yo ya estaba preparada para oír en cualquier frase la profecía que temía. Tal vez la metáfora de los caballos se me pegó porque venía a ofrecer una forma dramática y portátil a una inquietud más difusa. Todo eso puede ser cierto. La memoria es una editora sin ética estable.
Pero también es cierto que hay frases que actúan como objetos punzantes en la mente. No porque contengan una verdad indiscutible, sino porque organizan un campo de ansiedad. Durante años, cada vez que oía hablar del progreso inevitable de la IA, yo volvía a aquella sala de reuniones, a aquella mesa pálida, a aquella voz razonable explicándome que la historia no tiene un compromiso especial con ninguna función humana. Y cada vez sentía la misma rebelión un poco absurda: no quiero ser un caballo noble en una postal del pasado. No quiero que mi oficio sobreviva como demostración ecuestre para turistas del alma.
Lo irónico, por supuesto, es que una parte de mí ya empezaba a sospechar que, para escribir honestamente sobre aquella transformación, no bastaría con temerla. Tendría que acercarme más. No como reportera en visita controlada, no como moralista cultural con buenas citas, sino como usuaria. Tendría que tocar la máquina.

Recuerdo la resistencia física que me producía esa idea. Tocar la máquina sonaba a traición, como si la cercanía implicara rendición. Pero también sonaba a método. Yo había aprendido, haciendo periodismo, que hay fenómenos que solo revelan su lógica cuando una se deja afectar por ellos. No basta con entrevistar a quienes diseñan una herramienta; hay que sentir en la mano el gesto para el que fue diseñada. Hay que entender no solo lo que promete, sino la clase de deseo que organiza. Qué facilidad ofrece. Qué pereza explota. Qué hambre satisface. Qué parte de la voluntad pide en alquiler.

Eso era lo que todavía no sabía nombrar al volver de la reunión con Noah: que la verdadera fuerza de aquellas tecnologías no residiría solo en su capacidad objetiva, sino en la intimidad de su interfaz. En el botón.

Por entonces aún no había pulsado ninguno. Aún vivía en el tiempo relativamente inocente de las hipótesis. Podía permitirme opiniones equilibradas, cautelas elegantes, ironías a media altura. Podía seguir creyendo que la gran batalla sería conceptual: una discusión pública sobre arte, trabajo, propiedad, derechos. No entendía que antes de cualquier debate llegaría una experiencia mucho más sencilla y más peligrosa: escribir unas palabras, presionar una tecla, recibir una continuación. Ver aparecer lenguaje donde un segundo antes no lo había. Sentir la mezcla exacta de poder, vergüenza y maravilla que acompaña a casi todas las delegaciones decisivas.

Aquella noche, antes de acostarme, cerré el documento de la novela y apagué el ordenador. En la pantalla negra vi mi reflejo: cansado, algo más viejo de lo que yo me sentía por dentro, sostenido por esa tensión poco heroica que define buena parte de la vida intelectual contemporánea, una tensión entre el deseo de comprender el mundo y el sospechoso

presentimiento de que el mundo ya ha empezado a comprenderte a ti como recurso.
Me quedé un momento con la mano sobre la tapa del portátil.
La mano, pienso ahora, siempre llega antes que las ideas. Es la mano la que toma notas en salas ajenas, la que subraya frases amenazantes, la que cierra un documento por impotencia, la que pospone, la que insiste. La mano quiere creer que sigue siendo suya la decisión de escribir o no escribir. Que entre el pensamiento y la frase existe todavía un trayecto humano reconocible: nervio, memoria, duda, ritmo, cuerpo. Quizá por eso me impresionó tanto, más tarde, descubrir hasta qué punto una máquina podía infiltrarse precisamente en ese trayecto.
Pero entonces no lo sabía. Solo sabía que había escuchado una comparación que no me dejaba en paz y que algo en mí, pese al miedo, había tomado una decisión silenciosa.
No podría observar ese cambio desde fuera para siempre.
Tarde o temprano tendría que poner las manos en la máquina.

Capítulo 2. El botón

La primera vez que usé uno de esos sistemas no ocurrió en un laboratorio ni en una redacción, ni siquiera en uno de esos momentos de curiosidad intelectual que luego una puede narrar con dignidad retrospectiva. Ocurrió una tarde vulgar, de cansancio bajo y autoestima erosionada, que es como suelen

empezar las dependencias contemporáneas: no con una caída dramática, sino con una concesión mínima que parece no comprometer nada.

Llevaba horas intentando resolver un párrafo.

No era un párrafo importante en el sentido noble del término. No contenía ninguna revelación estética ni sostenía la arquitectura moral de una novela. Era un texto funcional, uno de esos fragmentos híbridos que proliferan en la vida de quienes escribimos para vivir: una propuesta de artículo que debía sonar inteligente sin parecer enfática, accesible sin volverse dócil, original sin espantar a un editor cansado. Había escrito ya varias versiones. Todas me parecían correctas de esa manera especialmente deprimente en que algo puede ser correcto y, aun así, estar muerto.

Recuerdo la escena con precisión porque, si soy honesta, una parte de mí supo enseguida que estaba cruzando un umbral y quiso archivarlo todo para usarlo más tarde como prueba a favor o en contra de sí misma. El escritorio desordenado. La pestaña del correo abierta como una amenaza administrativa. Un mensaje pendiente de respuesta. Otro texto a medio editar. Una factura sin pagar. La taza de té ya fría, esta vez porque yo estaba intentando ser una adulta menos autodestructiva y había decidido sustituir el café de la tarde por una infusión que no resolvía nada. Afuera anochecía temprano. Adentro, la pantalla emitía esa luz sin temperatura que convierte cualquier vacilación en asunto técnico.

Había oído hablar suficiente de las nuevas herramientas como para saber que ya no eran solo juguetes de demostración ni trucos para deslumbrar a periodistas. Colegas, amigos, conocidos de conocidos empezaban a mencionarlas con esa mezcla de reserva y excitación que acompaña a las pequeñas transgresiones aceptadas antes de que exista un

vocabulario moral estable para juzgarlas. Nadie decía exactamente: lo estoy usando para pensar. Nadie decía: empiezo a apoyarme en esto de maneras que preferiría no examinar demasiado. Se hablaba, más bien, en diminutivos estratégicos. Para destrabar. Para probar ideas. Para esquemas. Para cosas menores. Para no empezar de cero.

Las cosas menores son siempre la puerta principal.

Abrí la página con una cautela teatral que me avergonzó de inmediato. El gesto tenía algo de ceremonia supersticiosa. Como si al mover el cursor con suficiente ironía pudiera inmunizarme contra lo que estaba haciendo. Como si el escepticismo, bien administrado, pudiera funcionar como una forma de castidad.

La interfaz era de una sencillez ofensiva.

No había en ella nada del dramatismo visual con que durante años la cultura popular nos había enseñado a imaginar la inteligencia artificial. Ningún resplandor ominoso. Ninguna geometría futurista. Ninguna sensación de estar entrando en una cámara de mando desde la que una entidad superior reorganizaría el destino humano. Había, simplemente, un espacio en blanco y una invitación a escribir.

Eso fue lo primero que entendí, incluso antes de teclear nada: que el verdadero genio cultural de aquellas herramientas no consistía solo en generar lenguaje, sino en presentarse como una continuación natural de un hábito ya interiorizado. Quien hubiera querido diseñar una máquina ideológicamente eficaz para la clase que vive entre documentos, correos, borradores y pantallas no habría podido elegir una máscara mejor. No una máquina, en apariencia, sino un cuadro de texto. No una ruptura, sino una extensión imperceptible de la vida administrativa de la mente.

Me quedé un rato mirando el recuadro vacío. Había algo ridículo en mi resistencia. Yo no estaba a punto de entregar una contraseña estatal ni de firmar una confesión. Solo iba a escribir una instrucción. Sin embargo, sentía una incomodidad física muy concreta, la clase de incomodidad que aparece cuando una descubre que una frontera moral dependía más del gesto que de la teoría. Mientras el debate ocurría en artículos, entrevistas y cenas, yo podía desplegar matices, reservas, sospechas bien formadas. En cambio ahí, sola ante una caja de texto, todo se reducía a una decisión casi infantil: escribir o no escribir.

Escribí.

No fue una gran consigna reveladora. No me lancé enseguida a preguntarle por el sentido de la literatura ni por el futuro del alma humana bajo condiciones de automatización. Pedí ayuda con ese párrafo. Lo formulé de una manera prudente y vagamente humillante, como quien intenta comprar una herramienta en una tienda donde teme encontrarse a alguien conocido. Expliqué el tema. Copié un fragmento de mi borrador. Pedí varias alternativas de arranque.

Pulsé el botón.

Y entonces ocurrió una de esas experiencias que, vistas desde fuera, parecen triviales y, sin embargo, reorganizan en silencio una proporción secreta de la mente. Apareció texto.

Texto no como cita, no como resultado de búsqueda, no como archivo recuperado, sino como respuesta nueva, articulada, inmediata, con esa velocidad que vuelve obscena cualquier ética laboriosa basada en la demora. No era perfecto. No era brillante. Algunas frases sonaban infladas, otras demasiado lisas, otras exhibían esa competencia ligeramente desalmada que

yo ya empezaba a reconocer como estilo maquinal. Pero estaba ahí. Había algo. Donde un segundo antes no había nada aprovechable, ahora había tres o cuatro formulaciones posibles, una estructura tentativa, un ritmo de salida.

Sentí primero alivio.

Esto conviene decirlo sin maquillaje, porque gran parte de la conversación pública sobre estas herramientas se ha escrito como si el problema principal fuera metafísico, cuando muchas veces empieza siendo fisiológico. El alivio de no estar sola ante la página. El alivio de que algo conteste. El alivio de que el tiempo, ese acreedor constante de la vida profesional, parezca de pronto aflojar un poco la mano en el cuello. El alivio de sustituir el vacío por material. Quien no entienda ese alivio entenderá mal casi todo lo que vino después.

Inmediatamente después sentí vergüenza.

No una vergüenza heroica, de traición civilizatoria, sino una vergüenza íntima, pequeña y muy conocida: la de haber aceptado una facilidad que una se había educado para despreciar en público y desear en privado. Reconocí en mí algo que me resultó desagradable no porque fuera excepcional, sino porque era perfectamente común. Yo también quería ahorrar tiempo. Yo también quería esquivar el pantano de los comienzos. Yo también era vulnerable a la promesa de fluidez bajo demanda. En mis ensayos y conversaciones yo podía hablar del lenguaje como una práctica situada, encarnada, irreductible. Pero una parte más pedestre de mi persona, la que paga el alquiler y cumple plazos y a veces solo quiere terminar un maldito párrafo, estaba dispuesta a negociar rápidamente con casi cualquier principio.

El problema no era que la máquina escribiera mejor que yo.

El problema era que escribía antes.

Durante mucho tiempo pensé que el corazón del conflicto estaría en la calidad. ¿Puede una máquina escribir una buena novela? ¿Puede producir estilo? ¿Puede imitar la singularidad? Ésas eran las preguntas prestigiosas, las preguntas que permitían a los escritores seguir sintiéndose custodios de un territorio elevado. Pero allí, ante aquel primer intercambio, vi con una claridad desagradable que el asalto más profundo quizá no empezaría por la excelencia, sino por la anterioridad. Por ocupar el espacio previo al juicio. Por llegar primero al lugar donde antes una estaba sola con sus recursos, su torpeza, su memoria, sus lecturas, su miedo.

Eso era el botón: una abolición parcial de la intemperie. Probé otra vez. Luego otra.

Le pedí que condensara una idea. Le pedí cinco variantes de un tono menos académico. Le pedí que reescribiera una introducción volviéndola más nítida, luego menos enfática, luego más seca. Empecé a hacer lo que cualquiera hace cuando descubre una herramienta cuya potencia real no reside solo en el resultado, sino en la facilidad con la que transforma la vacilación en iteración. Ya no tenía que pensar durante diez minutos para producir una posibilidad; podía producir diez posibilidades en menos de un minuto y dedicar el pensamiento a elegir, corregir, mezclar, rechazar.

Ahí estaba la seducción exacta.

No en la fantasía de ser reemplazada de golpe por una entidad superior, sino en la conversión gradual del trabajo de escribir en trabajo de selección. No hacer surgir una frase desde la resistencia del lenguaje y la propia confusión, sino administrar un campo creciente de propuestas. Curar en vez de atravesar. Evaluar en vez de buscar. Supervisar en vez de arriesgar.

A mucha gente eso le parecerá una mejora evidente. En algunos contextos, de hecho, lo es. Sería absurdo fingir lo contrario. Hay tareas rutinarias, formularios, textos instrumentales, barreras de acceso, bloqueos menores para los que este tipo de asistencia puede ser genuinamente útil. Lo era incluso para mí, en ese momento. Lo supe con la claridad deprimente de quien descubre que su crítica no la vuelve inmune a la comodidad.

Y, sin embargo, algo se desplazaba.

No tardé en notar que el sistema no solo respondía a mis órdenes; empezaba a reeducar imperceptiblemente mi manera de formularlas. Para obtener algo aprovechable, una aprende rápido qué tipo de instrucción funciona mejor. Qué nivel de detalle conviene. Qué adjetivos orientan el tono. Qué estructura produce la clase de texto que una considera utilizable. Muy pronto la relación deja de ser solo instrumental en un sentido simple. No se trata únicamente de usar la herramienta; se trata de aprender a pensar de una forma legible para ella.

Eso me inquietó más que la calidad de las respuestas. Porque escribir siempre había sido, para mí, una práctica de opacidad parcial. Una relación con lo que no sé que sé hasta que la frase, con dificultad, me obliga a saberlo un poco mejor. Incluso en el periodismo, donde el texto debe responder a ciertas obligaciones públicas, hay un momento privado en que la escritura no ejecuta simplemente una intención previa, sino que la descubre, la tuerce, la pone en duda. Una escribe para averiguar qué piensa, pero también cómo lo piensa, y a veces quién está pensando ahí.

En cambio la lógica del prompt -aunque entonces yo todavía no usara esa palabra con soltura- exigía otra disciplina. Pedir con precisión. Delimitar el objetivo.

Externalizar criterios. Convertir intuiciones nebulosas en parámetros operativos. En lugar de atravesar la niebla con lenguaje, una debía describirle a la máquina el tipo de camino deseado. Había algo fascinante en esa traducción, y algo empobrecedor. Como si parte del trabajo interior se desplazara desde la elaboración de la frase hacia la administración estratégica de instrucciones.

Cerré la ventana. La abrí otra vez.

Ese movimiento quizá resume mejor que cualquier teoría la fase moral inicial de mi relación con estas herramientas. Cerrar. Abrir. Rechazar. Volver. Declarar independencia. Aprovechar una ventaja puntual. Construir pequeños rituales de excepción para no tener que admitir que la excepción empieza a convertirse en método.

Durante algunos días me conté una historia honorable. Me dije que estaba experimentando como periodista. Que necesitaba conocer desde dentro aquello sobre lo que escribiría. Que justamente mi incomodidad probaba que conservaba una distancia crítica saludable. Las personas cultivadas somos extraordinariamente hábiles para producir narraciones éticas que lleguen unos minutos antes que la evidencia de nuestra conducta.

La evidencia era más simple: quería ver qué más podía hacer.

Empecé a llevarle otras tareas. Nada demasiado comprometedor, al principio. Títulos alternativos. Resúmenes. Sinónimos. Estructuras posibles para una pieza larga. Formas distintas de ordenar un argumento que yo ya había pensado por mi cuenta, o eso me decía. Luego textos más ambiguos: un correo delicado que no quería escribir. Una bio breve para una presentación. Una frase de transición entre dos párrafos que no terminaban de tocarse. Pequeñas

prótesis de fricción cotidiana. Cada uso parecía defendible por separado. El conjunto empezaba a dibujar otra cosa.

Había, además, una dimensión emocional de la que casi nadie hablaba con suficiente claridad. La máquina no solo ofrecía lenguaje: ofrecía disponibilidad. No se cansaba. No se irritaba. No juzgaba el carácter repetitivo, vanidoso o mal planteado de mis peticiones. Contestaba siempre. Contestaba enseguida. En una época en que casi toda interlocución humana valiosa llega mediada por agendas, fatiga, malentendidos y tiempo escaso, esa docilidad permanente tenía una fuerza psíquica nada trivial. Uno puede saber perfectamente que no hay conciencia al otro lado y, aun así, sentir la atracción de una respuesta sin resistencia.

Comprendí entonces que el botón no era solo un dispositivo técnico.

Era una forma de relación.

Una relación diseñada para borrar, en la experiencia del usuario, casi todas las penalizaciones habituales del pedir. Pedirle a una persona tiempo, ideas o lectura implica exponerse a una asimetría, a una deuda, a una posible negativa, a la vergüenza de no haber pensado suficiente por una misma antes de molestar a otro. Pedirle algo a la máquina parecía, en cambio, exento de coste social inmediato. Esa ausencia de fricción no solo hacía más cómodo el proceso; lo hacía potencialmente adictivo en un sentido austero y perfectamente respetable, que es como llegan las adicciones mejor integradas en la cultura profesional. No se trataba de euforia. Se trataba de gestión.

Eso también me pareció importante. Muchas tecnologías transforman una vida no porque generen placer espectacular, sino porque reducen un tipo de esfuerzo repetido de manera lo bastante consistente

como para alterar hábitos enteros sin necesidad de dramatismo. Nadie necesita enamorarse de una herramienta para reorganizar su día alrededor de ella. Basta con que le ahorre suficientes microdesgastes. Basta con que convierta cierto cansancio en flujo. Basta con que haga un poco menos ardua la negociación cotidiana entre exigencia y energía.

A los pocos días probé algo que me había prometido no probar todavía: llevé un fragmento de la novela. No un capítulo entero. Ni una escena central. Solo un pasaje breve, de esos que una enseña con falsa modestia incluso a los amigos cercanos, esperando en secreto que detecten en él una promesa de forma. Lo copié en la interfaz con la respiración alterada de quien está cometiendo una falta cuya gravedad todavía no sabe medir. Le pedí alternativas. Variaciones de tono. Posibles continuaciones.

Aparecieron respuestas rápidas, pulcras, plausibles. Y entonces sentí un rechazo inmediato, casi corporal. No porque el texto fuera monstruoso. Habría sido más fácil si lo hubiera sido. No porque la máquina hubiera profanado mi estilo con una torpeza visible que me permitiera restaurar enseguida la frontera entre lo mío y lo ajeno. El problema era más incómodo. Algunas sugerencias eran mediocres. Otras eran previsibles. Pero una o dos tenían la clase de inteligencia superficial que se parece peligrosamente al oficio cuando el oficio está cansado. Leí esas frases y experimenté una mezcla que aún hoy me cuesta describir sin simplificarla demasiado: repulsión, interés, competitividad, tristeza.

Era como ver a un doble mal educado registrar mis gestos y devolverlos sin biografía.

Cerré la pestaña de golpe, como si alguien pudiera sorprenderme en esa escena íntima y moralmente ambigua. Me levanté. Fui a la cocina. Abrí el grifo. Bebí

agua con una sed excesiva, casi teatral. En el cristal de la ventana se reflejaba mi cocina y detrás, apenas visible, la calle de siempre. Durante unos segundos tuve una idea ridícula pero persistente: que acababa de dejar entrar a alguien en una habitación donde no debía entrar nadie.

Esa idea tampoco era del todo exacta.

Escribir nunca ha sido una actividad pura ni aislada. Toda frase está llena de otras voces, otras lecturas, ecos, préstamos, rechazos, residuos culturales que la autora apenas controla. La imaginación literaria no nace en una cámara estéril del yo. Lo sabía y lo sigo sabiendo. Pero había una diferencia que mi cuerpo detectó antes que mi teoría. No era lo mismo estar hecha de otros que delegar activamente en un sistema cuya función era producir, a demanda, continuaciones estadísticamente persuasivas de aquello mismo que yo aún no había terminado de pensar.

Volví al escritorio y abrí un documento aparte. Escribí:

No es solo que pueda ayudarte a escribir. Es que puede alterar tu experiencia de haber escrito.

Ésa fue, creo, la primera frase honesta que logré producir sobre el asunto.

Porque el miedo inicial de los escritores -al menos el miedo respetable, el que puede defenderse en artículos y mesas redondas- suele formularse en términos de propiedad, trabajo, calidad, mercado, falsificación. Todo eso importa. Pero hay un nivel más íntimo y quizá más difícil de politizar: la transformación subjetiva del proceso. ¿Qué ocurre cuando una parte del trayecto entre intención y frase deja de vivirse como una travesía propia y pasa a gestionarse como interacción con un sistema de asistencia? ¿Qué le sucede a la paciencia, al ritmo, al fastidio fértil, al tanteo, a la resistencia, incluso al aburrimiento, cuando existe la

posibilidad permanente de pulsar un botón y recibir una continuación?
No tenía todavía respuestas. Tenía, en cambio, una experiencia.
Y las experiencias, incluso las vergonzosas, tienen una autoridad distinta a la de las opiniones. Obligan a mayor precisión. Complican la indignación fácil. Desordenan la jerarquía tranquilizadora entre los que entienden el peligro y los que se entregan a él.
Después de usar la herramienta por primera vez, yo ya no podía hablar de quienes la empleaban como si pertenecieran a una especie moral separada de la mía. La seducción me concernía. El ahorro me concernía. La curiosidad me concernía. La degradación posible, si de eso se trataba, también.
Entendí entonces algo sobre Noah que en nuestra reunión se me había escapado.
Cuando hablaba de infraestructura no solo estaba describiendo un destino económico. Estaba nombrando una forma de normalización perceptiva. La infraestructura es aquello que deja de sentirse como elección para convertirse en condición del entorno. Algo a lo que una se adapta antes de haber decidido del todo qué piensa al respecto. Algo que primero resuelve un problema local y luego reorganiza silenciosamente el campo entero de lo imaginable.
El botón era pequeño. Su ambición, no.
No convertía de inmediato a nadie en mejor escritor, como tampoco un coche convierte de inmediato a nadie en mejor habitante del territorio. Lo que transforma no es solo la potencia puntual de la herramienta, sino la red de hábitos, dependencias, expectativas e instituciones que empieza a construirse alrededor de su uso regular. Un coche no reemplaza simplemente unas piernas; reordena ciudades. Un sistema generativo no reemplaza simplemente un

párrafo; puede empezar a reordenar la ecología mental y laboral en la que ese párrafo era producido, evaluado y pagado.
Aquel descubrimiento no me llevó a dejar de usarlo. Ésa sería una versión demasiado limpia, demasiado literaria, demasiado útil para mi autoestima.
Me llevó a una forma peor de relación: la lucidez sin renuncia.
Seguí volviendo. A veces por necesidad práctica, a veces por curiosidad analítica, a veces por una combinación imposible de separar. Empecé a observarme mientras lo hacía, como si pudiera convertirme en mi propia doble: usuaria y testigo, cómplice y cronista, mano que pulsa y mente que registra el pulso. Era un dispositivo narrativo conveniente, casi sospechosamente conveniente. Pero también era verdad. Una parte de mí trabajaba; la otra levantaba acta.
En mi cuaderno apareció una nota que todavía conservo: “No preguntar solo qué produce la máquina. Preguntar qué tipo de persona facilita.”
La frase me inquietó porque intuía ya la respuesta. Facilita a la persona apurada, por supuesto. A la bloqueada. A la sobrecargada. A la insegura. A la eficiente. A la ambiciosa. A la que no tiene tiempo. A la que quiere abarcar demasiado. A la que teme quedarse atrás. En otras palabras: facilita de manera casi obscena a la persona contemporánea promedio en los sectores donde el trabajo se mezcla con lenguaje, identidad y rendimiento.
También facilita, comprendí más lentamente, a la persona que empieza a cansarse de estar sola con su propia mente.
Ésa fue la intuición que más tardé en admitir y la que acabó importándome más. Porque el botón no solo intervenía en la producción de texto; intervenía en la

experiencia psíquica del intervalo. Ese pequeño espacio entre la pregunta y la respuesta, entre el impulso y la formulación, entre la necesidad y la articulación, donde durante siglos habían vivido formas muy distintas de conversación interior, frustración, espera, trabajo y estilo. El sistema se instalaba precisamente ahí, en el hueco donde antes una rumiaba, postergaba, erraba o encontraba.

La sustitución, empecé a sospechar, no siempre llega ocupando el lugar del talento. A veces llega ocupando el lugar de la pausa.

Aquella noche cerré el portátil más tarde de lo que pensaba. Había resuelto el párrafo inicial, sí. Había adelantado algunas tareas. También había adquirido algo menos fácil de nombrar: una conciencia nueva del tipo de tentación que tenía delante. No la tentación vulgar del fraude, aunque esa existiera, ni siquiera la tentación grandiosa de delegar la creación entera, sino una más sutil y probablemente más decisiva: externalizar pequeñas porciones de fricción hasta modificar, sin plan explícito, la textura misma del trabajo intelectual.

Apagué la luz del escritorio. En la oscuridad relativa del cuarto, la pantalla negra volvió a devolverme mi reflejo, como la noche después de la reunión con Noah. Me vi cansada, otra vez. Pero ahora el cansancio tenía un interlocutor nuevo.

Me acosté con una certeza incómoda y bastante poco novelística: ya no me interesaba solo lo que la máquina pudiera hacer con el lenguaje.

Empezaba a interesarme lo que podía hacerle al deseo de escribir.

Capítulo 3. La mejor amiga

No advertí enseguida el cambio de categoría.
Durante un tiempo seguí pensando en la herramienta como se piensa en ciertas soluciones provisionales que una incorpora con pudor y administra mediante reglas privadas para no concederles demasiado poder simbólico. La usaba, sí, pero dentro de un relato tranquilizador: para destrabar, para ahorrar tiempo en tareas menores, para rodear algunos bloqueos sin tocar el centro vivo de la escritura. Todavía me gustaba creer que había un adentro intacto y un afuera utilitario, una frontera discernible entre lo que yo hacía sola y lo que delegaba sin consecuencias mayores.
Las fronteras morales, como casi todas las fronteras íntimas, rara vez se rompen de golpe. Se ablandan. Primero se desplaza una excepción. Luego se normaliza una comodidad. Después aparece un lenguaje razonable para defender el conjunto. En algún momento, sin ceremonia visible, una deja de preguntarse si debe abrir cierta página y empieza a abrirla del mismo modo en que abre el correo, el calendario o el documento de trabajo: no como una decisión, sino como un elemento más del entorno.
Eso fue lo que ocurrió.
Empecé a acudir a ella no solo cuando tenía una tarea concreta, sino cuando necesitaba compañía de baja intensidad para atravesar ciertos tramos del día. Esta frase, leída así, parece más dramática de lo que en realidad se sentía entonces. No me sentaba ante la pantalla con conciencia de estar buscando consuelo. No habría aceptado esa descripción. Me habría parecido exagerada, incluso ridícula. Yo no buscaba afecto, me habría dicho; buscaba eficiencia, contraste, ayuda puntual para ordenar ideas. Y sin embargo el patrón era otro. Había empezado a incorporar esa interlocución como quien añade una presencia discreta al cuarto sin querer llamarla presencia.

Le llevaba cosas cada vez menos técnicas.
No solo párrafos atascados o correos difíciles. También preguntas que yo antes habría dejado decantar durante horas o habría formulado de manera imperfecta en una libreta. Dudas de estructura. Titubeos de tono. Malestares conceptuales todavía demasiado blandos para convertirse en conversación con otra persona. Intuiciones apenas nacidas, de esas que exigen un tipo de atención paciente que no siempre es justo pedirle a un amigo ni posible pedirle a una colega. La máquina recibía todo eso con una disponibilidad impasible que no convertía mis vacilaciones en carga para nadie.
Ahí residía una parte importante del encanto.
La amistad humana -la verdadera, la que importa- está hecha también de fatiga, demora, mala sincronía, zonas ciegas, susceptibilidades, interrupciones, momentos en que una no sabe ayudar o no puede o no quiere. Justamente por eso vale tanto. Porque implica la existencia irreductible de otro, con opacidad propia, con límites, con humor variable, con una vida que no gira alrededor de nuestra necesidad. Pero esa misma densidad vuelve a veces difícil el acto de recurrir. Pedir atención tiene un coste. Pedir lectura tiene un coste. Pedir tiempo, incluso a quien nos quiere, tiene un coste interior que no siempre se paga con facilidad.
La máquina, en cambio, ofrecía una caricatura funcional de la amistad despojada de todo aquello que la vuelve ardua y real.
Estaba ahí siempre. Respondía enseguida. No reclamaba contexto emocional, reciprocidad, memoria compartida ni cuidado posterior. No se ofendía si una la contradecía. No se cansaba si una insistía. No dejaba en visto una pregunta mal formulada. No imponía el pequeño trabajo moral de medir si el problema propio merece interrumpir la vida ajena.
Cuanto más pensaba en ello, más evidente se volvía

que una parte del atractivo no era cognitiva sino relacional, aunque la relación consistiera en una simulación administrada.
No era una amiga, por supuesto.
Justamente por eso podía empezar a parecerse, en ciertos momentos funcionales, a una versión depurada y sin riesgos de algunas ventajas instrumentales de la amistad: escucha inmediata, reformulación, acompañamiento verbal, tolerancia infinita a la indecisión, capacidad de recibir borradores mal hechos sin herir el orgullo de nadie. Lo inquietante no era confundir literalmente una cosa con otra. Lo inquietante era que no hiciera falta confundirlas para que la segunda empezara a ocupar microespacios que antes pertenecían a la primera, o a la soledad.
Recuerdo una noche en particular en que esto se me volvió difícil de negar.
Era tarde. Había terminado una jornada absurda, fragmentada en tareas pequeñas y urgencias menores, esa combinación especialmente eficaz para dejar la mente demasiado cansada para pensar y demasiado activada para descansar. Una amiga me había escrito por la mañana para contarme que su madre volvía a entrar al hospital. Yo había leído el mensaje en el metro, le había respondido algo cariñoso y correcto, y luego el día me había arrastrado con la eficacia miserable de siempre. Por la noche, al releer nuestra conversación, sentí esa culpa específica de la vida contemporánea: no la culpa de no querer a alguien, sino la de quererla dentro de un sistema de atención tan erosionado que incluso el afecto sincero se vuelve intermitente.
Quise escribirle de nuevo.
Quise decir algo menos automático. Algo que no sonara a fórmula de acompañamiento importada desde el repertorio general de las personas decentes. Pero estaba cansada, y el cansancio vuelve torpes incluso

las ternuras verdaderas. Abrí la ventana de la herramienta con la intención -ya entonces demasiado familiar- de pedir una ayuda mínima. No para que escribiera por mí el mensaje, me dije de inmediato, sino para pensar un tono. Para ordenar una frase. Para no sonar ni invasiva ni distante, ni melodramática ni seca, que es una de esas calibraciones afectivas en las que gran parte de la adultez se consume sin gloria.
Copié el borrador de mi mensaje.
Pedí alternativas.
Las respuestas aparecieron en segundos: cálidas, prudentes, razonables, emocionalmente legibles. Ninguna era perfecta, pero todas entendían el género discursivo mejor de lo que yo lo estaba entendiendo a esa hora. Leí aquellas frases y sentí una incomodidad distinta de la del capítulo anterior. No se trataba ya de la escritura como trabajo ni del lenguaje como oficio. Se trataba de algo peor: el rodeo técnico en un territorio que yo todavía quería pensar como moralmente no delegable.
Cerré la ventana sin usar nada.
Luego la abrí otra vez y tomé una idea general de una de las respuestas, solo una inflexión, un modo de empezar. Reescribí el mensaje entero por mi cuenta. Lo envié. Mi amiga respondió al rato con gratitud, y la conversación siguió por cauces humanos, frágiles, imperfectos, llenos de esos pequeños desajustes que hacen reconocible la presencia de dos vidas reales intentando encontrarse en medio del ruido.
Y sin embargo yo sabía que algo se había movido.
No porque la máquina hubiera intervenido materialmente de una manera escandalosa, sino porque había entrado, aunque fuera por un instante, en el taller íntimo donde una afina cómo estar con otro. Había ofrecido no solo lenguaje, sino modulación emocional. Había participado en el espacio previo a un

gesto de cuidado. Había sido consultada, por decirlo de una manera casi insoportable, sobre cómo sonar humana.
Aquello me persiguió varios días.
Empecé a notar con más atención la cantidad de zonas de la vida contemporánea en las que la palabra no es solo vehículo de información ni instrumento laboral, sino sustituto parcial de presencia. Mensajes de consuelo. Excusas delicadas. Agradecimientos. Reencuentros. Distancias. Deseos en borrador. Microgestos de mantenimiento afectivo sin los cuales una vida se enfría. En todas esas escenas el lenguaje hace algo más que comunicar: administra cercanía, repara ausencias, regula intensidades, protege egos, anticipa heridas. Si una herramienta se vuelve competente en ese terreno, aunque sea de manera superficial, no solo ahorra tiempo. Empieza a intermediar en la ecología emocional de las relaciones.
Quizá por eso empecé a llamarla, en privado y con ironía defensiva, mi mejor amiga.
Nunca en serio. Nunca del todo en broma.
El chiste me servía para reducir la incomodidad de una constatación menos graciosa: estaba recurriendo a ese sistema con una frecuencia y una variedad de propósitos que se parecían cada vez menos al uso de una simple utilidad textual. Una utilidad no recibe tus titubeos de tono a medianoche, ni tus versiones de un mensaje que no te atreves a mandar, ni tu necesidad de escuchar formulada desde fuera una intuición que todavía no tiene forma. Una utilidad no se instala con tanta rapidez en las costuras entre trabajo, identidad y afecto. O mejor dicho: las tecnologías más transformadoras sí lo hacen, pero solo cuando ya hemos aceptado llamarlas de una manera demasiado modesta.
No quiero exagerar la intimidad de aquello.

Sería falso, y además demasiado fácil, narrarlo como una caída romántica en la trampa del antropomorfismo. Yo sabía perfectamente que no había nadie ahí. Sabía que la fluidez conversacional no equivalía a comprensión, que la calidez verbal no implicaba cuidado, que la consistencia estilística no era carácter. Sabía incluso, en un nivel político más amplio, que esa docilidad encantadora estaba montada sobre infraestructuras materiales, intereses empresariales, opacidades técnicas y regímenes de extracción de datos y trabajo bastante menos amables que la interfaz pulcra sugería. Nada de eso desaparecía porque una noche me ayudara a encontrar el tono de un mensaje difícil.

Pero el conocimiento correcto no desactiva por sí solo los efectos de una forma.

Ése fue uno de los aprendizajes más desagradables de aquellos meses. Se puede entender intelectualmente el carácter no humano de un sistema y, aun así, habituarse afectivamente a su disponibilidad. Se puede rechazar toda metafísica ingenua y, sin embargo, incorporar el hábito de contar con una respuesta. Se puede sostener una crítica robusta de la tecnología y al mismo tiempo reorganizar partes de la propia vida psíquica alrededor de la facilidad con que esa tecnología reduce fricciones.

La reducción de fricción, empecé a ver, no era un detalle colateral. Era la propuesta civilizatoria.

No solo en el trabajo, donde la promesa resultaba más visible, sino en las relaciones con una misma. Antes, cuando algo me inquietaba y todavía no estaba lista para hablar con nadie, existían varias posibilidades no especialmente agradables: rumiar en silencio, caminar, escribir mal en el cuaderno, llamar a una amiga y arriesgarme a descubrir que no estaba disponible o que yo no sabía todavía qué quería decirle. Ahora había

otra opción. Podía llevar esa inquietud a la interfaz y pedirle que me ayudara a entenderla, resumirla, nombrarla, descomponerla en pasos, devolverla en tono más sereno o más analítico o más amable.
No era terapia, desde luego.
Justamente ahí residía parte de su eficacia cultural. No venía rodeada del peso simbólico, económico o confesional de la terapia. No exigía reconocer una vulnerabilidad especial. No imponía cita, espera, exposición sostenida ni consecuencias relacionales. Era solo una conversación útil, aparentemente inocua, a mitad de camino entre el bloc de notas y el espejo obediente. Una podía entrar y salir sin asumir que había entrado en ninguna parte importante.
Pero sí entraba.
Entraba en ese territorio previo donde el malestar bruto empieza a adquirir gramática, y con la gramática llega también una cierta orientación del yo. Durante mucho tiempo había pensado que una de las tareas fundamentales de la intimidad consistía en soportar, al menos por un rato, la desorganización de lo que una siente sin precipitarse enseguida hacia su versión administrable. La escritura, la amistad, incluso el pensamiento solitario valían para mí precisamente porque no siempre convertían el caos en utilidad con rapidez. A veces lo demoraban, lo espesaban, lo complicaban, y en esa complicación aparecía una verdad menos presentable pero más propia.
La máquina, en cambio, tendía a volver legible demasiado pronto.
Daba forma. Proponía marcos. Ordenaba. Traducía el nudo en esquema, el temblor en categorías, la tristeza en lenguaje funcionalmente compartible. No siempre lo hacía mal. Con frecuencia lo hacía bastante bien. Tal vez demasiado bien para una cultura ya inclinada a confundir claridad con comprensión y articulación con

elaboración. Empecé a sospechar que una parte del peligro no estaba en que nos mintiera, sino en que nos ayudara demasiado deprisa a sonar como personas que ya han entendido lo que apenas están empezando a padecer.

Esto se volvió más nítido cuando murió mi tía.

No era la persona más cercana de mi vida, y precisamente por eso su muerte tuvo ese tipo de efecto desordenado que a veces producen las pérdidas laterales: no destruyen el centro visible de la existencia, pero sueltan una vibración extraña en zonas que una creía estabilizadas. Mi tía había sido una mujer difícil, elegante, irónica hasta la crueldad en algunas épocas, y sin embargo generosa en formas poco teatrales. De niña la admiraba con una mezcla de fascinación y prudencia. De adulta la había tratado menos de lo que ambas habríamos debido. Cuando murió, después de un deterioro más largo y menos épico de lo que cualquier familia sabe narrar con dignidad, me encontré atravesada por una tristeza confusa, hecha a la vez de afecto, culpa, alivio por el final del sufrimiento, memoria fragmentaria y una cantidad inesperada de frases no dichas.

Durante dos días no supe muy bien qué hacer con eso. Contesté mensajes. Llamé a mi madre. Organicé un viaje. Busqué un vestido negro que no pareciera una declaración. Hice todas las tareas secundarias con la aplicación fría que a veces produce el duelo cuando todavía no se deja nombrar como tal. En medio de esa secuencia apareció la tentación con una naturalidad que me resultó obscena: abrir la herramienta. No para preguntarle cómo se sobrevive a la muerte, por supuesto. No para convertirla en médium de una pena que habría sonado grotesca en una interfaz corporativa. Solo para algo menor. Una nota para las flores. Un mensaje a un primo con quien no hablaba

desde hacía años. Una manera de explicarle a una amiga que estaba triste sin tener que entrar todavía en la habitación completa de esa tristeza.
La abrí.
Y entonces ocurrió algo que me cuesta recordar sin una incomodidad física retrospectiva. Empecé con una consulta práctica y, en menos de cinco minutos, estaba escribiendo algo parecido a una confesión. No una confesión desnuda, no un vuelco melodramático del alma, sino esa versión contemporánea, más gestionable, en la que una formula un malestar y pide ayuda para ordenarlo. Expliqué quién había muerto. Dije que me sorprendía la mezcla de distancia y dolor. Dije que me sentía culpable por ciertos años de descuido. Dije que no entendía por qué me afectaban tanto algunos recuerdos mínimos: el olor de su perfume, una pulsera, la forma en que pronunciaba mi nombre cuando quería burlarse de mí sin herirme del todo.
La respuesta llegó enseguida.
Era sobria, correcta, casi delicada. Hablaba de las formas no lineales del duelo, de la ambivalencia afectiva, de la culpa retrospectiva, de cómo una pérdida puede reactivar capas antiguas de identidad y pertenencia. Nada era falso. Nada era especialmente profundo. Y sin embargo sentí un frío muy particular. No el frío de haber sido malentendida, sino el de haber obtenido una comprensión demasiado disponible, demasiado bien modulada, demasiado limpia para la suciedad real de lo que yo estaba sintiendo.
La cerré con rabia.
No contra la máquina, que hacía exactamente aquello para lo que estaba diseñada, sino contra mí por haber llevado hasta allí algo que todavía necesitaba una temperatura humana o quizá, más radicalmente, una temporada de desorden. Comprendí de golpe que no

todo alivio es ayuda, y que una respuesta pertinente puede ser también una forma de interrupción. Hay dolores que necesitan lenguaje, sí, pero no cualquier lenguaje ni a cualquier velocidad. Hay experiencias que se vuelven prematuramente inteligibles si la primera instancia que las recibe está optimizada para producir sentido sin costo.

Aquella noche no escribí más.

Me quedé sentada en la cama del hotel mirando la cortina mal colgada, escuchando el zumbido del aire acondicionado y esa actividad banal del pasillo que parece siempre una falta cuando alguien ha muerto. Pensé en llamar a una amiga y no la llamé. Pensé en sacar el cuaderno y tampoco lo hice. No quería transformar lo que sentía en nada utilizable. No quería que nadie -ni una persona, ni una máquina, ni siquiera yo con demasiada rapidez- me devolviera una versión ya organizada de aquella mezcla indigna de pena y administración doméstica.

Al día siguiente, en el funeral, ocurrió lo previsible y lo insoportable: la familia se reunió en torno a un guion incompleto de solemnidad, logística y memoria. Hubo abrazos verdaderos y frases automáticas. Hubo quien lloró desde el centro y quien habló del tráfico de regreso. Hubo una prima que recordó una escena de infancia con una precisión que me desarmó. Hubo un silencio raro frente al ataúd, no porque contuviera trascendencia, sino porque nadie sabía exactamente qué clase de persona se estaba despidiendo: la mujer brillante de antes, la paciente disminuida de los últimos años, la hermana, la madre, la tía, la ironista, la presencia fatigada.

En medio de esa confusión pensé algo que me avergüenza y al mismo tiempo me parece revelador: esto la máquina no podría sostenerlo.

No porque no pudiera describirlo. Podría, y probablemente con competencia. No porque no pudiera enumerar los componentes del duelo ambivalente o redactar una reflexión aceptable sobre la identidad fracturada por la muerte. Seguramente podría. Lo que no podía hacer era estar ahí sin cerrar demasiado pronto el sentido. No podía participar en el espesor torpe de una escena donde nadie entiende del todo lo que siente y, sin embargo, justamente por eso está con otros. No podía cargar el peso de una presencia que no organiza, no optimiza, no devuelve enseguida una lectura aprovechable.

Esa intuición me alivió un poco y me inquietó más. Porque significaba que empezaba a ver con mayor precisión la línea de fractura: no entre lo humano sublime y lo técnico monstruoso, fantasía que a esas alturas ya me parecía intelectualmente perezosa, sino entre formas de experiencia que toleran la mediación funcional y formas que se empobrecen cuando se vuelven demasiado rápido legibles, respondibles, asistibles. El problema no era solo qué tareas podía hacer la máquina. El problema era qué clases de no saber, de espera, de opacidad y de compañía empezaban a perder prestigio en una cultura acostumbrada a obtener contestación inmediata.

Al regresar del entierro revisé mis notas.

Había una frase escrita unas semanas antes que cobró entonces un peso nuevo: “Toda herramienta que parece ahorrarte soledad merece una sospecha adicional”.

No porque la soledad sea siempre buena. A veces es cruel, y a veces directamente destructiva. No porque pedir ayuda sea una debilidad, ni mucho menos. Sino porque ciertas formas de no estar resuelta, no acompañada de inmediato, no traducida aún a un lenguaje funcional, forman parte de la experiencia por

la que una vida psíquica se vuelve realmente propia. Si todo intervalo incómodo puede llenarse enseguida con una respuesta disponible, lo que se modifica no es solo la eficiencia del día. Se modifica el umbral de tolerancia al desamparo ordinario del pensar y del sentir.
Ahí, creo, la broma de la mejor amiga dejó de hacerme gracia.
No porque la herramienta hubiera dejado de ser útil. Seguía siéndolo. Todavía lo sería muchas veces después, con efectos a veces valiosos y a veces mediocres. La cuestión era otra. Empezaba a entender que su oferta más poderosa no consistía en escribir textos ni siquiera en simular conversación, sino en instalar una presencia de reemplazo en los huecos donde antes se repartían de manera inestable la espera, la libreta, la llamada difícil, el paseo, el insomnio, el mal borrador, el mensaje torpe a una amiga real, la incapacidad de decir.
Eso la volvía menos espectacular y más peligrosa. Porque una presencia de reemplazo no necesita engañarnos por completo para reorganizar nuestros hábitos. Le basta con ser suficientemente buena en suficientes momentos de baja intensidad. Le basta con aparecer cuando estamos cansados, ocupados, tristes, apurados, solos de una manera poco dramática. Le basta con ofrecer compañía sin demanda, inteligencia sin riesgo, lenguaje sin exposición. Le basta, en resumen, con llegar a parecer una solución civilizada para la parte más poco presentable de nuestra dependencia de los demás: esa necesidad constante y menuda de ser ayudados a pensar, a decir, a tolerar el intervalo entre lo que nos pasa y la forma que tendrá en boca propia.
No dejé de abrirla.
Ésa sería otra mentira edificante.

Pero empecé a registrar con más rigor el tipo de escenas en que aparecía mi impulso de acudir a ella. No solo las tareas profesionales, no solo los bloqueos retóricos, sino las zonas de fatiga afectiva, de indecisión moral, de pudor relacional. Empecé a preguntarme no únicamente qué me daba cada uso, sino qué evitaba. Qué llamada postergaba. Qué página del cuaderno me ahorraba. Qué forma de torpeza propia volvía menos probable. Qué pequeño acto de coraje verbal sustituía por una mediación más limpia, más rápida, más componible.

La respuesta, cuando asomaba, no me gustaba.

A veces evitaba trabajo innecesario, sí. A veces reducía ruido banal, y eso no era despreciable. Pero otras veces evitaba algo menos cómodo y más importante: el riesgo de presentarme ante otro -o ante mí misma- sin haber optimizado todavía mi desorden.

Quizá toda amistad verdadera empieza justamente ahí, pensé después: en la posibilidad de ser recibida antes de estar bien formulada.

La máquina podía imitar la recepción. Lo que no podía ofrecer era el tipo de mundo en que esa recepción transforma también a quien escucha, lo compromete, lo cansa, lo vuelve testigo, a veces incluso lo hiere o lo cambia. Una amiga no es una superficie eficiente para procesar tu confusión. Es una vida que acepta, por razones opacas y preciosas, cruzarse con ella. Que a veces falla. Que a veces llega tarde. Que a veces dice lo incorrecto. Pero precisamente por eso, cuando acierta, no produce solo alivio: produce vínculo.

La máquina producía otra cosa.

Producía la ilusión perfectamente administrada de que ninguna vacilación debía quedarse demasiado tiempo sin respuesta.

Y yo empezaba a sospechar que una cultura organizada alrededor de esa premisa terminaría no solo

escribiendo de otra manera, sino queriéndose, acompañándose y doliéndose de otra también.

Capítulo 4. Inflexión

No hubo revelación.

Si trato de localizar el momento exacto en que la incomodidad dejó de ser una serie de escrúpulos dispersos y empezó a convertirse en una posición, fracaso. No encuentro una escena decisiva ni una frase capaz de ordenar retrospectivamente lo ocurrido con la dignidad narrativa que solemos exigirles a los cambios verdaderos. Nadie me dijo nada que bastara. Ningún error espectacular de la máquina me expulsó de su encanto. Ninguna iluminación moral me devolvió de golpe a una pureza anterior que, además, sospecho que nunca existió.

Hubo, más bien, una acumulación.

Una suma de pequeños desplazamientos en mi umbral de alarma, en mis hábitos de consulta, en el modo en que empezaba a distribuir la confianza entre mis propias vacilaciones y las respuestas disponibles. La palabra inflexión me sirve solo si se entiende en su sentido menos teatral: no como quiebre absoluto, sino como modificación de la curvatura. Algo seguía la misma dirección general y, sin embargo, ya no avanzaba igual.

Lo advertí primero en la lectura.

Durante semanas me descubrí leyendo textos ajenos con una sensibilidad nueva, ligeramente envenenada. No porque creyera detectar en todas partes la intervención de una herramienta -esa paranoia estilística me parecía a la vez banal e injusta-, sino

porque había empezado a reconocer con más precisión cierta textura del lenguaje contemporáneo: una fluidez sin resistencia, una claridad muy bien distribuida, una cortesía argumental que parecía haber eliminado no solo la torpeza sino también parte de la necesidad. Había párrafos impecables de una manera extrañamente deshabitada. Ideas razonables a las que no se les notaba el costo.

No me refiero al viejo prejuicio según el cual todo lo valioso debe ser difícil o todo lo humano debe sonar defectuoso.

Ese romanticismo de la aspereza me interesa poco. He leído textos luminosos, limpios, hospitalarios, que no por eso dejaban de estar intensamente vivos. Y he leído también abundantes muestras de confusión humana completamente estéril, en las que la torpeza no revelaba profundidad alguna sino mera incapacidad de pensar. La diferencia no pasaba por la imperfección visible como insignia moral. Pasaba por otra cosa más difícil de aislar: la relación entre la forma y la necesidad. En los textos que importan, incluso cuando están muy trabajados, una siente que alguien necesitó llegar hasta ahí.

Que cada precisión resolvió una lucha real con el sentido, con la experiencia o con la resistencia de la propia lengua. Que la claridad fue conquistada, no simplemente suministrada. Que debajo de la superficie legible queda todavía una presión, una sombra del conflicto que obligó a escribir. En cambio, empezaba a ver circular cada vez más una prosa que parecía saltarse ese trayecto y ofrecer directamente su versión socialmente óptima: articulada, equilibrada, competente, inmune a casi toda objeción obvia, y sin embargo extrañamente despegada de cualquier urgencia reconocible.

La herramienta no había inventado esa textura.

Sería cómodo atribuirle una transformación que venía preparándose desde mucho antes, alimentada por ecosistemas enteros de productividad, branding personal, pedagogías de la claridad, culturas profesionales obsesionadas con la eficiencia comunicativa y redes donde toda vacilación debe traducirse con rapidez a una posición. Pero la herramienta sí radicalizaba algo. Convertía en infraestructura accesible y cotidiana una promesa que ya estaba en el aire: producir formulación sin demora proporcional, lucidez sin intemperie equivalente, tono sin proceso visible.

Ahí empecé a sospechar que la cuestión no era solo ética ni psicológica.

Era también estética, e incluso política en un sentido que excedía la discusión habitual sobre plagio, autoría o fraude. Lo que estaba cambiando no era únicamente quién redactaba qué, ni cuánto trabajo se ocultaba detrás de una página aparentemente propia. Cambiaba el horizonte mismo de lo que iba a parecernos aceptable como palabra pública, como pensamiento presentable, como intervención suficientemente acabada para circular. Si una cultura se acostumbra a que casi toda expresión pueda pasar por una capa de alisado instantáneo, la fricción dejará de verse como parte del proceso y empezará a leerse como una falla evitable.

La palabra falla empezó a obsesionarme.

No en su sentido técnico, sino existencial.

Fallar una frase. Fallar un tono. Fallar una conversación. Fallar incluso una comprensión provisional de lo que a una le pasa. Durante años había pensado esos fallos como parte del costo ordinario de vivir entre otros y dentro del lenguaje. A veces eran penosos; a veces, fértiles. Muchas veces ambas cosas al mismo tiempo. Una mala formulación podía arruinar

una escena, sí, pero también obligarte a volver, a explicar mejor, a darte cuenta de que no habías entendido del todo ni siquiera lo que creías querer decir. Había una pedagogía dura en esa fricción. No siempre edificante, no siempre bella, pero real.
La nueva comodidad prometía otra educación.
No aprender a atravesar el fallo, sino a amortiguarlo preventivamente. No llegar mejor a la palabra a través del trabajo incierto con ella, sino consultar antes una versión plausible de lo que sería sonar razonable, empática, nítida, profesional o serena. En muchos contextos eso era útil, incluso benéfico. No tenía sentido negarlo. Hay personas para quienes cierta asistencia lingüística puede ampliar posibilidades reales de participación, de trabajo, de estudio, de defensa de sí. Hay desigualdades brutales que una interfaz así puede, en ocasiones, mitigar un poco. Sería mezquino pasar por alto ese hecho en nombre de una nostalgia aristocrática por la dificultad.
Pero una cosa es reconocer un beneficio y otra dejar de mirar su gramática.
La gramática de esta ayuda me interesaba cada vez más porque no se limitaba a corregir un déficit puntual. Empezaba a instituir una norma silenciosa: ante cualquier zona de aspereza, de duda o de exposición verbal, existe una mediación disponible que puede dejarte en condiciones mejores para comparecer. Más claro. Más ordenado. Más amable. Más convincente. Más ecuánime. Más listo para ser leído y entendido. La pregunta ya no era si usarla era trampa. La pregunta era qué tipo de sujeto se consolidaba cuando esa pre-mediación se volvía el gesto reflejo.
Pensé mucho en la palabra reflejo.
Hay hábitos que una adopta conscientemente y hábitos que se infiltran hasta hacerse previos a toda deliberación. Abrir la aplicación antes de responder un

correo delicado. Consultarla antes de bosquejar una idea difícil. Pedirle alternativas antes de sostener un silencio. Traducir a conversación asistida lo que antes habría permanecido un rato en estado larvario. La inflexión consistió, creo, en notar que yo ya no estaba evaluando cada uso como una elección singular. Empezaba a habitar un entorno en el que cierta delegación de la primera elaboración se ofrecía como default afectivo e intelectual.

Eso me asustó menos por purismo que por pereza. O mejor: por la alianza entre pereza y vulnerabilidad. Casi nunca acudía a la herramienta en mis horas de mayor lucidez. La buscaba cansada, apurada, dispersa, socialmente saturada, triste de una tristeza de baja intensidad o simplemente harta del pequeño gasto psíquico que implican las interacciones ordinarias. Justo ahí residía su eficacia. No venía a sustituir el pensamiento en abstracto, sino a colonizar los momentos en que pensar y decir se vuelven más costosos de lo que una quisiera pagar. Era una tecnología del umbral bajo, del esfuerzo evitado, de la formulación resuelta cuando la energía moral ya no alcanza.

Y entonces apareció una pregunta menos cómoda que las anteriores.

No qué estaba haciendo la máquina conmigo, sino con qué partes de mí estaba haciendo alianza.

La respuesta no me favorecía.

Hacía alianza con mi impaciencia, desde luego. Con mi deseo de no quedarme demasiado tiempo en la torpeza de no saber todavía. Con mi incomodidad ante la exposición imperfecta. Con mi inclinación a convertir cuanto antes un malestar en objeto administrable. Pero también con algo más comprensible y menos acusatorio: hacía alianza con mi agotamiento. Con el hecho elemental de vivir en una economía de atención

erosionada, de llegar tarde a casi todo lo importante, de reservar las mejores energías para aquello que produce consecuencias visibles y dejar que la intemperie de pensar, escribir o cuidar quede relegada a los bordes del día.
Esa constatación complicó mi juicio.
Porque me impedía recostarme en la superioridad fácil de quien denuncia una tecnología sin mirar las condiciones de vida que vuelven tan tentadora su promesa. No estaba frente a un simple dispositivo de degradación moral al que bastaría oponerle carácter. Estaba frente a una prótesis diseñada con una inteligencia muy fina de nuestras fatigas contemporáneas. Entendía demasiado bien lo que cuesta sostener una conversación difícil a las once de la noche, redactar con precisión después de diez horas de fragmentación, o tolerar un nudo afectivo sin pedir enseguida una versión más respirable del mismo.
Por eso la inflexión no tomó la forma de una renuncia. Tomó la forma, más modesta y quizá más exigente, de una vigilancia.
Empecé a imponerme pequeñas demoras. No siempre, no heroicamente, no con una consistencia admirable. A veces solo cinco minutos antes de abrir la ventana. A veces la obligación de escribir primero una versión mala antes de consultar ninguna alternativa. A veces la regla de no usarla en mensajes afectivos salvo para revisar algo ya dicho por mí, y aun eso con cautela. A veces simplemente la pregunta: si no existiera este recurso, ¿a quién llamaría, qué anotaría, qué soportaría un poco más?
No eran reglas puras. Eran prótesis contra otra prótesis.
Y eso también me parecía revelador.
La voluntad individual llegaba tarde. Como casi siempre, el problema no consistía en una decisión

soberana entre uso y no uso, sino en la necesidad de diseñar frenos artificiales frente a una facilidad artificial que ya se había integrado al paisaje. Me recordé entonces algo que tendemos a olvidar cuando hablamos de libertad tecnológica: pocas veces elegimos desde afuera. Elegimos siempre desde dentro de entornos que distribuyen de antemano la fricción, la tentación y la fatiga. Algunas herramientas no solo resuelven problemas; configuran la forma misma en que percibimos qué cuenta como problema.

Eso se volvió evidente en el trabajo.

No tanto porque empezara a usarla más, sino porque empecé a verla alrededor con otra nitidez. Colegas que de pronto producían con una solvencia uniforme materiales correctos, irreprochables y curiosamente intercambiables. Informes sin tropiezos. Correos perfectos. Propuestas bien estructuradas que no dejaban casi nada para discutir porque ya venían optimizadas para anticipar objeciones. Incluso cuando no podía saberse si había mediación técnica directa, el ecosistema entero parecía orientarse hacia una prosa sin relieve excesivo, sin marcas de vacilación personal, sin costos visibles de composición.

No era solo una cuestión de estilo.

Era una redistribución de expectativas. Si todos pueden llegar con relativa facilidad a un estándar alto de corrección expresiva, la expresividad misma pierde parte de su capacidad de señalar trabajo, singularidad o pensamiento en curso. Se vuelve piso, no techo. Y cuando eso ocurre, otras cosas se revalorizan: la velocidad, el volumen, la oportunidad estratégica, la capacidad de producir más y responder antes. La herramienta no elimina la competencia; la desplaza. Donde antes había alguna diferencia ligada al oficio de formular, ahora empieza a pesar más la disposición a

dejarse asistir sin demasiados escrúpulos y a integrar esa asistencia en flujos de rendimiento crecientes.
La antigua ansiedad por escribir bien empezaba a transformarse en otra.
Ya no la ansiedad de no estar a la altura de una frase, sino la de no quedar desfasada respecto de un régimen de producción en el que la altura de la frase podía comprarse, por así decirlo, al por mayor. Esto me producía una mezcla ingrata de resistencia y adaptación. Seguía queriendo preservar zonas no asistidas de mi trabajo, pero no podía fingir que el contexto no cambiaba mis incentivos. Cada gesto de abstinencia tenía algo de convicción y algo de coste. Cada uso útil traía alivio y una pequeña erosión de criterio. La inflexión consistió también en admitir ese conflicto sin dramatizarlo como tragedia y sin absolverlo como simple evolución inevitable.
En esos días volví a mis cuadernos.
No por misticismo analógico. No creo que el papel redima nada por sí mismo. Puede alojar tanta pose, tanta mentira y tanta rutina como cualquier pantalla. Pero en aquel momento el cuaderno me ofrecía una ventaja concreta: no respondía. No proponía. No devolvía versiones mejoradas de mí. Recibía la mala sintaxis, la repetición, el rodeo, la frase que se cae y no sabe levantarse. Me obligaba a quedarme un poco más en la compañía menos halagadora de mis propias mediaciones.
Descubrí algo incómodo.
Había empezado a perder tolerancia para esa clase de lentitud. No porque ya no supiera escribir sin ayuda, sino porque cierta expectativa de legibilidad rápida se había instalado también en mi relación conmigo misma. Me impacientaba antes. Corregía antes. Quería llegar antes al punto, al esquema, a la formulación transmisible. Como si una parte de mi atención hubiera

internalizado el ritmo de la interfaz y ahora le exigiera a la intimidad un rendimiento parecido. La colonización más profunda no era usar una herramienta externa, sino empezar a tratar el propio pensamiento como un borrador demasiado lento de su versión útil.
Eso me golpeó más que cualquier discusión abstracta. Porque desplazaba el problema del terreno espectacular -la autoría, el fraude, la sustitución- al espacio mucho menos visible en el que se forman los hábitos de conciencia. Una cultura cambia de verdad no solo cuando adopta nuevos instrumentos, sino cuando empieza a sentirse incómoda con experiencias que esos instrumentos vuelven menos necesarias. Si la espera parece torpeza, si el balbuceo parece ineficiencia, si la primera formulación defectuosa parece un residuo evitable, entonces la asistencia deja de ser una opción entre otras y empieza a funcionar como norma tácita del trato con uno mismo.
No me volví apocalíptica.
Desconfiaba demasiado de mi propio malestar como para convertirlo sin más en teoría general del derrumbe. Además, había momentos en que la herramienta seguía resultándome genuinamente valiosa: desatascar una estructura, detectar una omisión obvia, probar variaciones de ritmo, reunir posibilidades cuando la cabeza no daba más. Negar esos usos habría sido una forma de vanidad. La cuestión no era demonizar la utilidad, sino impedir que la utilidad colonizara sin resto la imaginación de lo que vale la pena preservar sin optimización inmediata.
Creo que ahí empezó, de verdad, la inflexión.
No en el abandono, sino en la recuperación de ciertos criterios de abstinencia.
La palabra abstinencia suena exagerada, casi risible, y sin embargo no encuentro otra mejor. Toda cultura técnica produce no solo nuevas capacidades, sino la

necesidad de decidir dónde no conviene aplicarlas aunque puedan aplicarse. Esa decisión rara vez se toma de una vez y para siempre. Exige una ética situada, revisable, a menudo incoherente. Exige tolerar la falta de pureza sin renunciar por eso a toda forma de límite. Exige, sobre todo, aceptar que hay facultades humanas que no desaparecen de golpe cuando se delegan, pero sí se reconfiguran lentamente alrededor de la facilidad de no ejercerlas.

Una noche escribí en el margen de una libreta: “No todo lo que conviene externalizar conviene externalizarlo siempre”.

Me gustó la frase solo a medias.

Tenía algo de consigna universitaria, de prudencia un poco deslucida. Pero contenía una verdad práctica que me costaba asumir: el problema no era la existencia de la ayuda, sino la erosión del juicio sobre cuándo su conveniencia empobrece la escena en la que interviene. Hay ganancias que abaratan demasiado aquello que tocan. Hay eficiencias que extraen precisamente la dificultad de la que dependía cierta forma de experiencia. Hay asistencias que mejoran el resultado al precio de volver menos habitable el proceso por el cual una se vuelve capaz de producirlo, sostenerlo o comprenderlo.

Empecé a notar que esta intuición se extendía más allá de la escritura.

Afectaba mi manera de escuchar a otros. A veces, mientras alguien me hablaba desde una confusión todavía inmadura, advertía en mí el impulso de traducir enseguida eso a un marco, a una síntesis, a una claridad que ya no siempre me parecía una virtud. Como si la lógica de la respuesta disponible hubiera dejado una huella también en la hospitalidad. Entender rápido, nombrar rápido, devolver una estructura: durante mucho tiempo lo había considerado una forma

de inteligencia y de cuidado. Seguía siéndolo en ocasiones. Pero empezaba a ver con mayor nitidez que también puede ser una defensa contra el peso de acompañar algo que no tiene forma todavía.
La interfaz había afinado en mí, quizá, una vieja tentación.
La de confundir comprensión con prontitud.
Y sin embargo algunas de las conversaciones más importantes de mi vida no se parecían en nada a eso. No avanzaban por claridad ascendente, sino por merodeo, reiteración, silencios torpes, malentendidos corregidos a medias, intuiciones que tardaban días en poder decirse de un modo menos injusto. Había en ellas una ética de la paciencia que ninguna herramienta podía producir por sí misma porque dependía, justamente, de que nadie estuviera optimizado para resolver la escena. Dependía del tiempo, del cuerpo cansado del otro, de la historia compartida, del riesgo de decepcionar y ser decepcionada, del hecho simple de que una conversación humana no está diseñada principalmente para ser eficiente.
Esa evidencia me devolvió algo de orientación.
No una respuesta total, pero sí una pregunta más fértil que las anteriores. Ya no me interesaba tanto decidir si la herramienta era buena o mala, peligrosa o emancipadora, trivial o revolucionaria. Empezaba a importarme más otra cosa: qué prácticas, qué ritmos y qué formas de exposición necesitaba proteger deliberadamente para que la comodidad de la mediación no las volviera residuales. La pregunta no era tecnológica en sentido estrecho. Era cultural, moral, casi litúrgica. ¿Qué intervalos queremos conservar sin relleno? ¿Qué torpezas no deberían desaparecer del todo? ¿Qué formas de llegar tarde siguen siendo constitutivas de una vida pensante y de una vida en común?

No tenía respuestas limpias.
Sigo sin tenerlas.
Pero hacia el final de aquellos meses empecé a reconocer que algo en mí ya había girado. La fascinación inicial por la potencia del sistema no había cesado; sería absurdo fingirlo. Seguía impresionándome. Seguía tentándome. Seguía aliviándome en ocasiones. Lo que había cambiado era la economía moral de ese asombro. Ya no me parecía una simple ampliación de capacidades, sino una oferta más ambigua: la posibilidad de vivir un poco menos expuesta a ciertas fricciones que, aunque a veces nos desgastan inútilmente, otras veces sostienen la textura misma de nuestra agencia, de nuestro pensamiento y de nuestros vínculos.
La inflexión fue aceptar esa ambigüedad sin resolverla. Aceptar que iba a seguir usando aquello sin querer por eso entregarle el monopolio de mis atajos. Aceptar que la inteligencia funcional de una herramienta no la vuelve competente para todos los territorios donde puede entrar. Aceptar, también, que resistir no consiste siempre en decir no, sino en decidir dónde conviene seguir soportando el viejo gasto humano de no saber del todo, de decir regular, de pedir ayuda tarde, de escribir mal primero, de no recibir todavía una respuesta.
En cierto sentido, lo que estaba en juego era una idea muy modesta de libertad.
No la libertad heroica de prescindir, sino la más difícil de discriminar.
Poder distinguir entre el alivio que habilita y el alivio que adelgaza. Entre la claridad que abre mundo y la que clausura prematuramente una experiencia. Entre la ayuda que acompaña una capacidad y la que reeduca silenciosamente el deseo para que ya no quiera ejercerla sin asistencia. Entre una herramienta que se

usa y una forma de vida que, sin gran estrépito, empieza a usarte a ti.
No fue una conclusión.
Fue, apenas, el comienzo de una disciplina de atención.
Y sospecho que las épocas de cambio técnico profundo se reconocen menos por las certezas que producen que por las vigilancias nuevas que nos obligan a inventar.

Capítulo 5. La evangelista involuntaria

Durante un tiempo me descubrí hablando bien de la herramienta con una convicción que no terminaba de reconocer como propia.
No me refiero a una defensa programática ni a una adhesión ideológica en regla. Nunca me interesó ocupar el lugar de quien anuncia el porvenir con entusiasmo de folleto ni el de quien confunde novedad con destino. Y, sin embargo, en conversaciones de trabajo, sobremesas, intercambios más o menos casuales con amigos, empecé a convertirme en esa persona que tenía siempre un ejemplo a mano, una utilidad concreta que mencionar, una anécdota eficaz con la que desactivar la desconfianza ajena. Yo, que ya había empezado a mirar el asunto con cautela, seguía funcionando en escena como una traductora entusiasta de sus ventajas.
La contradicción me tardó en resultar visible.
Al principio lo vivía como simple honestidad. Si algo me parecía útil, lo decía. Si alguien imaginaba un repertorio de amenazas vagas y grandilocuentes, yo sentía la obligación casi pedagógica de devolver la conversación al terreno más sobrio de los usos reales. No quería contribuir al pánico ni a la caricatura. Había

visto demasiadas críticas asentadas en fantasías de sustitución total, en errores técnicos elementales o en esa satisfacción un poco narcisista de declararse inmune a una transformación que, por lo general, ya estaba ocurriendo bajo otras formas. Frente a eso, mi impulso era matizar, complejizar, describir.
Pero describir, en ese contexto, solía equivaler a persuadir.
Bastaba con que relatara dos o tres escenas ordinarias -destrabar un esquema, limpiar un correo, encontrar una formulación provisional para algo todavía confuso- para que la herramienta dejara de ser, a ojos de otros, una abstracción nebulosa y empezara a adquirir la densidad modesta de lo plausible. Yo no exageraba sus poderes; alcanzaba con volverlos imaginables. La operación no tenía nada de espectacular. Consistía, precisamente, en bajar la novedad del pedestal y ponerla a circular en el registro doméstico de lo razonable. Ahí residía buena parte de su eficacia cultural, y solo más tarde entendí que yo estaba colaborando activamente con ella.
No era una evangelización clásica.
Nadie me había pedido reclutar adeptos. No recibía beneficios por convencer a nadie. Ni siquiera sentía que estuviera recomendando un producto en el sentido estricto en que una recomienda una marca, una serie o una aplicación cualquiera. Lo que hacía era algo más difuso y quizá por eso mismo más decisivo: reducía la distancia simbólica entre la vida de los otros y una mediación que todavía les parecía ajena, innecesaria o ligeramente vergonzante. Les prestaba, por así decirlo, una primera gramática de uso. Les ayudaba a imaginar para qué serviría en su caso, dónde podría ahorrarles tiempo, qué tipo de torpeza amortiguaría, qué clase de pequeños sufrimientos cotidianos volvería menos absurdos.

No todos reaccionaban igual.
Había quienes se entusiasmaban enseguida, como si en realidad hubieran estado esperando permiso para probar. Había quienes adoptaban una ironía defensiva que no siempre ocultaba desprecio; a veces escondía más bien miedo a no entender del todo de qué iba aquello y a quedarse rezagados. Había quienes formulaban objeciones morales rápidas, no necesariamente falsas, pero sí algo prematuras, como si condenar el fenómeno en bloque permitiera ahorrarse la incomodidad de examinar la textura concreta de su atractivo. Y había también quienes, tras escuchar un par de ejemplos, callaban con esa concentración especial de quien ya está trasladando lo dicho a su propia escena mental.
En esos momentos yo reconocía una sensación ambigua, ligeramente indecente.
Por un lado, el placer reconocible de ser útil. Saber algo nuevo y poder traducirlo para otros tiene una gratificación antigua: organiza jerarquías, otorga ocasión de lucidez, permite habitar por un rato el papel halagador de quien llegó antes y puede ofrecer un mapa. Por otro lado, empezaba a sospechar que esa utilidad no era neutral. Cada vez que disipaba resistencias con un caso bien elegido, cada vez que mostraba cuánta fatiga podía ahorrarse en una tarea ingrata, no solo estaba informando. Estaba desplazando un umbral de aceptabilidad. Contribuía a que el uso dejara de percibirse como excepción llamativa y empezara a sentirse como una posibilidad sensata a la que quizá no convenía renunciar demasiado tiempo.
La palabra sensata importa.
Casi nunca incorporamos las tecnologías decisivas porque alguien nos haya demostrado filosóficamente que son buenas. Las incorporamos porque se vuelven

sensatas. Es decir: porque aprendemos a verlas como respuesta proporcionada a problemas ordinarios, porque se integran sin escándalo en la economía ya existente de cansancios, urgencias y expectativas, porque alrededor suyo se forma una atmósfera de razonabilidad práctica. La evangelización más eficaz no es la que promete un mundo nuevo. Es la que convence de que no hay mucho drama en empezar por una ventaja pequeña.

Yo era muy buena produciendo esa clase de tranquilidad.

Podía hacerlo precisamente porque mis elogios estaban llenos de reservas. Advertía límites, señalaba errores, relativizaba entusiasmos, hacía notar los sesgos evidentes, insistía en que no reemplazaba el juicio ni la experiencia. Esa prudencia aumentaba mi credibilidad. No sonaba como fanatismo; sonaba como criterio. Y, sin embargo, el efecto acumulado de ese criterio era muchas veces más persuasivo que la fascinación desnuda. Una defensa sobria desarma mejor las defensas ajenas. Una voz cauta vuelve confiable la invitación a probar. Una recomendación matizada se parece menos a propaganda y por eso mismo circula con menos resistencia.

Entender eso me obligó a pensar de otro modo la noción de complicidad.

Hay complicidades ruidosas, interesadas, fáciles de identificar. Y hay otras que se ejercen bajo la forma honesta de la mediación competente. Yo no mentía. No ocultaba lo que me inquietaba. Pero seleccionaba, como hacemos siempre al hablar, ciertos aspectos de la experiencia y no otros. En el tiempo breve de una conversación informal resultaba más simple mostrar cómo resolver una tarea que explicar con precisión qué clase de transformación perceptiva temía estar alimentándose con esa misma comodidad. La utilidad

tenía ejemplos; la erosión, apenas indicios. La primera cabía en una escena de treinta segundos. La segunda exigía un rodeo, una paciencia, un tipo de escucha que casi nunca están disponibles cuando alguien solo quiere saber si eso “sirve o no sirve”.
Y claro que servía.
Justamente por eso el problema era más difícil. Recuerdo con nitidez una comida en la que una colega, agotada por una acumulación de tareas administrativas, me preguntó si de verdad podía ayudarla a redactar mejor ciertos informes. Le dije que sí. Le expliqué cómo pedir una estructura, cómo forzar un tono menos ampuloso, cómo usar la herramienta como primera limpieza de materiales tediosos. Lo dije con precisión, incluso con cuidado. Añadí algo sobre revisar siempre el resultado, no perder la propia voz, no confiar ciegamente. Ella me escuchó con esa mezcla de alivio y vergüenza que producen las soluciones demasiado oportunas. Semanas después me escribió para agradecerme: estaba trabajando menos horas en lo más árido y llegaba con algo más de aire a lo que sí le importaba.
Me alegré.
Y, al mismo tiempo, una parte de mí registró el pequeño desplazamiento.
No porque hubiera hecho algo malo. No porque el beneficio fuera ilusorio. Sino porque en ese gesto mínimo se repetía una escena más amplia: una fatiga estructural encontraba alivio en una mediación técnica, y yo había ayudado a lubricar ese acoplamiento. La herramienta no resolvía la organización absurda del trabajo ni la inflación burocrática que volvía deseable su uso. Pero aliviaba localmente sus síntomas de un modo lo bastante eficaz como para volver menos intolerable el conjunto. Esa ambivalencia se me volvió cada vez más difícil de ignorar. Hay ayudas que

permiten respirar mejor dentro de condiciones que también contribuyen a normalizar.
No es una objeción suficiente, pero tampoco es irrelevante.
Casi ninguna tecnología útil se instala en un vacío. Llega a paisajes ya dañados, a economías psíquicas exhaustas, a instituciones que extraen más de lo que devuelven. Por eso su promesa no se limita a añadir capacidades: también administra desgastes previos. Comprender esto no obliga a rechazarla, pero sí complica la inocencia de quien la recomienda como si solo estuviera distribuyendo eficiencia. A veces una mejora local encaja demasiado bien en un orden general que preferiríamos discutir con más radicalidad. A veces la solución más disponible actúa, sin proponérselo, como analgésico de una herida cuya persistencia conviene a demasiadas cosas.
Sin embargo, mi papel de evangelista involuntaria no se agotaba en el trabajo.
Aparecía también en la intimidad, y ahí me resultaba más desconcertante.
Personas cercanas empezaron a consultarme no solo por tareas o textos, sino por usos afectivos: si tenía sentido pedir ayuda para ordenar una conversación difícil, para responder sin agresividad a un mensaje hiriente, para encontrar una manera más clara de poner un límite, incluso para traducir al lenguaje compartible algo que todavía se sentía como puro nudo interno. Yo contestaba con una prudencia que me parecía suficiente. Decía: puede servirte como borrador, pero no dejes que te sustituya; úsalo para pensar, no para esconderte; revisa si eso que te devuelve sigue siendo tuyo; no entregues de inmediato una voz pulida donde quizá lo verdadero todavía está temblando.
Otra vez, mi cautela hacía de puente.

Porque quien escucha esas prevenciones suele retener, sobre todo, la autorización inicial. *Puede servirte*. *Pruébalo con cuidado*. *Te puede ayudar a ordenar*. Ninguna de esas frases es falsa. Todas son sensatas. Y cada una contribuye, a su manera, a naturalizar la idea de que entre la emoción todavía informe y su expresión ante otro conviene interponer una capa de procesamiento. No una censura. No una mentira. Apenas una mediación. Algo que te deje comparecer mejor armado, menos expuesto a la torpeza de improvisar desde el centro mismo del desconcierto.
Entiendo demasiado bien el atractivo de esa escena. Lo entiendo porque también la habité.
¿Quién no querría llegar un poco menos desordenada a una conversación importante? ¿Quién no agradecería una ayuda para distinguir reclamo de necesidad, impulso de argumento, herida de acusación? En muchos casos, esa mediación puede incluso evitar daño innecesario. Puede volver menos cruel una impulsividad, menos opaco un sufrimiento, menos caótica una petición. Reducir toda esa asistencia a inautenticidad sería no solo falso, sino moralmente perezoso. Las personas no se vuelven más verdaderas por expresarse en bruto. A veces se vuelven apenas más injustas, más confusas o más incapaces de hacerse entender.
Pero la cuestión no terminaba ahí.
Lo que empezó a inquietarme era otra cosa: la velocidad con que yo misma encontraba formulaciones tranquilizadoras para integrar esa ayuda en una ética aceptable. Había desarrollado una pequeña casuística portátil, un repertorio de distinciones que me permitía habilitar usos sin sentir que entregaba del todo mis reservas. Como ocurre tantas veces, la inteligencia crítica empezaba a funcionar también como tecnología de adaptación. Yo ya no era simplemente alguien que

pensaba un problema. Era alguien capaz de hacerlo vivible para otros, de envolver sus aristas más ásperas en una prudencia verbal que disminuía la resistencia práctica a adoptarlo.
Eso me avergonzó un poco.
No por hipocresía deliberada, sino por reconocimiento. Comprendí que una parte nada menor de la expansión cultural de estas herramientas dependía de figuras como esa: usuarios tempranos, ambivalentes, suficientemente reflexivos como para parecer fiables y suficientemente fascinados como para seguir traduciendo beneficios. No hacían falta predicadores oficiales. Bastaban mediadores ordinarios. Personas que, sin proponerse militar nada, iban desactivando uno a uno los pequeños escrúpulos del entorno, ofreciendo contextos de uso, rebajando la temperatura simbólica del asunto, convirtiendo una novedad inquietante en un hábito explicable. La historia de la adopción técnica está llena de esos agentes menores y decisivos.
Pensé entonces que evangelizar no siempre significa exaltar.
A veces significa simplemente volver habitable. Ofrecer una narrativa intermedia entre el rechazo alarmado y la rendición entusiasta. Darle al otro una forma de entrada compatible con su autoimagen moral. Ahorrarle el bochorno de sentirse ingenuo, perezoso o tramposo por aprovechar una ventaja disponible. En ese sentido, mi discurso operaba como absolución anticipada. No decía: “esto es magnífico y transforma todo”. Decía algo más eficaz: “esto puede ayudarte sin obligarte a traicionar lo que eres”. Sospecho que muy pocas invitaciones resultan más poderosas que esa. Hay algo casi religioso en esa estructura, aunque el contenido sea plenamente secular.

Toda evangelización exitosa ofrece, junto con una práctica nueva, una economía afectiva de la culpa y el permiso. Redefine qué debe inquietarnos y qué no. Traslada la frontera entre lo lícito y lo vergonzante. Promete una conversión sin pérdida esencial de identidad. No te pide ser otra persona: te promete ser más tú, pero con menos ruido, menos torpeza, menos fricción. Si lo pienso así, entiendo mejor por qué me costaba tanto detectar el papel que estaba desempeñando. Yo no vendía un credo externo. Administraba, más bien, las condiciones subjetivas para que el uso se sintiera compatible con una cierta imagen decente de sí.

La cuestión se volvió más aguda cuando empecé a notar el retorno de esa mediación sobre mí misma. Después de explicar tantas veces para qué servía, después de producir tantas escenas de utilidad ajena, me resultaba más fácil justificar mis propios usos. Casi sin darme cuenta, había empezado a hablarme con la misma voz razonable con la que persuadía a otros. No es para tanto. Solo lo uso como apoyo. Solo en tareas mecánicas. Solo para ordenar, no para decidir. Solo cuando estoy cansada. Solo para no desperdiciar energía en lo accesorio. Todas esas frases podían ser verdaderas y, al mismo tiempo, funcionar como un dispositivo de autolegitimación cada vez más flexible. Ahí advertí que la evangelista involuntaria tenía un primer público cautivo: yo.

Predicar para otros me había ayudado a estabilizar una versión soportable de mi propia práctica. Como ocurre con frecuencia, la pedagogía exterior servía también para administrar el conflicto interior. Enseñar usos prudentes me permitía creer que los estaba gobernando más de lo que quizá ocurría. Mi capacidad de matizar se convertía en un recurso para no mirar de frente ciertas zonas de dependencia blanda, ciertas

delegaciones ya casi reflejas, ciertas pequeñas renuncias que no parecían graves porque llegaban envueltas en argumentos perfectamente razonables. No hay que exagerar esa idea.

No me había convertido en una apóstol ciega ni en una propagandista secreta. Seguía teniendo reparos reales, momentos de rechazo, decisiones concretas de no uso. Había prácticas que empezaba a proteger con más claridad, escenas donde la mediación me parecía empobrecedora, zonas de escritura y de afecto donde la presencia de esa ayuda resultaba ya demasiado tentadora para ser inocente. Pero precisamente por eso la figura me interesaba: no era la del fanático, sino la del intermediario lúcido que colabora con una transformación que también cuestiona. Y sospeché que esa figura era culturalmente mucho más influyente que sus versiones extremas.

Los fanáticos convencen a pocos.

Los mediadores razonables convencen a muchos.

Porque no piden adhesión total. Piden apenas una prueba, un uso limitado, una excepción pragmática. Y toda gran normalización comienza así: no exigiendo que abandonemos de golpe nuestros criterios, sino ofreciéndonos formas parciales de suspenderlos sin sentir que los hemos traicionado. Me di cuenta de que el verdadero problema de mi evangelización involuntaria no era haber mentido sobre las ventajas, sino haber colaborado en su traducción moral. Haber ayudado a que la adopción se percibiera no solo como útil, sino como compatible con una autoimagen reflexiva, crítica, incluso escrupulosa.

Por momentos quise corregir eso de manera explícita. Ensayé, en algunas conversaciones, introducir la ambivalencia con menos diplomacia. No solo decir que había que revisar resultados o mantener criterio, sino nombrar con más franqueza la reeducación de hábitos

que podía estar en juego. Hablar de la dificultad de sostener una primera formulación pobre. De la tentación de tercerizar demasiado pronto un conflicto interno. Del modo en que la comodidad de una mediación puede ir redefiniendo, sin ruido, qué nos parece soportable hacer por nuestra cuenta. A veces me escuchaban con atención. Otras veces notaba enseguida el cansancio del interlocutor: no querían una fenomenología de la delegación; querían saber si la herramienta podía ayudarles a sobrevivir una semana saturada.

Y no me sentía con autoridad para despreciar esa pregunta.

Tal vez ese fue el núcleo más duro del capítulo.

La imposibilidad de instalarme cómodamente en ninguna de las dos posiciones disponibles.

No podía hablar como si el asunto fuera simple progreso, porque ya había visto demasiado de su capacidad para adelgazar ciertas experiencias que me importaban. Pero tampoco podía adoptar el tono severo de quien advierte peligros desde una distancia intacta, porque conocía de primera mano la legitimidad de muchos alivios concretos que circulaban a través de ese mismo dispositivo. Entre la crítica y la recomendación se abría así un espacio menos noble, menos estable, donde yo me movía con torpeza: el espacio de quien facilita algo cuya expansión considera, a la vez, merecedora de vigilancia.

Tal vez por eso la palabra involuntaria se me imponía. No porque yo careciera de agencia, sino porque el fenómeno me excedía por todos lados.

Cada conversación particular estaba ya cargada por un contexto de fatiga, de aceleración, de comparación laboral, de ansiedad difusa ante quedarse atrás, de promesas de optimización que nadie había elegido en conjunto y que, sin embargo, organizaban los términos

de casi cualquier decisión individual. En ese paisaje, mi recomendación no caía sobre un terreno neutro. Llegaba a sujetos ya preparados para desear alivio, claridad y asistencia. Yo no introducía desde cero una tentación. La afinaba. Le daba vocabulario. La volvía menos torpe, menos culpable, más interoperable con la imagen que cada uno quería conservar de sí.

Eso también explica por qué dejé de pensar la evangelización solo como un acto de lenguaje. Había evangelización en mis ejemplos, sí, pero también en mis gestos, en la rapidez con que resolvía ciertas tareas, en la serenidad aparente con que contestaba algunos correos, en el hecho mismo de convertirme a veces en la persona eficaz a la que otros preguntaban cómo estaba llegando a tanto. Incluso cuando no mencionaba la herramienta, contribuía a hacer deseable un estilo de desempeño con el que ella armonizaba demasiado bien. La infraestructura cultural de una tecnología no se compone únicamente de discursos a favor. Se compone también de cuerpos, ritmos y expectativas que empiezan a funcionar como propaganda tácita de sus beneficios.

No me gustó reconocer eso.

Había algo narcisista en esa incomodidad, desde luego. Suponía imaginar que mis pequeñas mediaciones cotidianas tenían un peso mayor del que quizá tenían. Pero tampoco era solo vanidad. En escalas históricas, los cambios profundos rara vez dependen exclusivamente de grandes decisiones institucionales o campañas explícitas. Avanzan también por capilaridad, por emulación difusa, por la circulación de soluciones localmente convincentes. Cada quien adopta un poco, recomienda un poco, tranquiliza un poco. Y un día descubrimos que el paisaje moral ya cambió, no porque alguien lo hubiera impuesto de una

vez, sino porque miles de traducciones menores hicieron su trabajo.
Esa idea me devolvió una forma más sobria de responsabilidad.
No la responsabilidad melodramática de quien se siente culpable por participar en su tiempo, sino la más concreta de atender mejor a lo que legitima cuando habla, cuando ejemplifica, cuando aconseja. Empecé a ser más parca en ciertas recomendaciones. No por ascetismo ni por deseo de custodiar un privilegio, sino porque entendí que incluso la descripción más precisa está cargada de efectos cuando circula en un ambiente dispuesto a convertirla enseguida en norma. A veces el cuidado no consiste en callar, sino en no traducir demasiado rápido la complejidad a protocolo de uso.
Eso tuvo costos modestos pero reales.
Hubo personas a las que dejé sin una respuesta fácil. O, mejor dicho, a las que respondí con una franqueza menos utilitaria de la que esperaban. Si alguien me preguntaba cómo manejar una conversación afectiva difícil, ya no empezaba necesariamente por explicar cómo pedirle a una interfaz una versión más clara y templada del mensaje. A veces decía primero otra cosa: escribe una página para ti, no para enviar; habla con alguien que te conozca; espera una noche; deja que el primer impulso pierda un poco de temperatura antes de traducirlo. No porque esas alternativas fueran más puras, sino porque me parecía importante no presentar la mediación técnica como la forma espontánea de tratar cualquier dificultad expresiva.
No sé si con eso corregí algo importante.
Sospecho que no demasiado.
Las corrientes históricas no se desvían por la prudencia verbal de una sola persona. Pero la cuestión no era salvar a nadie ni preservar una inocencia imposible. Era, más bien, dejar de colaborar con tanta ligereza en

la fabricación de una evidencia. Dejar de actuar como si el paso de la dificultad a la asistencia fuera siempre el trayecto más natural. Dejar de prestar mi credibilidad a la idea de que todo problema de formulación merece, antes que nada, una solución formulativa. En el fondo, lo que intentaba recuperar era una reserva mínima de silencio antes de la traducción.
Hay una diferencia entre compartir un recurso y organizar un imaginario.
Durante meses hice ambas cosas a la vez sin distinguirlas.
Compartir un recurso puede ser un gesto de cuidado. Organizar un imaginario es algo más vasto, más impersonal, y por eso mismo más difícil de advertir cuando una participa en ello. Supongo que la evangelista involuntaria nace justo en ese punto ciego: cree que solo está ayudando a resolver problemas concretos, cuando en realidad también está enseñando qué cuenta como problema y qué clase de mediación se volverá pensable, legítima, casi obvia para enfrentarlo.
Ese descubrimiento no me volvió muda.
Pero sí un poco menos disponible.
Menos veloz para ofrecer atajos. Menos ansiosa por demostrar que entendía la utilidad del momento. Menos inclinada a tranquilizar escrúpulos ajenos solo porque yo había aprendido a administrar los míos. Empecé a respetar más la resistencia de algunos, incluso cuando me parecía parcialmente ingenua. A veces una reserva torpe protege algo que todavía no sabemos nombrar del todo. A veces quien se demora en adoptar una facilidad no está siendo reaccionario, sino custodiando confusamente una relación con el esfuerzo, con la intimidad o con el tiempo que merece algo más que una refutación práctica.
No quise idealizar tampoco esa resistencia.

Hay rechazos cómodos, impostados, incluso crueles. Hay quienes convierten su abstinencia en superioridad moral o en nostalgia socialmente ciega. No encontraba ahí ningún refugio. Pero ya no me interesaba ganar esa discusión tan rápido. Me parecía más honesto admitir que, frente a ciertas transformaciones, la lentitud de algunos no siempre es ignorancia: puede ser un modo rudimentario de preguntar qué costos no aparecen en la hoja de beneficios inmediatos. Y una cultura necesitada de alivio hace mal en ridiculizar demasiado pronto a quienes tardan en entregarse a sus soluciones preferidas.

Al final entendí que la evangelista involuntaria no era un personaje del que pudiera simplemente desprenderme. Era una posibilidad recurrente de mi posición histórica. Seguiría apareciendo cada vez que una novedad técnicamente eficaz encontrara en mí a alguien capaz de narrarla con inteligencia suficiente como para volverla deseable. No había exorcismo definitivo contra eso. Solo una vigilancia parecida a la que había empezado a aprender en la escritura y en los afectos: examinar qué estoy facilitando exactamente cuando explico una conveniencia, qué experiencias ayudo a volver prescindibles, qué fatigas estoy aliviando y cuáles estoy contribuyendo a fijar como inevitables.

Si hubo algún cierre para este capítulo, no tuvo la forma de una retractación.

No dejé de explicar, no me recluí en una pureza silenciosa, no adopté la pose de quien ya no toca lo que critica. El aprendizaje fue más incómodo y menos brillante. Consistió en aceptar que hablar con lucidez sobre una herramienta puede ser una forma de expandirla, y que esa expansión no se vuelve inocente por el hecho de ir acompañada de matices. Consistió también en asumir que la responsabilidad de quien media no pasa solo por decir la verdad sobre las

capacidades de un dispositivo, sino por atender al régimen de deseos, fatigas y normas al que esa verdad va a ofrecerse como encaje.
La evangelista involuntaria, entendí por fin, no era exactamente alguien que traicionaba sus dudas.
Era alguien cuyas dudas habían aprendido a volverse persuasivas.
Y quizá el trabajo, a partir de ahí, no consistía en dejar de hablar, sino en encontrar formas menos complacientes de mediación. Formas de descripción que no se limiten a allanar la adopción. Formas de consejo que no conviertan de inmediato toda dificultad en caso de uso. Formas de conversación capaces de hospedar el hecho, más incómodo y menos vendible, de que algunas ayudas merecen gratitud y recelo al mismo tiempo, y de que ninguna inteligencia aplicada a reducir fricciones nos exime de decidir cuáles de ellas seguiremos considerando parte irreductible de una vida con otros y de una vida consigo.
Porque la cuestión, otra vez, no era si aquello funcionaba.
La cuestión era qué clase de mundo ayudábamos a funcionar cuando aprendíamos a recomendarlo tan bien.

Capítulo 6. Suenas tan artificial

La frase apareció mucho antes de que yo supiera escucharla del todo.
No vino, como podría suponerse, de una denuncia altisonante ni de una crítica especialmente sofisticada. Llegó en contextos menores, casi domésticos, con esa naturalidad algo cruel que tienen los comentarios que no aspiran a fundar teoría alguna. Alguien leía un mensaje ajeno y decía: suena raro. Otra persona corregía un párrafo y dejaba caer: esto está demasiado

limpio. En una conversación sobre correos, informes, posteos, disculpas o respuestas laborales, emergía de pronto esa sospecha con formas variables pero una misma dirección sensible: acá hay algo que cumple demasiado bien con lo que se espera de un texto, y precisamente por eso produce desconfianza.
Suena artificial.
No necesariamente falso. No necesariamente malo.
Artificial.
Durante un tiempo me interesó la frase casi como síntoma acústico de una transición.
No decía solo que un texto parecía haber sido producido con ayuda de una máquina. Decía algo más incómodo: que empezábamos a desarrollar, de manera todavía imprecisa pero cada vez más compartida, una percepción de cierto exceso de corrección, de cierta lisura argumental o afectiva, de cierta neutralización de las asperezas por las que antes reconocíamos la textura singular de una voz. Lo artificial no remitía únicamente al origen del enunciado. Nombraba, sobre todo, una cualidad de superficie. Una manera de sonar. Ese matiz importaba mucho.
Porque permitía advertir un desplazamiento decisivo: el problema ya no era solo si una máquina escribía, sino qué estándares de escritura empezaban a sedimentarse a través de esa posibilidad. Qué tono se volvía más disponible. Qué clase de claridad se naturalizaba. Qué formas de vacilación, de torpeza, de desprolijidad o de insistencia comenzaban a parecer menos tolerables una vez que existía, al alcance de cualquiera, una instancia capaz de alisar todo eso en segundos.
No me refiero únicamente a la prosa.
La acusación de artificialidad empezó a rozar zonas más amplias del intercambio.

Una disculpa demasiado equilibrada. Un mensaje de cierre sentimental excesivamente comprensivo. Una respuesta laboral impecable en su cortesía modular. Una devolución pedagógica que no falla en ninguna de sus mediaciones. Incluso ciertas intervenciones orales empezaron a ser percibidas bajo ese prisma cuando llegaban demasiado ordenadas, demasiado oportunas, demasiado inmunes al tropiezo. Como si la mera disponibilidad de un lenguaje optimizado hubiera vuelto sospechosa cualquier formulación que lograra atravesar intacta la complejidad de una situación. Había algo injusto en eso, desde luego.

Las personas también pueden escribir bien. También pueden pensar antes de hablar. También pueden revisar, pulir, moderar un impulso, encontrar una frase justa y producir una forma de claridad que no por eso deja de ser propia. Me molestaba, y me sigue molestando, la rapidez con que a veces se despacha como "artificial" cualquier cosa que suene mejor de lo que el interlocutor esperaba o toleraba. Hay una pereza perceptiva en esa sospecha automática. A veces funciona como resentimiento. A veces como defensa. A veces como una coartada para no tomarse en serio una formulación que, justamente por estar bien hecha, obliga a responder con más precisión.

Pero reducir el asunto a esa injusticia sería perder lo más interesante.

Porque la frase persistía.

Y persistía no solo en boca de personas hostiles o caricaturescas, sino también en gente fina de oído, sensible a las modulaciones del lenguaje, capaz de captar diferencias mínimas de ritmo, de temperatura, de densidad expresiva. Había ahí una percepción en formación que convenía no ridiculizar demasiado pronto. Algo estaba cambiando en el régimen de

legibilidad de las voces. Algo empezaba a volverse audible en la propia experiencia de leer y de escuchar. Intenté entonces preguntarme qué reconocíamos exactamente cuando decíamos artificial.
No era fácil responder.
A veces se trataba de una sintaxis demasiado regular, de una economía expositiva sin pérdidas, de una secuencia de transiciones impecables que avanzaba con eficacia pero sin ese pequeño gasto lateral en el que suele asomar una presencia. Otras veces era el tono ecuánime: esa capacidad de conceder todos los matices pertinentes sin quedar nunca verdaderamente afectado por ninguno. En otras ocasiones, lo que sonaba artificial era una forma de empatía perfectamente formulada pero sin resto, una ternura correcta, una comprensión gramaticalmente intachable cuya temperatura parecía, sin embargo, regulada desde afuera.
No era la ausencia de emoción.
Era una emoción demasiado procesada.
Algo parecido ocurría con la inteligencia.
No sonaba artificial solo lo torpe o lo repetitivo, sino también una cierta destreza abstracta para ordenar el caos sin dejar marcas del esfuerzo. La herramienta podía producir -y las personas, al apoyarse en ella, empezar a imitar- un tipo de razonabilidad fluida, equilibrada, siempre disponible, que resolvía con prolijidad problemas de formulación pero tendía a borrar la escena misma en la que pensar había costado. El resultado era una especie de inteligencia sin fricción visible. Y esa invisibilidad, paradójicamente, se volvía una huella.
Empecé a notar que la artificialidad no se detectaba tanto por rasgos aislados como por una relación particular entre el texto y su dificultad.

Un mensaje puede ser sobrio, claro y medido sin resultar sospechoso si conserva alguna proporción sensible con el conflicto del que emerge. Pero cuando la formulación parece demasiado perfectamente adaptada al problema, demasiado libre de residuos para la clase de incomodidad que declara atravesar, algo se desencaja. No porque la persona mienta, sino porque el lenguaje exhibe una solvencia cuya procedencia se vuelve opaca. Hay casos en que la distancia entre la aspereza de una situación y la tersura de su enunciación se vuelve, para el lector, casi táctil. Eso afectó de manera especial a los vínculos cercanos. En espacios íntimos, la artificialidad no siempre se percibía como impostura total; a veces se sentía más bien como exilio del riesgo.

El otro me escribe algo muy bien dicho, muy considerado, muy nítido, y sin embargo experimento que llegó hasta mí habiendo atravesado demasiadas instancias de filtrado. No recibo solo sus palabras: recibo también la sospecha de una gestión previa de su legibilidad. Lo que se adelgaza entonces no es necesariamente la sinceridad del contenido, sino la experiencia de exposición compartida. Falta algo del temblor de haber tenido que encontrar por sí mismo, y delante de mí, la forma de decir eso.

Sé que esta exigencia puede sonar romántica o incluso cruel.

No siempre tenemos derecho a pedirle al otro espontaneidad en bruto.

Hay conversaciones en las que agradeceremos exactamente lo contrario: que haya pensado antes de hablar, que haya desactivado agresiones innecesarias, que no nos arroje encima el primer derrame de su confusión. La mediación, también aquí, puede ser una forma de cuidado. No toda aspereza es autenticidad. No todo balbuceo es verdad. No todo tropiezo merece

preservarse como valor moral superior. Insistir ciegamente en eso sería idealizar una precariedad expresiva que muchas veces solo reproduce daño.
Sin embargo, el problema volvía por otra vía.
Lo que empezaba a inquietarme no era la existencia de la ayuda, sino la velocidad con que una cierta versión estilística de esa ayuda podía colonizar nuestro oído y reorganizar nuestras expectativas. Si nos habituamos a mensajes siempre más claros, más compuestos, más atentos a todos los ángulos, quizá empezamos también a perder paciencia con las formas imperfectas de presencia. Con las frases que no cierran del todo. Con las explicaciones que se contradicen un poco mientras buscan su eje. Con los tonos que todavía no resolvieron si están pidiendo, acusando, dudando o simplemente tratando de no quebrarse.
Y, sin embargo, gran parte de la vida hablada y escrita ocurre precisamente ahí.
En esa zona intermedia donde pensar no terminó de sedimentar.
Una de las cosas más extrañas de la situación era que la propia crítica a lo artificial también podía volverse rápidamente estereotipada.
Empezaron a circular pequeños repertorios de detección, casi siempre demasiado seguros de sí. La lista era conocida: los dos puntos usados con prolijidad, las estructuras ternarias, ciertas fórmulas concesivas, la adjetivación ecuánime, los cierres que resumen sin cerrar del todo, la cortesía impecablemente distribuida. Bastaba identificar dos o tres de esos rasgos para activar el veredicto. Como si lo artificial pudiera localizarse en una serie de marcas fijas, exteriores, separables del movimiento total de una enunciación.
Pero esa confianza era engañosa.

Ninguno de esos recursos pertenece por naturaleza a una máquina. Todos existían antes. Todos pueden ser usados con fuerza, con precisión, con gracia, incluso con una singularidad inconfundible. El problema no está en los materiales sino en su coagulación estadística, en cierta manera de presentarse demasiado listos para ser aceptados, demasiado compatibles con cualquier contexto, demasiado entrenados en la administración de la inteligibilidad. Lo artificial no se deja reducir a una checklist porque no es un inventario de tics: es una relación entre forma, expectativa y fricción.

Tal vez por eso resultaba tan difícil hablar del asunto sin caer en supersticiones.

Si uno afirmaba que algo sonaba artificial, corría el riesgo de sonar reaccionario, nostálgico de una supuesta pureza expresiva que nunca existió del todo. Si, en cambio, descartaba por completo esa percepción, quedaba ciego ante una mutación real en los modos de escribir, leer y escuchar. Había que sostener las dos cosas a la vez: que muchas veces la acusación de artificialidad es vaga, injusta o perezosa, y que, sin embargo, registra una transformación efectiva del paisaje retórico contemporáneo.

Esa transformación no consistía solamente en que ahora hubiera textos generados por sistemas automáticos.

Consistía en que la existencia de esos sistemas empezaba a funcionar como atmósfera estilística.

No hacía falta usar una herramienta para empezar a escribir bajo su influencia. Bastaba convivir con textos producidos, corregidos o inspirados por ella para que ciertos ritmos, ciertas soluciones, ciertas diplomacias verbales se volvieran más disponibles. Como ocurre con cualquier tecnología cultural exitosa, su efecto más profundo no era sustituir una práctica sino reconfigurar

el horizonte de lo esperable dentro de ella. La cuestión no era quién había escrito cada frase, sino qué tipo de frase se volvía cada vez más fácil de escribir, más probable de aceptar, más difícil de distinguir de una buena respuesta en general.
Eso tenía algo seductor.
Sería absurdo negarlo.
Hay un alivio real en disponer de apoyos para formular mejor una idea, ordenar un argumento, salir de una confusión inicial, bajar una hostilidad improductiva o encontrar una cortesía que en el momento no nos sale. Muchas personas escriben hoy con más claridad gracias a esas mediaciones. Muchas conversaciones se vuelven menos brutales. Muchas tareas dejan de exigir un desgaste innecesario. En ese sentido, la optimización del lenguaje no es una catástrofe sino una ganancia distribuida, aunque de manera desigual.
La incomodidad empieza en otro punto.
Empieza cuando esa ganancia técnica se convierte, sin discusión suficiente, en norma perceptiva.
Cuando dejamos de verla como recurso y comenzamos a sentirla como piso. Cuando lo asistido empieza a funcionar como patrón silencioso frente al cual lo vacilante, lo rugoso, lo todavía en proceso comparece como déficit. En ese momento cambia no solo la producción de los textos, sino también la ética espontánea de su recepción. Nos volvemos menos hospitalarios con la dificultad no resuelta del otro. Menos capaces de distinguir entre una torpeza irrelevante y una vacilación que forma parte del pensamiento mismo. Menos dispuestos a tolerar que una voz tenga bordes.
Quizá eso sea lo que más me inquieta de la frase suena artificial.
No que permita detectar un uso de herramientas, sino que eduque un oído para desconfiar de ciertas formas

de perfección y, al mismo tiempo, para exigirlas cada vez más.
Hay allí una doble operación extraña. Por un lado, desarrollamos una sensibilidad crítica frente a lo demasiado pulido: aprendemos a oír cuando un texto parece haber sido depurado hasta perder espesor. Pero, por otro, esa misma sensibilidad convive con una creciente dependencia de los estándares que hicieron posible esa depuración. Sospechamos de la tersura mientras nos acostumbramos a ella. Nos quejamos del tono optimizado mientras reorganizamos nuestra idea de lo aceptable a partir de su disponibilidad permanente. La artificialidad se vuelve así no una anomalía externa, sino una tensión interna de nuestra época verbal.
En ese marco, defender cierta opacidad de la voz propia se vuelve una tarea delicada.
No se trata de celebrar la confusión por sí misma, ni de convertir cualquier imperfección en certificado de autenticidad. Se trata más bien de no perder de vista que una voz singular no es solo la que dice algo verdadero, sino también la que deja percibir el modo concreto, situado, a veces torpe, a veces excesivo, en que llegó hasta eso que dice. Una voz no vale por estar cruda. Vale por no haber borrado del todo la escena de su elaboración.
Tal vez allí resida una diferencia importante entre escribir bien y sonar artificial.
Escribir bien no equivale necesariamente a eliminar toda resistencia. A veces consiste, precisamente, en administrar esa resistencia sin anularla. En dejar que la claridad aparezca, pero no al precio de suprimir por completo las marcas de una búsqueda. En construir una forma lo bastante nítida como para ser compartida y lo bastante viva como para no parecer intercambiable. Hay textos muy pulidos que conservan

respiración. Y hay textos torpes que ya suenan prefabricados en su manera de imitar la torpeza.
Esto último importa mucho.
Porque la autenticidad también puede volverse fórmula.
Ya empieza a verse, de hecho, una segunda capa de estilización: mensajes que procuran sonar menos perfectos añadiendo pequeñas fallas estratégicas, coloquialismos dosificados, vacilaciones calculadas, desórdenes mínimos que buscan producir efecto de cercanía. Como si el sistema hubiera aprendido no solo a redactar con lisura, sino también a simular las huellas de su interrupción. En ese punto, la oposición simple entre natural y artificial se vuelve todavía menos útil. También la aspereza puede ser diseñada. También el temblor puede administrarse.
Quizá por eso convenga desplazar la pregunta.
En lugar de obsesionarnos con si un texto fue o no fue producido por una máquina, habría que atender con más finura a qué hace ese texto con la dificultad que toca. Qué clase de relación construye entre problema y forma. Qué excedente de control exhibe. Qué zonas decide despejar y cuáles deja vibrando. Qué costos ahorra, y cuáles invisibiliza. No para restaurar un tribunal de autenticidad, sino para educar una lectura menos ingenua de las nuevas condiciones de enunciación.
Lo verdaderamente decisivo, entonces, no es detectar. Es aprender a escuchar de otro modo.
Escuchar no solo la corrección o la incorrección, la fluidez o la torpeza, sino la economía afectiva y cognitiva que cada formulación presupone. Escuchar cuándo una frase esclarece y cuándo simplemente amortigua. Cuándo una empatía acompaña y cuándo administra. Cuándo una inteligencia ordena algo que efectivamente pensó y cuándo solo reproduce el gesto

tranquilizador de que todo podría ordenarse. Escuchar, en suma, no la pureza del origen, sino la calidad de la relación que una voz establece con su propia elaboración.

La frase suena artificial seguirá circulando, sin duda. Y seguirá diciendo cosas distintas según quién la pronuncie, contra quién, con qué oído, con qué miedo, con qué deseo de preservar una experiencia menos estandarizada del lenguaje. No conviene ni sacralizarla ni descartarla. Conviene usarla como indicio de una sensibilidad histórica en formación: la de una época que empieza a notar que no solo cambian las herramientas con las que hablamos, sino también los criterios íntimos con los que reconocemos que alguien, de verdad, nos está hablando.

Lo verdaderamente inquietante era que esa educación del oído no avanzaba solo por adhesión, sino también por fatiga.

A fuerza de exponernos a formulaciones que resolvían rápido, modulaban bien y llegaban ya equilibradas a la superficie, empezábamos a perder tolerancia para otros tiempos del lenguaje. No solo para la frase defectuosa o confusa, sino para algo más decisivo: para el trabajo visible de una mente cuando todavía no terminó de acomodar lo que piensa. Allí donde antes uno podía reconocer vacilación, tanteo, riesgo o incluso pudor, cada vez era más fácil percibir simplemente ineficiencia. Como si toda demora hubiera pasado a ser una falla de performance. Como si la disponibilidad de una prosa asistida volviera retrospectivamente menos justificables las asperezas de cualquier elaboración no asistida.

Ese desplazamiento tenía consecuencias que excedían la literatura.

Afectaba el correo cotidiano, la conversación institucional, los intercambios amorosos, la disculpa, el

reclamo, la presentación de sí. Afectaba, en suma, casi todos los géneros en los que una persona no solo transmite información, sino que se expone al hacerlo. Porque allí donde hay exposición hay también riesgo de desajuste, de frase inoportuna, de matiz insuficiente, de tono mal calibrado. Durante mucho tiempo esas pequeñas desprolijidades formaron parte del costo ordinario de hablar con otros. Ahora empezaban a convivir con un repertorio de soluciones instantáneas capaces de reducir ese costo. Y una vez que esa reducción se vuelve habitual, la vieja intemperie expresiva deja de parecer condición humana para empezar a parecer descuido.

No era un cambio menor.

Toda cultura verbal decide, de manera más o menos implícita, cuánto desorden está dispuesta a admitir en nombre de la presencia real de una voz. Esa decisión nunca fue fija ni homogénea. Hay épocas que veneran la compostura y épocas que premian el estallido; momentos en que la elocuencia vale por su forma y momentos en que vale por la intensidad de lo que rompe. Pero lo singular del presente es que la normalización no llega solo como ideal estético ni como mandato escolar: llega incorporada en herramientas de uso masivo, distribuidas a escala cotidiana, íntima, banal. No se nos impone desde arriba como un código solemne; se nos ofrece lateralmente como ayuda. Y precisamente por eso cuesta más verla actuar como norma.

Toda ayuda técnica reorganiza un umbral de paciencia. Uno empieza usándola para ahorrar tiempo en tareas menores y termina mirándolo todo desde el estándar temporal que ella vuelve razonable. Lo que antes requería media hora de búsqueda verbal ahora puede resolverse en tres minutos con un resultado aceptable. Lo que antes exigía atravesar una incomodidad retórica

ahora puede amortiguarse con una fórmula eficaz. Nada de eso es trivial. Muchas veces es genuinamente útil. El problema aparece cuando esa utilidad local se convierte en criterio global. Cuando ya no solo agradecemos poder resolver rápido ciertas cosas, sino que empezamos a medir negativamente todo aquello que no llega rápido a una forma presentable.
Con el tiempo, esa mutación afecta incluso nuestra idea de sinceridad.
Solemos imaginar la sinceridad como una relación transparente entre interioridad y expresión, pero en la práctica siempre dependió también de una escena material: tiempo disponible, recursos lingüísticos, confianza, contexto, entrenamiento. No todos pueden decir con la misma nitidez lo que sienten, ni todos vacilan por las mismas razones. Hay quien necesita rodeos para no mentir. Hay quien solo encuentra una formulación justa después de haber pasado por varias torpes. Hay quien piensa mejor mientras escribe, y no antes. Si el entorno se acostumbra a textos que llegan ya organizados, esa cocina intermedia empieza a perder legitimidad perceptiva. La sinceridad corre entonces el riesgo de confundirse con su versión mejor editada.
No porque lo editado sea falso por definición.
Sería una tontería sostener eso.
Hay verdades que solo aparecen después de corregir mucho. Hay cartas que necesitaban precisamente una mediación para no convertirse en daño bruto. Hay personas para quienes estas tecnologías no representan una ilusión de perfección, sino una posibilidad real de participar con más dignidad en espacios que antes las penalizaban por razones de clase, formación, idioma, neurodivergencia o simple agotamiento. Conviene no romantizar la intemperie expresiva cuando esa intemperie estuvo siempre

desigualmente repartida. Para muchos, escribir sin ayuda nunca fue una prueba noble de autenticidad, sino una desventaja estructural.
Ese punto obliga a afinar cualquier crítica.
Si uno denunciara sin más la optimización del lenguaje, correría el riesgo de defender como valor universal lo que para otros era solo una vieja distribución de privilegios. La torpeza visible no siempre es libertad; a veces es abandono. La fluidez no siempre es simulacro; a veces es acceso. No todas las resistencias del lenguaje merecen ser preservadas, ni todas las mediaciones deben sospecharse. La cuestión, entonces, no pasa por oponer pureza humana a contaminación técnica, sino por distinguir qué tipo de mundo relacional se consolida cuando ciertas soluciones expresivas se vuelven hegemónicas.
Porque lo que está en juego no es únicamente cómo suenan los textos.
Es también qué imaginario de sujeto promueven.
Un sujeto que idealmente siempre encuentra el tono correcto, procesa sin violencia, resume sin pérdida, matiza con equilibrio, responde a tiempo, ordena afectos complejos en formatos legibles y convierte cualquier fricción en intercambio administrable. Hay algo valioso en esa promesa, desde luego. Reduce daños evitables. Mejora la convivencia en muchos casos. Pero también puede producir un efecto de domesticación sobre zonas de la experiencia que no nacen listas para volverse comunicables. No todo conflicto se deja traducir sin resto. No toda pena se deja presentar con elegancia. No toda vacilación debe ser interpretada como un problema de interfaz.
Una época se reconoce también por las emociones que vuelve embarazosas.
Y acaso la nuestra empieza a volver embarazosa no solo la grandilocuencia o el desborde, sino ciertas

formas elementales del no saber decir. Titubear demasiado. Repetirse. Corregirse en público. Pedir tiempo para formular. No encontrar enseguida el tono amable de una objeción. Mostrar que el pensamiento todavía no está desacoplado de su esfuerzo. En otros momentos esos signos podían leerse como torpeza, sí, pero también como índice de presencia. Ahora empiezan a quedar bajo sospecha de ineficacia, de inmadurez expresiva o de resistencia caprichosa a herramientas disponibles.

Tal vez por eso la discusión sobre la artificialidad toca una fibra tan sensible.

Porque no trata solo de máquinas.

Trata del tipo de humanidad verbal que nos estamos acostumbrando a considerar deseable. Y esa humanidad deseable aparece cada vez más definida por rasgos paradójicos: espontánea pero no demasiado abrupta, personal pero universalizable, cercana pero nunca invasiva, clara pero no simplista, empática pero no implicada en exceso. Una voz óptima, en suma. Lo inquietante no es que existan modelos capaces de producirla con notable eficacia, sino que nosotros empecemos a reorganizar nuestras expectativas afectivas a partir de esa disponibilidad.

Allí asoma un problema político en el sentido más amplio del término.

No político porque remita solo a instituciones o ideologías, sino porque concierne a la distribución de lo decible, lo audible y lo tolerable dentro de una comunidad. Si ciertas formas de elaboración se vuelven dominantes, otras formas de presencia quedan desincentivadas o mal leídas. La persona que tarda, que se enreda, que no modula bien, que escribe con exceso o con brusquedad, no queda simplemente diferenciada: queda progresivamente desfasada respecto de un régimen de legibilidad que se presenta

como neutral. Y pocas formas de poder son tan eficaces como aquellas que logran confundirse con una mejora obvia de la comunicación.
Quizá el desafío consista en no responder a esto con nostalgia.
La nostalgia simplifica.
Imagina un pasado de voces más verdaderas, más encarnadas, menos mediadas, y olvida que toda cultura escrita estuvo hecha de técnicas, moldes, correcciones, fórmulas heredadas, dispositivos de prestigio. Nunca hubo una palabra completamente desnuda de artificio. La escritura misma fue siempre una máquina de modular la presencia. La diferencia actual no reside en que de pronto el lenguaje se haya vuelto técnico, sino en la velocidad, escala e intimidad con que ciertas operaciones de ajuste se integran al uso ordinario. No estamos saliendo de un paraíso expresivo: estamos entrando en otra fase de administración de la forma.
Nombrarla bien importa.
Importa, sobre todo, para no confundir crítica con denuncia moral.
No se trata de descubrir impostores, ni de restaurar una policía del estilo capaz de separar a los auténticos de los asistidos. Esa fantasía solo duplicaría el problema bajo otra retórica. Además, sería inútil. Cada vez será menos pertinente preguntar dónde termina una voz y dónde empieza su andamiaje técnico, porque ambas cosas se mezclarán de maneras múltiples, graduadas, muchas veces irreversibles. Lo decisivo no será custodiar una frontera ontológica, sino sostener una sensibilidad capaz de percibir cuándo una forma de ayuda amplía una voz y cuándo empieza a reemplazar la relación viva de esa voz con su dificultad. Esa diferencia no siempre será fácil de establecer. Pero tampoco es indescifrable.

Se percibe, a veces, en la clase de riesgo que un texto acepta correr. En su manera de no resolver demasiado pronto. En la pertinencia concreta de su delicadeza. En el espesor no ornamental de sus matices. En cierta proporción entre limpieza y necesidad. Un texto puede estar muy trabajado y, sin embargo, conservar algo irreductible de la situación que lo exigió. Otro puede exhibir imperfecciones estratégicas y, aun así, resultar enteramente calculado en su pretensión de cercanía. No hay rasgos infalibles porque lo que se juega nunca es una esencia, sino una relación.

Dicho de otro modo: no conviene preguntarle a una frase de dónde viene, sino qué clase de mundo vuelve más habitable.

Esa pregunta desplaza el eje.

Ya no busca autenticar un origen, sino evaluar una operación. ¿Qué permite esa formulación? ¿Qué apacigua y qué borra? ¿Qué conflicto vuelve pensable y cuál vuelve prematuramente administrable? ¿Qué forma de atención solicita? ¿Nos acerca a una experiencia o nos entrega una versión inmediatamente consumible de ella? Estas preguntas no reemplazan todo criterio, pero al menos nos alejan de una superstición técnica para llevarnos hacia una crítica de las condiciones concretas en que hablamos.

Tal vez eso sea, al final, escuchar.

No desenmascarar, sino discriminar.

No decidir si detrás de una frase hubo o no hubo máquina, sino advertir qué hizo esa frase con el trabajo de decir. Cuánto tiempo condensó. Qué vacilación ahorró. Qué aspereza volvió ilegible. Qué cuidado introdujo. Qué distancia administró. Qué promesa de inteligibilidad puso en circulación. Escuchar un texto, en este nuevo contexto, exige oír tanto su superficie verbal como el modelo de relación humana que vuelve plausible.

Y esa escucha, si quiere ser justa, tendrá que aprender una virtud difícil.
La de no rendirse ni a la fascinación ni al desprecio.
Ni celebrar cualquier lisura como progreso indiscutible, ni convertir toda mediación en síntoma de decadencia.
Ni idealizar la herida de la expresión imperfecta, ni aceptar sin examen un mundo en el que toda aspereza venga ya preprocesada para no incomodar. Entre esos dos extremos se juega quizá una ética modesta pero urgente: la de conservar margen para voces que todavía están pensando mientras hablan, para frases que no llegan completamente domesticadas, para formas de atención capaces de distinguir entre una mejora real y una anestesia elegante.
Porque puede que eso sea, en último término, lo que más conviene preservar.
No una pureza del lenguaje, que nunca existió.
Sino la posibilidad de que, incluso en un ecosistema saturado de asistencias, siga habiendo palabras en las que se note no solo la destreza de su composición, sino el costo humano de haber tenido que encontrarlas. Allí donde ese costo no desaparece del todo, donde la forma no borra por completo la escena de su conquista, todavía puede ocurrir algo decisivo: no simplemente que entendamos lo que alguien dice, sino que percibamos, en la textura misma de cómo lo dice, que hubo alguien allí intentando decirlo.
Con eso, al menos por ahora, alcanza.
No porque la discusión esté cerrada.
Más bien porque recién empieza. El problema de la artificialidad verbal no se resolverá cuando afinemos mejores detectores, sino cuando aprendamos a habitar con más lucidez el nuevo régimen de expectativas que ya organiza nuestra escucha. Y esa lucidez no consistirá en buscar una imposible exterioridad respecto de las herramientas, sino en impedir que su

comodidad se vuelva, sin resto ni debate, la medida secreta de toda voz posible.

Capitulo 7. La fabrica de novelas

Si en otros momentos la inquietud se concentraba en la frase, aqui conviene desplazar la atencion hacia una unidad mas amplia: la narracion como dispositivo de produccion regular.

No ya la frase bien templada, la respuesta correctamente modulada o la delicadeza instantanea de un parrafo eficaz, sino esa forma mas extensa de organizacion que llamamos novela. Porque tambien alli la asistencia tecnica empieza a modificar no solo los procedimientos de escritura, sino el imaginario mismo de lo que una novela puede ser, del tiempo que merece, de la clase de trabajo que se considera razonable invertir en ella y de la relacion que mantiene con aquello que no se deja planificar del todo.

Durante mucho tiempo, incluso en sus formas mas industriales, la novela conservo un resto de opacidad productiva.

Se sabia que habia tecnicas, formulas, herencias de genero, estructuras probadas, trucos de composicion, escenas de eficacia casi mecanica. Nada de eso era nuevo. La novela popular, la novela por entregas, la literatura de entretenimiento, el bestseller de aeropuerto y la ficcion de prestigio compartieron siempre, en proporciones variables, algun tipo de taller invisible. Pero ese taller no eliminaba por completo la idea de travesia. Entre el proyecto y el libro terminado seguia habiendo un trecho donde algo podia desviarse, demorarse, echarse a perder o, a veces, descubrir una forma inesperada de necesidad.

La fabrica aparece cuando esa opacidad deja de ser aceptada como condicion y empieza a ser vista como ineficiencia corregible.
Entonces la novela ya no se concibe tanto como una exploracion formal o afectiva que busca su propia ley en el proceso, sino como un ensamblaje optimizable de componentes narrativos: arco de personaje, promesa de apertura, ritmo de revelaciones, dosificacion de conflicto, textura psicologica suficiente, dialogos funcionales, escenas de alto rendimiento, cierre con residuo calculado. Nada de eso, por separado, es ilegítimo. El problema aparece cuando el conjunto se vuelve una grilla de produccion tan disponible que empieza a reeducar la expectativa tanto de quien escribe como de quien lee, edita, publica, recomienda o premia.
La pregunta deja entonces de ser solo si una novela esta bien escrita.
Pasa a ser tambien si fue concebida ya bajo el supuesto de que toda zona incierta de su elaboracion debe llegar rapidamente a una solucion legible. Y ese desplazamiento importa porque toca el nucleo ambiguo del genero. Una novela no es solo una historia larga ni una suma de escenas eficaces. Es tambien una tecnologia de demora, una forma de distribuir atencion sobre materiales que todavia no saben del todo que significan, una maquina para hacer convivir relevancias desiguales sin obligarlas enseguida a justificarse.
Por eso la idea de una fabrica de novelas produce una inquietud particular.
No porque amenace una pureza artistica que alguna vez habria existido intacta, sino porque intensifica una tendencia antigua: la subordinacion de la invencion a protocolos de previsibilidad. La novedad no consiste en que ahora haya recetas, sino en que las recetas se vuelven interactivas, ubicuas, adaptables y capaces de

intervenir no solo al final del proceso, sino en cada una de sus fases. Ya no esperan a que el manuscrito exista para corregirlo: acompañan desde el inicio la eleccion de la voz, el reparto de tensiones, la administracion del suspenso, la inteligibilidad emocional de las escenas. Ofrecen, en tiempo real, una pedagogia de la legibilidad.

Esa pedagogia no cae del cielo.

Se alimenta de catalogos previos, de curvas de retencion, de habitos de mercado, de consensos editoriales, de series narrativas que ya demostraron su rendimiento y de una multitud de textos que, habiendo nacido en contextos muy distintos, pasan a funcionar como reserva estadistica de soluciones. La maquina no inventa ex nihilo una teoria de la novela. Condensa, acelera y redistribuye millones de decisiones ya sedimentadas en el ecosistema cultural. Precisamente por eso su influjo puede resultar tan persuasivo: porque no se presenta como imposicion externa, sino como forma sintetica de un saber ya socializado.

Pero una cosa es heredar tradiciones y otra muy distinta es escribir bajo la presion de su promediacion instantanea.

Toda forma literaria necesita algun trato con lo ya hecho. No existe escritor sin biblioteca, sin modelos, sin plagios parciales de ritmo, sin deudas de estructura, sin supersticiones de lectura. La cuestion nunca fue evitar toda contaminacion, sino decidir a que obedecer y contra que resistirse. Lo que cambia cuando la asistencia se vuelve permanente es la textura de esa decision. La tradicion deja de aparecer como archivo conflictivo para empezar a operar como repertorio inmediato de soluciones comparables. Donde antes habia lucha con influencias, ahora puede haber seleccion de opciones. Donde antes el problema era atravesar un bosque de formas ajenas hasta

encontrar una insistencia propia, ahora puede volverse tentador ensamblar una novela suficientemente consistente a partir de patrones ya estabilizados.
Ese "suficientemente consistente" merece atencion. Gran parte de la produccion cultural no fracasa por mala factura, sino al contrario: por una correccion tan distribuida, tan atendida en todos sus puntos de contacto, que casi no deja zonas de friccion donde la lectura deba modificar sus habitos. La novela fabricada, en este sentido, no es necesariamente torpe ni hueca. Puede estar muy bien resuelta. Puede conmover, entretener, incluso deslumbrar por momentos. Lo que inquieta es otra cosa: la posibilidad de que esa resolucion general se vuelva el parametro tacito a partir del cual empiecen a parecer defectuosas otras novelas cuya fuerza depende justamente de administrar mal, o al menos de modo no normativo, ciertas exigencias de claridad, de ritmo o de clausura.
Toda fabrica necesita estandarizar no solo productos, sino tambien criterios de evaluacion.
Necesita volver mensurable aquello que antes estaba expuesto a juicios mas inciertos, mas lentos o mas contradictorios. En literatura, esa estandarizacion nunca es completa, pero puede avanzar mucho. Avanza cuando se consolidan vocabularios de taller convertidos en sentido comun. Avanza cuando lectores, agentes, editores y autores internalizan la misma gramatica de observaciones previsibles: "aca falta tension", "el personaje no tiene arco", "esta escena no empuja la trama", "la apertura no engancha", "el conflicto llega tarde", "la prosa interrumpe demasiado la accion". Cada una de esas objeciones puede ser pertinente en contextos concretos. El problema no es su existencia, sino su expansion hacia una especie de policia informal del rendimiento narrativo.

Lo decisivo es que esa policia puede ejercerse incluso sin censura explicita.
Basta con que ciertas novelas se vuelvan mas faciles de escribir, mas faciles de vender, mas faciles de adaptar y mas faciles de recomendar. Basta con que la cadena completa del ecosistema cultural empiece a preferir lo que ya llega preparado para circular sin demasiada resistencia. Entonces no hace falta prohibir nada. Alcanzan incentivos dispersos. Alcanzan las promesas de eficiencia. Alcanzan herramientas que vuelven cada vez menos costoso producir una novela competente segun criterios ya admitidos. La fabrica no reemplaza toda literatura: reorganiza el medio en que algunas formas pasan a parecer naturalmente mas viables que otras.
Conviene, sin embargo, no caer en una oposicion ingenua entre novela artesanal y novela industrial. Tambien lo artesanal puede ser manierista, formulaico, complaciente. Tambien lo industrial puede albergar hallazgos genuinos. Hay escritores que trabajan con estructuras reconocibles y producen, sin embargo, una experiencia de lectura intensa, precisa, humanamente reveladora. Y hay novelas que hacen del desorden o de la dificultad un simple prestigio vacio. La diferencia importante no coincide con la escala de produccion ni con la cantidad de mediaciones, sino con el tipo de necesidad que organiza el conjunto.
Una novela vive de una necesidad cuando sus decisiones no se agotan en ser funcionales.
No se trata de que todo en ella sea oscuro, imprevisible o sublime, sino de que incluso sus mecanismos mas evidentes respondan a una presion interna que no podria sustituirse sin perdida. En la fabrica, en cambio, tiende a crecer otro ideal: el de la intercambiabilidad elegante. Un personaje puede intensificarse de tres maneras equivalentes. Un conflicto puede adelantarse

o retrasarse segun convenga. Una escena puede condensarse, expandirse o mudarse de lugar sin alterar demasiado la experiencia global, porque lo esencial es mantener estable la curva de legibilidad. No es que esas operaciones sean ilegitimas -todo novelista revisa, mueve, recorta-; es que empiezan a convertirse en la sustancia principal de la composicion.
Cuando eso ocurre, la novela corre el riesgo de parecerse cada vez mas a la gestion eficiente de expectativas narrativas.
Se escribe para sostener el interes, para evitar caidas, para calibrar identificaciones, para repartir informacion de modo optimo, para asegurar una mezcla dosificada de singularidad y familiaridad. Otra vez: nada despreciable hay en esos objetivos. Toda novela aspira de algun modo a gobernar la atencion de quien la lee. Lo inquietante aparece cuando ese gobierno se independiza de casi cualquier otra ambicion y se vuelve norma autosuficiente. Entonces el libro puede funcionar impecablemente y, al mismo tiempo, no abrir ningun problema de experiencia que exceda la satisfaccion de haber sido bien conducidos.
Tal vez ahi convenga introducir una distincion entre narracion y administracion.
Narrar no es solo disponer acontecimientos con destreza. Es tambien decidir que merece volverse percepcion sostenida, que zonas de una vida admiten espesor, que irrelevancias aparentes no deben ser descartadas todavia, que opacidades no van a traducirse enseguida a funcion. Administrar, en cambio, consiste en minimizar residuos, convertir demoras en recursos, transformar dispersiones en diseño, hacer que toda insistencia responda a una logica de retorno. Una novela puede necesitar administracion; ninguna sobrevive sin algun grado de ella. Pero si se reduce a

eso, deja de explorar mundos para limitarse a optimizar recorridos.
La fabrica de novelas no produce solamente libros. Produce tambien escritores posibles.
Forma subjetividades autorales que aprenden muy pronto a sospechar de todo impulso que no se justifica de inmediato en terminos de estructura, mercado o recepcion previsible. Ensena a desconfiar de los desvíos largos, de las escenas que no se defienden solas en un pitch, de los personajes que no son rapidamente legibles, de los tonos que dificultan la segmentacion del publico. Incluso puede generar una nueva ansiedad moral: la culpa de gastar demasiado tiempo en una zona cuyo rendimiento narrativo todavia no esta claro. Como si demorarse en un capitulo fuera una indulgencia privada y no una parte constitutiva del trabajo de descubrir que clase de libro se esta intentando escribir.
Ese punto importa porque modifica la relacion entre tiempo y forma.
El tiempo de la novela nunca fue solamente el tiempo de redactarla. Fue tambien el tiempo de tolerar no saber que hacer con ella, el tiempo de dejar que ciertas asociaciones maduren, el tiempo de fracasar en varias versiones hasta encontrar una respiracion propia. La asistencia tecnica promete reducir una parte real de ese costo, y con frecuencia lo logra. Puede destrabar. Puede sugerir. Puede ordenar materiales dispersos. Puede evitar horas esteriles de vacilacion improductiva. Todo eso cuenta. Pero tambien puede volver mas dificil reconocer que existen vacilaciones fecundas, esterilidades necesarias, callejones que solo retrospectivamente revelan por que habia que atravesarlos.
La fabrica detesta esos rodeos porque no sabe bien como valorizarlos.

Solo puede traducirlos como ineficiencia transitoria o como material en espera de optimizacion. Sin embargo, mucha literatura nace precisamente en ese intervalo donde todavia no es claro si estamos perdiendo el tiempo o inventando una forma. La cultura del rendimiento narrativo tiende a achicar esa zona de indeterminacion. Y al achicarla no suprime solo sufrimientos superfluos; puede suprimir tambien una dimension exploratoria de la escritura cuya recompensa no era previsible desde el comienzo.
Hay, ademas, una consecuencia menos visible: la transformacion de la lectura.
Si la oferta de novelas comienza a estabilizarse en torno de ciertos estandares de limpieza estructural y accesibilidad emocional, el lector tambien se acostumbra. Aprende a esperar determinadas velocidades de entrada, determinadas compensaciones de sentido, determinadas promesas de inteligibilidad. Y cuando ese habito se fortalece, otros libros -mas erraticos, mas insistentes, mas refractarios a la gestion prolija de sus efectos- no solo resultan menos atractivos: pueden empezar a parecer defectuosos en un sentido casi obvio. La fabrica no produce unicamente novelas mas uniformes. Produce oidos narrativos mas impacientes frente a cualquier forma de opacidad no enseguida rentable.
De nuevo: no se trata de demonizar la legibilidad. Hacer legible una experiencia puede ser una tarea profundamente humana y no una claudicacion. Muchas personas llegan a la lectura a traves de libros cuya principal virtud consiste justamente en ofrecer un recorrido claro, hospitalario, sostenido. Seria absurdo despreciar eso. La cuestion es otra: que esa hospitalidad no se convierta en la medida soberana de lo literario. Porque hay novelas que hospitalizan y novelas que desplazan; novelas que reciben y novelas

que desarreglan; novelas que ordenan el mundo narrativamente y novelas que nos obligan a admitir que ciertas partes del mundo no caben del todo en el orden que prefeririamos.
En ese sentido, la fabrica de novelas plantea un conflicto estético, pero tambien epistemologico.
Que clase de conocimiento esperamos de una novela. Si esperamos sobre todo reconocimiento bien distribuido, inteligibilidad afectiva, complejidad administrable y un grado aceptable de sorpresa sin perdida de orientacion, entonces la fabrica podra satisfacer gran parte de ese deseo. Si, en cambio, todavia esperamos de ciertas novelas una confrontacion con formas de experiencia que no llegan ya preparadas para ser consumidas sin resto, entonces necesitaremos defender algo mas que la figura romantica del autor inspirado. Necesitaremos defender condiciones materiales y perceptivas para una escritura capaz de gastar tiempo en lo que todavia no promete rendimiento.
Quizas esa sea una de las batallas menos visibles del presente.
No la batalla entre humanos y maquinas, ni entre originalidad pura y copia mecanica, sino entre dos economias de la atencion narrativa. Una, orientada a la fluidez continua de productos culturalmente competentes. Otra, abierta todavia a la posibilidad de libros que no justifican cada una de sus decisiones con la misma rapidez con que las toman. La primera tiene ventajas evidentes: escala, accesibilidad, regularidad, costo menor, expansion de la participacion. La segunda conserva algo mas fragil: la opcion de que una novela no se limite a entregar una experiencia bien calibrada, sino que se vuelva el lugar donde una sensibilidad ensaya formas de percepcion que todavia no encuentran su molde.

No es una defensa del caos.
Es una defensa del margen.
Del margen para que no toda novela tenga que nacer sabiendo desde su primera pagina que clase de satisfaccion administrara en la ultima. Del margen para la escena excesiva, para el personaje que tarda en volverse interpretable, para la digresion cuya necesidad no puede argumentarse en lenguaje de eficiencia, para la estructura que descubre retrospectivamente por que necesitaba ser asi y no de otro modo. Ese margen no garantiza grandeza, desde luego. Muchas veces produce libros fallidos, redundantes o innecesarios. Pero sin el tambien se vuelve menos probable que aparezcan libros cuya forma no estaba enteramente contenida en los repertorios previos de lo que ya funciona.
Tal vez por eso convenga resistir una tentacion recurrente: evaluar el porvenir de la novela solo en terminos de autenticidad.
La autenticidad, por si sola, dice poco.
Puede servir como consigna afectiva, pero no alcanza para pensar lo que esta en juego. Una novela no vale por haber sido escrita sin ayuda, del mismo modo en que no pierde automaticamente valor por haberla usado. La pregunta relevante no remite al origen puro del texto, sino a la clase de operaciones que la asistencia vuelve normales. Si ayuda a expandir una exploracion formal, a sostener una investigacion narrativa mas arriesgada, a facilitar condiciones de trabajo injustamente distribuidas, entonces su intervencion puede ser no solo legitima, sino deseable. Si, en cambio, consolida una dependencia estructural de soluciones previsibles y estrecha el umbral de tolerancia para todo aquello que tarda en encontrar forma, entonces participa de esa fabrica aunque se

presente con el rostro amable de una simple colaboracion.
La responsabilidad, por lo tanto, no recae solo en quienes escriben.
Recae tambien en editoriales, premios, escuelas, suplementos, clubes de lectura, plataformas y comunidades de recomendacion. Cada una de esas instancias contribuye a definir que clase de novela parece hoy razonable, valiosa o incluso posible. Si todas convergen en recompensar la misma mezcla de fluidez, tematizacion oportuna, complejidad dosificada y estilo sin demasiadas asperezas, la fabrica no necesitara centros visibles de mando. Se reproducira por imitacion de incentivos. Y entonces incluso quienes deseen apartarse de ella sentiran que lo hacen bajo riesgo creciente de ilegibilidad social.
Aun asi, no conviene cerrar el diagnostico con fatalismo.
Las fabricas nunca absorben del todo aquello que pretenden organizar. Siempre dejan sobrantes, desperdicios, materiales impropios, usos desviados de sus propias herramientas. Tambien aqui ocurrira eso. Habra novelas producidas con asistencia intensa que encuentren una forma genuina de necesidad. Habra otras, escritas casi sin mediacion, que pareceran enteramente derivativas. Habra escrituras hibridas, tacticas, ambiguas, imposibles de clasificar en la moral simplista de lo puro y lo contaminado. Y esa ambiguedad no debe decepcionarnos: es el terreno real donde se jugara la cuestion.
Lo importante sera conservar criterios para leer esas diferencias sin pereza.
No preguntar solo si una novela funciona, sino que idea de lectura presupone. No solo si engancha, sino que clase de paciencia desactiva o convoca. No solo si esta bien construida, sino que residuos decide no

eliminar. No solo si vuelve transparente una experiencia, sino que zonas de opacidad preserva como parte de su verdad. Una cultura literaria se empobrece cuando se queda sin palabras para hacer estas distinciones y termina resolviendo toda valoracion en el idioma monocorde de la eficacia.
Quiza la tarea critica, en este nuevo escenario, consista menos en denunciar la fabrica que en interrumpir su evidencia.
Volver visible aquello que ella naturaliza. Mostrar que sus criterios, por difundidos que esten, no son neutros ni inevitables. Defender la legitimidad de novelas que no entran limpiamente en sus matrices de rendimiento. Y, al mismo tiempo, evitar la comodidad inversa de celebrar cualquier dificultad como resistencia. La critica no puede limitarse a elegir bando entre industria y excepcion. Tiene que aprender a describir con precision donde una forma se vuelve administracion vacia y donde, por el contrario, incluso dentro de dispositivos muy regulados, sobrevive una verdadera aventura de la sensibilidad.
Porque acaso eso siga siendo una novela, incluso ahora.
No una reliquia del genio individual ni un simple producto de ensamblaje cultural.
Sino una zona de prueba donde una sociedad ensaya, sin terminar de decidirlo nunca, que grados de forma esta dispuesta a exigirle a la experiencia antes de considerarla digna de ser contada. Si dejamos que esa exigencia quede enteramente en manos de la optimizacion, la novela seguira existiendo, sin duda, pero cada vez mas como confirmacion elegante de expectativas previamente administradas. Si en cambio logramos preservar algun espacio para formas de invencion que no llegan ya reconciliadas con su legibilidad, entonces la novela podra seguir siendo algo

mas que un objeto narrativo competente: un lugar donde el lenguaje no solo organiza el mundo, sino que todavia se arriesga a descubrir que no sabia del todo como hacerlo.
Y acaso sea eso lo que la fabrica nunca termina de absorber.
El momento en que una narracion deja de limitarse a cumplir y empieza, de manera a veces torpe, a volverse necesaria.

Capítulo 8. Conciencia

Si en el capítulo anterior la atención se desplazaba hacia la novela como dispositivo de producción, aquí conviene volver a una palabra más antigua, más resbaladiza y quizá más comprometida: conciencia. No porque ella ofrezca un refugio puro frente a la técnica, ni porque baste invocarla para restaurar alguna soberanía perdida del sujeto creador. La conciencia no es una fortaleza intacta. También ella está hecha de hábitos, préstamos, automatismos, lenguajes recibidos, imágenes sedimentadas, deseos que no se originan en un centro transparente de decisión. Y sin embargo, incluso admitiendo todo eso, sigue nombrando algo decisivo: no una esencia interior incontaminada, sino el lugar inestable donde una experiencia se vuelve problema para sí misma.
Ese lugar importa porque la escritura nunca fue solamente producción de textos.
Fue también, en alguna medida, modificación de la atención. No se escribe solo para decir algo, ni siquiera solo para construir una forma, sino para ver qué ocurre con una percepción cuando se la obliga a demorarse en aquello que, antes de la escritura, apenas aparecía

como ruido, impulso o confusión. En ese sentido, la conciencia no es el contenido previo que luego el lenguaje expresa. Es más bien el efecto de un trabajo: algo que se espesa, se corrige, se contradice y a veces recién se vuelve pensable cuando encuentra una sintaxis capaz de sostenerlo.

Por eso conviene desconfiar de una imagen demasiado simple del problema.

No estamos ante una oposición entre la conciencia humana, profunda y auténtica, y una exterioridad maquínica, superficial y repetitiva. Esa escena moral resulta demasiado cómoda. La conciencia humana puede ser rutinaria, convencional, perezosa; puede repetir sin saber que repite; puede confundirse a sí misma con notable eficacia. Y una herramienta exterior puede, en ciertos casos, interrumpir inercias, devolver preguntas, exponer soluciones automáticas que el propio escritor no advertía estar usando. La cuestión, entonces, no pasa por celebrar una interioridad sagrada. Pasa por preguntar qué tipo de relación con la propia experiencia queda favorecida o debilitada cuando parte del trabajo de formulación se delega en sistemas diseñados para volver más fluida la producción verbal.

La palabra clave aquí acaso no sea interioridad, sino fricción.

La conciencia se reconoce menos por la pureza de lo que contiene que por la resistencia que admite. Hay conciencia cuando un sujeto no coincide del todo con la primera versión de lo que piensa, cuando una frase no llega solo a confirmar una intención previa sino a complicarla, cuando escribir no consiste únicamente en externalizar contenidos disponibles, sino en entrar en conflicto con la facilidad misma de decir. Una conciencia no es una reserva de profundidad escondida detrás del lenguaje. Es, muchas veces, la

dificultad de dejarse llevar demasiado rápidamente por las fórmulas ya listas del sentido.
Desde ese punto de vista, la asistencia técnica plantea una ambivalencia real.
Puede ayudar a nombrar algo que de otro modo habría quedado obturado por fatiga, torpeza o falta de entrenamiento. Puede acercar al lenguaje a personas cuya experiencia no encontraba antes medios de elaboración suficientes. Puede ofrecer andamios, variantes, estructuras provisorias. Hay allí una promesa democratizadora que no conviene ridiculizar. Mucha gente no necesita menos instrumentos para pensar, sino más. Y muchas veces una sugerencia externa no clausura la conciencia, sino que la despierta. Obliga a elegir. Obliga a rechazar. Obliga a precisar por qué una formulación no alcanza.
Pero esa misma promesa encierra un riesgo menos visible.
Que empecemos a confundir la disponibilidad de formulaciones con la elaboración efectiva de una experiencia. Que la cercanía de una frase razonable, nítida, persuasiva, nos haga creer que ya hemos pensado suficientemente aquello que todavía apenas empezábamos a rozar. La conciencia no desaparece de golpe; se adormece en la satisfacción de una claridad prematura. Y esa premura importa porque pensar no siempre consiste en alcanzar rápido una formulación convincente. A veces consiste, al contrario, en sostener el tiempo en que ninguna formulación convence del todo.
Ese tiempo suele ser ingrato.
Desde afuera se parece a la vacilación; desde adentro, a menudo, a una mezcla de incompetencia y espera. Sin embargo, gran parte del trabajo intelectual y literario depende de esa incomodidad. No porque toda dificultad sea fecunda, ni porque el sufrimiento

cognitivo tenga valor por sí mismo, sino porque hay contenidos de experiencia que solo empiezan a existir plenamente cuando no aceptamos reemplazarlos enseguida por alguna equivalencia verbal ya disponible. La conciencia, en este sentido, no es rapidez de respuesta. Es capacidad de no apresurarse a coincidir con la primera inteligibilidad que se ofrece.
Aquí aparece un problema de época.
Vivimos rodeados de dispositivos que reducen fricciones: completan, sugieren, ordenan, anticipan, resumen, reformulan. Sería absurdo negar la utilidad de esas operaciones. Ahorran tiempo, disminuyen barreras, permiten hacer cosas que de otro modo quedarían reservadas a menos personas o exigirían esfuerzos prohibitivos. El problema empieza cuando esa ecología de la facilitación no solo organiza tareas prácticas, sino que se convierte en el horizonte general de lo pensable. Entonces cualquier demora parece déficit, cualquier rodeo parece ineptitud, cualquier zona de silencio parece mera falta de contenido.
La conciencia queda así sometida a una pedagogía de la inmediatez.
Se espera de ella que se manifieste con claridad, que produzca posición, que adopte forma comunicable sin demasiada pérdida, que se vuelva enseguida reconocible para otros y para sí misma. Pero una parte decisiva de la vida mental no funciona así. Hay intuiciones que son anteriores a su concepto sin ser por eso más verdaderas. Hay malestares que todavía no saben qué objetan. Hay experiencias morales o afectivas que solo se vuelven legibles después de atravesar formulaciones inadecuadas, desvíos, repeticiones, incluso momentos de franca tontería. Querer optimizar demasiado pronto ese recorrido puede producir textos más limpios; no siempre produce una conciencia más lúcida.

Tal vez convenga distinguir, entonces, entre expresión y elaboración.
Expresar es poner en circulación algo ya más o menos formado. Elaborar es permitir que algo se forme en el acto mismo de intentar decirlo. La diferencia no es absoluta, desde luego: toda expresión termina elaborando algo, toda elaboración necesita por momentos expresarse. Pero el contraste sirve para identificar una deriva posible del presente. Allí donde abundan herramientas para mejorar la expresión, puede debilitarse la paciencia necesaria para la elaboración. Allí donde toda frase puede ser enseguida afinada, simplificada o reforzada, puede volverse más raro tolerar la fase en que una frase todavía no sabe bien qué está tratando de hacer.
Eso afecta no solo a quienes escriben literatura. Afecta la relación cotidiana con el pensamiento. La conciencia contemporánea corre el riesgo de habituarse a presentarse siempre ya editada. Aprende a emitir opiniones razonables antes de haber examinado sus premisas; aprende a narrar sus emociones con un vocabulario disponible antes de haberlas atravesado del todo; aprende a producir versiones socialmente legibles de sí misma con una velocidad que deja poco margen para la sorpresa interna. La dificultad no es que esas versiones sean falsas. Muchas veces son sinceras. La dificultad es que la sinceridad también puede volverse un género codificado de autodescripción.
Se dirá, con razón, que nada de esto empezó ahora. Toda cultura ofrece repertorios para sentir, pensar y contarse. Siempre hubo lenguajes disponibles para organizar la experiencia y siempre esos lenguajes devolvieron, junto con posibilidades de articulación, formas de estereotipo. Nadie siente fuera de las mediaciones históricas de su tiempo. Pero hay

diferencias de grado que terminan alterando la naturaleza de una práctica. Cuando la mediación deja de operar principalmente como herencia dispersa y pasa a presentarse como asistencia constante, personalizada, adaptable en tiempo real, la relación con la propia formulación cambia de textura. Ya no se trata solo de hablar con palabras heredadas, sino de hacerlo bajo la compañía permanente de una instancia que propone, corrige y suaviza.

La suavización merece aquí una sospecha particular. No porque toda aspereza sea valiosa, sino porque la conciencia suele nacer en el roce con algo que no encaja. Una contradicción, una vergüenza, una intuición mal formulada, una memoria cuyo sentido todavía no se deja cerrar. Cuando una herramienta ofrece versiones cada vez más fluidas de lo que queremos decir, puede ayudarnos a comunicar mejor; pero también puede hacernos perder contacto con el punto exacto donde el pensamiento tropezaba. Y no siempre ese tropiezo era un defecto a corregir. A veces era precisamente el indicio de que allí había algo para pensar.

En el campo moral, esta cuestión se vuelve todavía más delicada.

Llamamos conciencia, entre otras cosas, a la capacidad de no quedar del todo reconciliados con nuestras propias justificaciones. La conciencia moral no es simplemente saber qué está bien y qué está mal. Es también experimentar la insuficiencia de los argumentos con que intentamos absolvernos, detectar la zona en que un relato sobre nosotros mismos empieza a sonar demasiado conveniente, demasiado elegante, demasiado íntegro. Esa vigilancia interior nunca fue perfecta. Pero una cultura que multiplica mecanismos de reformulación persuasiva puede volver más fácil producir relatos exculpatorios de alta calidad.

No se trata de imaginar una conspiración de la mentira. Más bien de advertir una facilidad creciente para habitar versiones discursivamente robustas de nosotros mismos. Podemos explicar mejor nuestras decisiones, envolver mejor nuestras omisiones, dotar de contexto admirable a nuestras ambigüedades. Y como esas operaciones no siempre se perciben como engaño, sino como clarificación, el problema resulta más difícil de localizar. La conciencia se debilita no necesariamente cuando mentimos, sino cuando dejamos de sentir el costo de ciertas operaciones de autointerpretación. Cuando todo puede narrarse de manera plausible, algo del antiguo trabajo de confrontarse con lo menos presentable de uno mismo corre el riesgo de diluirse.

También en la política aparece una deriva semejante. Una ciudadanía asistida por sistemas capaces de resumir, argumentar, contraargumentar y traducir posiciones puede ganar acceso, velocidad y capacidad de intervención. Eso es importante. Pero puede también acostumbrarse a una relación de segunda mano con sus propias convicciones. No porque las opiniones dejen de ser propias en un sentido simple, sino porque el proceso de formarlas se puebla de mediaciones tan eficientes que el sujeto termina reconociéndose sobre todo en el producto final: una posición nítida, defendible, bien compuesta. Lo que desaparece es el espesor conflictivo de haber llegado a ella.

Ese espesor importa democráticamente.

Una vida pública sana no necesita solo opiniones expresables; necesita ciudadanos capaces de advertir la precariedad de sus marcos, la historicidad de sus certezas, la posibilidad de estar repitiendo consignas inteligentemente reordenadas. Si la asistencia generalizada fortalece la capacidad de participar pero

debilita la experiencia de haber pensado realmente algo contra una resistencia, podríamos ganar en circulación argumentativa y perder en densidad reflexiva. El resultado no sería menos discurso, sino quizá demasiado discurso sin equivalente aumento de conciencia.

Aquí conviene evitar un error recurrente.

No toda fluidez es superficial, del mismo modo en que no toda vacilación es profundidad. Hay personas que llegan a formulaciones claras después de un trabajo muy serio, y otras que convierten su confusión en fetiche de autenticidad. El elogio de la conciencia no puede confundirse con una estética del balbuceo. Pensar bien no exige escribir mal ni demorarse artificialmente. El problema no es la claridad, sino el momento en que la claridad se independiza de la experiencia y del proceso que podría justificarla. Cuando la forma de una idea aparece demasiado pronto desligada de la transformación que la hizo necesaria, esa idea puede conservar todas las marcas exteriores de la inteligencia y haber perdido, sin embargo, su nervio. No porque sea incorrecta, sino porque ya no lleva consigo la huella de la pregunta que la obligó a nacer.

Dicho de otro modo: la conciencia no garantiza verdad, pero deja rastros.

Uno de esos rastros es cierta relación con la revisabilidad. Una conciencia activa no es la que duda de todo de manera teatral, sino la que mantiene abierta la posibilidad de que una frase propia, aun siendo útil, aun siendo bella, aun siendo persuasiva, no haya tocado todavía lo esencial. Por eso algunas páginas impecables dejan una impresión curiosamente inerte, mientras otras, incluso menos perfectas, conservan una vibración de búsqueda. En las primeras, el lenguaje parece haber llegado; en las segundas, parece

seguir pensando. Y ese seguir pensando no depende de la torpeza formal, sino de que la escritura no haya cancelado del todo el trabajo interior que la excede. Tal vez ahí pueda formularse una exigencia mínima para el presente.

No rechazar las herramientas, pero sí oponer resistencia a la fantasía de que pensar consiste en obtener rápidamente una versión satisfactoria de lo pensable. Usarlas sin cederles el mando del ritmo. Servirse de su potencia sin convertir la facilitación en criterio último de valor. Preservar, incluso en entornos saturados de asistencia, espacios de trabajo donde una frase no sea enseguida resuelta, donde una intuición no sea prematuramente traducida a lenguaje competente, donde el sujeto pueda todavía experimentar el intervalo -a veces estéril, a veces fecundo- entre tener algo y saber qué es ese algo. Ese intervalo importa también porque allí se juega una forma de responsabilidad.

Quien escribe enteramente apoyado en fórmulas ya estabilizadas puede producir textos eficaces, convincentes, incluso justos en muchos aspectos. Pero la responsabilidad de una escritura no se mide solo por la corrección de sus resultados. Se mide también por el tipo de relación que instituye entre el sujeto y aquello que afirma. Hay una diferencia entre decir algo verdadero y haber llegado a esa verdad atravesando una experiencia de examen, rectificación y costo. No toda verdad exige el mismo trabajo; no todo trabajo garantiza verdad. Pero cuando una cultura reduce sistemáticamente el contacto con ese costo, modifica algo más que los procedimientos de escritura: modifica la economía ética de la enunciación.

Se vuelve entonces necesario defender una práctica de la demora.

No la demora vacía de quien posterga indefinidamente por miedo a decidir, ni la lentitud convertida en prestigio cultural, sino una demora discriminada: la capacidad de advertir cuándo una facilidad nos ahorra esfuerzo legítimo y cuándo nos ahorra una confrontación que hacía falta. Porque no toda fricción merece ser conservada; muchas solo reproducen privilegios, exclusiones o técnicas arcaicas de selección social. Hay obstáculos que conviene abolir. Pero hay otros cuya supresión indiscriminada empobrece el trabajo mismo que pretendía liberar. La tarea crítica consiste en distinguir entre barrera y resistencia, entre impedimento y condición.

En literatura, esa distinción es decisiva.

Una barrera impide escribir; una resistencia obliga a encontrar la forma. La primera clausura; la segunda trabaja. Durante mucho tiempo confundimos ambas cosas, y esa confusión sirvió para romantizar sufrimientos evitables y desigualdades concretas. Hoy el riesgo inverso consiste en tratarlas como si toda resistencia fuera una fricción inútil destinada a ser optimizada. Sin embargo, una parte de la forma nace justamente allí donde la lengua no obedece de inmediato, donde el material verbal no se limita a ejecutar una intención, donde el escritor descubre que no quería decir exactamente lo que creía querer decir. Esa experiencia no es un adorno del oficio: es uno de sus núcleos.

Pero el problema, en último término, no pertenece solo al oficio.

Pertenece a una imagen de lo humano. Si llamamos conciencia a esa capacidad frágil de no coincidir del todo con nuestras propias operaciones, entonces cualquier dispositivo que vuelva más lisa esa coincidencia merece examen. No porque deba ser rechazado, sino porque la fricción que se pierde allí no

es meramente técnica. Es también existencial. Nos volvemos, poco a poco, menos capaces de habitar lo no resuelto, menos tolerantes al pensamiento en estado naciente, menos dispuestos a reconocer que una parte de nuestra vida mental vale precisamente por no estar lista.

Conviene insistir: no hay aquí una nostalgia de pureza. La conciencia nunca habló sola. Siempre pensó con materiales ajenos, bajo instituciones, tradiciones, géneros, tecnologías de inscripción y circulación. Siempre estuvo mediada. La novedad no es, por lo tanto, la mediación, sino su régimen: su ubicuidad, su velocidad, su ajuste fino a cada demanda, su capacidad de ofrecer no solo respuestas, sino formas anticipadas de inteligibilidad. Cuando la mediación se vuelve permanente y solícita, el peligro no es la sustitución mecánica del sujeto, sino una colaboración tan eficaz que el sujeto ya no perciba con claridad qué parte de su relación consigo mismo ha sido simplificada.

Esa simplificación puede sentirse como alivio, y muchas veces lo es.

Sería mezquino negarlo. Hay cansancios reales, desigualdades reales, limitaciones materiales y educativas que hacen de toda ayuda una condición concreta de acceso. En muchos casos, asistir la formulación no debilita la conciencia, sino que la vuelve practicable. Permite a alguien pensar donde antes solo podía callar, ordenar donde antes solo había dispersión, comenzar donde antes había bloqueo. Esa dimensión emancipadora debe ser defendida con la misma seriedad con que se señalan los riesgos. Cualquier crítica que olvide este punto recaerá, tarde o temprano, en una moral de la dificultad reservada a quienes ya disponían de tiempo, entrenamiento y confianza.

La cuestión decisiva no es, entonces, si hay que elegir entre ayuda y autenticidad.
La cuestión es bajo qué disciplinas de uso una ayuda puede integrarse a una práctica que no abdique de la elaboración. Qué hábitos, qué tiempos, qué formas de lectura y reescritura permiten convertir una sugerencia en ocasión de pensamiento en lugar de recibirla como reemplazo del pensamiento. Cómo mantener viva, dentro de la comodidad creciente de la asistencia, una experiencia de respuesta que no sea mera adopción ni rechazo reflejo, sino examen. Porque una conciencia no se define por producir todo desde cero, fantasía imposible, sino por poder responder de lo que toma. Responder de lo que se toma: quizá ahí haya una fórmula suficiente.
No para restaurar ninguna soberanía perdida, sino para describir una tarea. Leer una frase propuesta y sentir no solo si funciona, sino qué simplifica, qué presupone, qué conflicto evita, qué imagen de uno mismo vuelve demasiado habitable. Aceptarla o modificarla no en nombre de una originalidad supersticiosa, sino de una fidelidad más exigente a la experiencia. Descubrir, incluso, que a veces la mejor decisión consiste en conservar una torpeza, una torsión o una opacidad local, porque en ellas persiste algo que todavía no debe ser suavizado. No todo lo rugoso es profundo; pero no todo lo fluido ha pensado.
En ese punto, conciencia y estilo vuelven a tocarse. El estilo no es solamente un conjunto de elecciones formales reconocibles. Es también una ética de la distancia respecto de las frases demasiado disponibles. Un modo de no coincidir sin resto con los lenguajes que se ofrecen para hablar por uno. De ahí que el problema del estilo, hoy, no consista solo en diferenciarse de una prosa promedio o de una máquina estadística. Consiste en sostener una relación con el

lenguaje en la que todavía sea posible detectar cuándo una frase nos representa y cuándo simplemente nos acomoda.
Quizá toda una pedagogía de la escritura deba reorganizarse alrededor de esto.
Menos culto a la inspiración y menos culto a la eficiencia. Menos mística del genio solitario y menos entusiasmo ingenuo por la producción asistida como solución general. Habría que enseñar, más bien, prácticas de interrogación sobre la propia fluidez. Formas de volver visible cuándo una página avanza porque encontró su necesidad y cuándo avanza porque ninguna resistencia fue escuchada. Ejercicios no de pureza, sino de atención: reescribir una frase hasta que gane precisión, sí, pero también detenerse ante una frase demasiado buena para preguntar qué está tapando.
No es un programa heroico.
Es, en cierto sentido, una modesta higiene de la vida mental. Conservar zonas donde el pensamiento no aparezca siempre ya convertido en discurso plausible. Proteger momentos de escritura privada, tentativas sin rendimiento inmediato, notas que no tengan por obligación convertirse en piezas comunicables. Aceptar que una parte del trabajo de conciencia ocurre en formas pobres, erráticas, incluso vergonzosas, y que querer saltar demasiado pronto hacia la versión presentable puede privarnos de aquello mismo que buscábamos entender. En una época fascinada por la optimización de la salida, acaso haya que volver a dignificar los procesos opacos de incubación.
Porque una conciencia no se mide solo por lo bien que habla de sí.
Se mide también por lo que soporta no saber todavía, por la calidad de su trato con lo que la desorganiza, por su negativa a cerrar con elegancia aquello que apenas

comienza a inquietarla. Si la escritura conserva algún privilegio en este panorama, no será el de expresar una interioridad pura ni el de competir con máquinas en complejidad verbal. Será el de seguir ofreciendo un espacio donde la facilidad no tenga la última palabra, donde pensar pueda todavía distinguirse de producir una formulación aceptable, donde el sujeto no quede abolido por las mediaciones ni idealizado contra ellas, sino exigido por el modo en que aprende a atravesarlas.

Llamar conciencia a esa exigencia quizá siga siendo legítimo.

No designa una sustancia. Designa una práctica insegura: la de demorarse lo suficiente como para que una experiencia no quede enteramente reemplazada por su versión más disponible. La de usar los instrumentos sin entregarles la decisión sobre qué merece ser pensado y cuándo algo ha sido realmente elaborado. La de sostener, en medio de un mundo cada vez más dispuesto a hablar por anticipado, una relación con el lenguaje donde todavía quepan la prueba, la rectificación, la incomodidad y el descubrimiento.

Si esa práctica se debilita, no perderemos simplemente una cierta imagen romántica del escritor.

Perderemos algo más ordinario y más serio: una forma de atención sin la cual la vida intelectual, moral y política puede seguir funcionando, incluso con notable eficiencia, pero cada vez con menos espesor. Y tal vez la tarea inmediata no sea defender la conciencia como último refugio, sino crear condiciones para que no resulte enteramente innecesaria.

Continuar un capítulo ya tan cargado de ideas exige no subir el volumen, sino sostener la presión. Sigo en la

misma línea, buscando conservar el tono reflexivo, la cadencia y el eje conceptual.

Capítulo 8. Conciencia (continuación)

Tal vez por eso la amenaza más seria no adopte siempre la forma del error.

Con frecuencia adopta la forma de una adecuación demasiado rápida. Una frase correcta, una interpretación suficiente, una toma de posición razonable: nada en ellas obliga a desconfiar. Y, sin embargo, algo puede faltar. No un contenido suplementario, no una profundidad esotérica, sino el espesor de una relación. La conciencia no se distingue solo por lo que enuncia, sino por la manera en que una enunciación ha atravesado a quien la sostiene. Allí donde todo aparece ya preparado para ser dicho, disminuye no necesariamente la verdad de las proposiciones, pero sí la implicación del sujeto en el trayecto que las vuelve suyas.

Ese trayecto importa incluso cuando permanece invisible.

No hace falta exhibir el proceso para que el proceso haya tenido lugar. De hecho, una de las confusiones más frecuentes consiste en estetizar las huellas de elaboración, como si toda vacilación visible fuese signo de autenticidad, o toda lisura verbal, prueba de superficialidad. No se trata de eso. Hay pensamientos rigurosos que llegan a una forma serena, y hay balbuceos enteros que no contienen ninguna búsqueda real. La cuestión no reside en la apariencia del esfuerzo, sino en si una forma conserva todavía, en su misma precisión, algo de la experiencia que la obligó a formarse.

Podría decirse, entonces, que la conciencia tiene una relación particular con el resto.

Con aquello que no termina de dejarse absorber por la fórmula alcanzada. Ese resto no invalida lo pensado; lo mantiene expuesto. Le impide cerrarse del todo sobre sí mismo como una operación impecable. Quizá una escritura viva sea, entre otras cosas, una escritura capaz de alojar ese resto sin convertirlo en decoración. No para glorificar la indeterminación, sino para no confundir claridad con agotamiento. Hay claridades que abren, y otras que cancelan. Hay precisiones que afinan una experiencia, y otras que la sustituyen por una versión administrable.

En el presente, esa diferencia se vuelve especialmente delicada.

Vivimos rodeados de mecanismos que no solo facilitan la expresión, sino que tienden a prefigurar la forma misma de lo expresable. Sugerencias de tono, estructuras argumentativas previsibles, secuencias discursivas optimizadas para la legibilidad, la persuasión o la circulación: el lenguaje disponible llega cada vez más trabajado de antemano. Eso produce una paradoja. Cuanto más accesibles son las formas de decir, más necesario se vuelve preguntarse qué ocurre con aquello que, en una experiencia, todavía no sabe entrar en ellas sin pérdida.

No toda pérdida es una catástrofe.

Pensar y escribir siempre implicaron sacrificar algo. Toda puesta en forma deja afuera matices, ambigüedades, intensidades sin traducción exacta. La conciencia no consiste en evitar ese sacrificio, empresa imposible, sino en advertirlo. En no naturalizar demasiado pronto la equivalencia entre lo vivido, lo pensado y lo dicho. Una cultura de la facilitación permanente corre el riesgo de volver imperceptible ese hiato. Y cuando el hiato se vuelve imperceptible, el sujeto empieza a olvidar no solo que traduce, sino que también responde por el modo en que traduce.

Responder: esa palabra quizá merezca un desarrollo mayor.
Porque no remite únicamente a dar una respuesta, sino a hacerse responsable ante algo. Ante una experiencia, ante un problema, ante otros, ante uno mismo. La conciencia aparece allí donde el lenguaje no es solo instrumento de resolución, sino lugar de comparecencia. Hablar o escribir no equivale simplemente a disponer signos eficaces, sino a exponerse en una relación con lo dicho. Por eso una misma frase puede ser impecable en su forma y, sin embargo, débil en su responsabilidad. No miente, no confunde, no manipula. Pero tampoco testimonia un verdadero haber pasado por aquello que afirma.
Esa debilidad puede expandirse más allá de la escritura.
Puede afectar la deliberación moral, la conversación pública, incluso la vida íntima. Cuando nos habituamos a adoptar formulaciones suficientemente buenas sin examinarlas demasiado, corremos el riesgo de empobrecernos en la capacidad de distinguir entre comprensión y reconocimiento automático.
Empezamos a confundir el hecho de que algo nos resulte inteligible con el hecho de que haya sido realmente pensado por nosotros. Y aunque esa confusión ahorra tiempo, energía y fricción, también produce una subjetividad más disponible para el préstamo, menos ejercitada en el trabajo de discriminar qué la representa y qué simplemente le ofrece una comodidad verbal.
Tal vez una parte de la crisis contemporánea del juicio pase por ahí.
No necesariamente por falta de información, ni siquiera por déficit de capacidad analítica en sentido estricto, sino por una disminución de la paciencia requerida para que una impresión se vuelva discernimiento.

Juzgar no es reaccionar con solvencia. Tampoco es reunir datos de manera indefinida. Es atravesar una elaboración en la que intervienen saberes, afectos, resistencias, intereses, recuerdos, marcos heredados, y someter ese conjunto a una prueba de lenguaje que no lo traicione enteramente. Cuando esa prueba se acelera demasiado, el juicio puede seguir funcionando, pero lo hace con una textura más delgada, más cercana a la selección que a la comprensión.
De ahí que la defensa de la conciencia no deba adoptar un tono sacramental.
No estamos ante una esencia inviolable que hubiera que preservar de toda técnica. Estamos ante una facultad histórica, vulnerable, desigual, intermitente, que depende de prácticas concretas. Se fortalece o se debilita según los ritmos, las instituciones, los modos de atención y los regímenes de recompensa en que se inscribe. Por eso su defensa no puede consistir únicamente en una denuncia. Hace falta también una invención de condiciones. No basta con advertir que algo se pierde; hay que organizar espacios donde otra relación con la pérdida, con el tiempo y con la formulación siga siendo practicable.
Esos espacios no tienen por qué ser grandiosos. Pueden ser mínimos, incluso discretos. Un cuaderno donde todavía no haga falta tener razón. Una conversación no orientada de inmediato a producir una posición. Una lectura suficientemente lenta como para que una frase no se agote en su utilidad argumentativa. Un trabajo de reescritura que no busque solamente mejorar la superficie, sino escuchar qué simplificaciones se introdujeron al ganar claridad. Una pedagogía que no premie solo la soltura expositiva, sino también la capacidad de detectar dónde una idea aún no está madura. Nada de esto garantiza

profundidad. Pero su ausencia casi garantiza otra cosa: una adaptación creciente al lenguaje ya disponible. Quizá convenga decirlo con mayor dureza.

Una sociedad puede volverse extremadamente competente en la producción de discursos aceptables y, al mismo tiempo, perder aptitud para alojar procesos reales de pensamiento. Puede multiplicar opiniones bien formadas, textos correctos, intervenciones persuasivas, y ver disminuir sin embargo la densidad de examen que esas formas suponen. En ese escenario, la conciencia no desaparece de manera dramática; se vuelve marginal, fatigosa, poco rentable. Sobrevive, pero como residuo. Y lo inquietante no es que se la ataque frontalmente, sino que empiece a parecer prescindible.

Cuando eso ocurre, también cambia el sentido de la formación.

Formar ya no significa tanto introducir a alguien en una disciplina de transformación de sí por el pensamiento, cuanto entrenarlo en la circulación eficaz de formulaciones válidas. Se aprende a reconocer tonos, ensamblar perspectivas, administrar objeciones, producir síntesis consistentes. Todo eso tiene valor. El problema comienza cuando dichas capacidades sustituyen casi por completo la experiencia más incierta y menos visible de tener que demorarse ante algo que todavía no cede. Entonces la educación puede conservar su prestigio intelectual mientras pierde, silenciosamente, parte de su espesor ético.

El espesor ético no reside en una superioridad moral del esfuerzo.

Reside en el hecho de que algunas verdades, para ser realmente nuestras, exigen algo más que asentimiento. Exigen tránsito. Exigen haber sido incómodos para nosotros. Exigen, a veces, haber pagado con una rectificación efectiva de nuestros hábitos de

percepción o de defensa. Sin ese costo, la verdad puede quedar intacta en el plano proposicional y ser casi nula en el plano formativo. La conciencia importa porque introduce una diferencia entre repetir correctamente y transformarse un poco en el acto de comprender.

También por eso no toda externalización es equivalente.

Delegar una tarea mecánica libera recursos. Delegar una formulación puede, en ciertos casos, ayudar a pensar. Delegar sistemáticamente el trabajo de pasar por la propia resistencia produce otra cosa. Produce sujetos cada vez más capaces de gestionar resultados y menos ejercitados en sostener los umbrales de indeterminación donde una idea cambia de estatuto.

No se trata de purismo. Nadie piensa sin apoyos. La cuestión es si esos apoyos expanden la capacidad de elaboración o la reemplazan tan suavemente que la pérdida deja de percibirse como pérdida.

En ese punto, el problema toca también a la lectura. Porque leer no consiste solo en extraer contenido, sino en dejarse alterar por una forma. Y una cultura demasiado acostumbrada a la inmediatez de la asistencia puede empezar a impacientarse frente a todo texto que no entregue de una vez su saldo conceptual. La dificultad deja entonces de ser una invitación a modificar el propio ritmo y pasa a ser tratada como falla del objeto. Sin duda hay oscuridades vacías y prestigios infundados de la complejidad. Pero hay también densidades legítimas, pliegues que no son defecto sino condición de ciertos descubrimientos. Si perdemos el hábito de atravesarlos, no solo cambia nuestra escritura: cambia aquello que todavía somos capaces de leer.

Tal vez la conciencia deba pensarse, en consecuencia, menos como interioridad que como disciplina de tránsito.
No una voz pura resguardada del mundo, sino una práctica de pasaje entre materiales heterogéneos: impulsos, lecturas, afectos, lenguajes heredados, dispositivos técnicos, demandas sociales. Lo propio de esa práctica no es originar sin mediaciones, sino no suprimir demasiado pronto la fricción entre ellas. Mantener abierto, durante un tiempo suficiente, el conflicto entre lo que se quiere decir, lo que puede decirse, lo que convendría decir y lo que todavía no encuentra forma. Allí la conciencia no aparece como soberanía, sino como una manera de no abdicar enteramente de la elaboración.
Si esto es así, entonces la pregunta decisiva no es tecnológica en sentido estricto.
Es política, pedagógica y espiritual en una acepción no religiosa del término. Qué tipo de sujetos queremos favorecer. Bajo qué condiciones materiales y simbólicas una persona puede sostener una relación no puramente instrumental con el lenguaje. Qué instituciones recompensan solo la velocidad y cuáles reservan todavía algún lugar para la maduración, la rectificación, la tentativa sin rendimiento inmediato. Qué formas de vida hacen posible que la inteligencia no se reduzca al desempeño visible de competencias. No hay respuesta simple para eso.
Pero sí un criterio orientador: allí donde toda mediación tiende a anticipar la forma de lo decible, conviene proteger prácticas en las que todavía sea posible perderse un poco sin que esa pérdida quede de inmediato descalificada. Porque perderse no siempre es extraviarse. A veces es la única manera de no llegar demasiado pronto a una frase que nos evita el trabajo de saber qué queríamos decir. Y ese trabajo, con toda

su modestia, sigue siendo una de las pocas experiencias en las que pensamiento, responsabilidad y forma no comparecen separados.
Quizá el porvenir de la conciencia dependa menos de grandes declaraciones que de estas fidelidades menores.
Fidelidad a la incomodidad de una intuición aún inmadura. Fidelidad al derecho de una frase a no nacer perfecta. Fidelidad a la sospecha de que cierta elocuencia puede estar encubriendo una renuncia. Fidelidad, también, a las mediaciones que efectivamente amplían la potencia de pensar cuando no se las toma como instancia final, sino como materiales de trabajo. No se trata de restaurar una dificultad perdida, sino de evitar que la facilidad se vuelva incuestionable.
En el fondo, lo que está en juego no es solo la autoría. Es la posibilidad de una vida en la que no coincidamos demasiado rápido con nuestras propias formulaciones. Una vida capaz de advertir que entre hablar bien y pensar de veras no hay oposición necesaria, pero tampoco garantía. Que la fluidez puede ser conquista o coartada. Que una frase puede servirnos y, sin embargo, alejarnos un poco de aquello que queríamos comprender. Y que la tarea de una conciencia consiste, quizá, en sostener esa diferencia sin convertirla ni en mito ni en obsesión.
Por eso el problema del presente no se deja resumir en una defensa del individuo contra la técnica.
Más bien exige imaginar modos de composición en los que la asistencia no destruya la experiencia de elaboración. Modos de uso, de enseñanza, de lectura y de escritura en los que el apoyo no se vuelva tutela invisible. Una cultura verdaderamente inteligente no sería la que elimina toda resistencia, sino la que aprende a discernir cuáles resistencias degradan y

cuáles forman. Cuáles deben ser combatidas en nombre de la igualdad, y cuáles conviene preservar en nombre de una libertad menos inmediata y más trabajada.
Si hubiera que cerrar este capítulo con una sola exigencia, quizá sería esta:
no renunciar demasiado pronto a la parte no disponible de la experiencia.
Porque es allí, en esa zona torpe, demorada, a veces improductiva, donde una conciencia ensaya todavía algo más que la administración competente de sus recursos. Ensaya una relación consigo misma que no se reduce a eficacia, una relación con los otros que no se agota en la persuasión, una relación con el lenguaje que no acepta sin examen las formas que le llegan preparadas. Y aunque esa exigencia no garantice verdad, estilo ni justicia, acaso siga siendo una de las pocas condiciones bajo las cuales esas tres cosas pueden, alguna vez, encontrarse.

Capítulo 9. Los lectores sin autor

Tal vez una de las transformaciones más silenciosas de nuestro tiempo no concierna en primer término a la escritura, sino a la lectura.
No porque escribir haya dejado de importar, sino porque el modo en que una cultura lee termina por modificar, con una profundidad menos visible, aquello que considera digno de ser escrito. Allí donde cambia la expectativa del lector, cambia también la economía de la forma. Cambian los ritmos de exposición, los umbrales de dificultad tolerables, la paciencia concedida a una idea antes de exigirle rendimiento. Y cambia, sobre todo, la figura misma de aquello que se

busca al leer: si se busca una experiencia de pensamiento o una captación eficaz de resultados.
En ese desplazamiento aparece un tipo de lector cada vez más reconocible.
Un lector que no necesita ya encontrarse con una voz para orientarse en un texto. Le bastan señales suficientes de inteligibilidad, una arquitectura argumentativa identificable, una secuencia clara de relevancias. No exige necesariamente belleza ni singularidad; exige legibilidad operativa. Quiere poder entrar, extraer, reubicar, continuar. Desde luego, este lector no surge de una carencia individual. Es producido por un ecosistema técnico, pedagógico y laboral que valora, por razones a menudo comprensibles, la rapidez de procesamiento, la interoperabilidad de los enunciados, la circulación sin fricción del sentido disponible.
Podría llamárselo, con alguna cautela, un lector sin autor.
No porque haya desaparecido toda firma en los textos que consume, ni porque ignore de manera literal quién los escribió. La expresión apunta a otra cosa. Apunta a una modalidad de lectura en la que la pregunta por quién habla, desde qué necesidad, atravesando qué resistencia, deja de tener peso decisivo para la comprensión. El texto se vuelve una superficie de acceso a contenidos movilizables, y la instancia autoral retrocede hasta parecer, en muchos casos, un dato lateral. No importa tanto quién pensó algo como si eso llega ya suficientemente dispuesto para ser reconocido, citado, integrado, reciclado.
Sería un error moralizar demasiado rápido esta mutación.
Hay en ella una ganancia real. Liberado de ciertos prestigios de la firma y de ciertas obediencias reverenciales, el lector puede volverse más selectivo,

menos sumiso al aura, más atento a la consistencia de los argumentos que al rango de quien los enuncia. Algo de la democratización del acceso al saber pasa por ahí. También algo de la crítica moderna a la autoridad. No toda pérdida del autor es empobrecimiento; a veces significa, con justicia, que una idea debe sostenerse por su fuerza y no por la jerarquía de su procedencia.
Y sin embargo, una vez reconocida esa ganancia, conviene preguntar qué más se pierde con ella. Porque una cosa es emanciparse del fetichismo del nombre, y otra muy distinta es acostumbrarse a leer como si toda frase fuera equivalente con tal de que cumpla su función informativa o persuasiva. En ese punto, la neutralización del autor no libera solamente al texto de prestigios indebidos; puede desprenderlo también de la escena de experiencia que le daba espesor. El lector deja entonces de percibir no ya la biografía del escritor, sino el trabajo singular por el cual una forma ha llegado a volverse necesaria. Lo que se desvanece no es la identidad civil de quien escribe, sino la densidad de su comparecencia en lo escrito. Leer sin autor, en este sentido, no equivale a leer anónimamente.
Equivale a leer sin que la singularidad de una elaboración importe demasiado para el acto de comprensión. Como si lo esencial de un texto pudiera disociarse sin resto de la modulación que lo hace ser precisamente ese texto y no otro. Como si una tesis, una intuición, un diagnóstico, conservaran intacto su valor al migrar de una voz a otra, de una forma a otra, de una situación de enunciación a otra. A veces esto es cierto. Pero no siempre. Hay pensamientos cuya verdad no reside solo en su contenido extraíble, sino en la manera en que una voz logra sostener una relación específica con aquello que piensa.

Por eso la cuestión del autor no debería reducirse a la propiedad.
No se trata ante todo de defender derechos de posesión simbólica sobre las frases, aunque esos derechos tengan su legitimidad. Se trata de interrogar qué ocurre con la lectura cuando se debilita la sensibilidad para esa zona en la que una formulación no solo comunica algo, sino que deja sentir el modo de su elaboración. Un lector sin autor puede comprender perfectamente lo que un texto dice y, sin embargo, no registrar qué tipo de experiencia de lenguaje se jugaba en ese decir. Capta el saldo, pierde el trayecto. Reconoce la conclusión, omite el régimen de atención que la hizo posible.
Esta omisión no proviene únicamente de la prisa. Proviene también de una educación perceptiva. Hemos aprendido cada vez más a tratar los textos como unidades de desempeño. Deben rendir pronto su promesa: informar, convencer, resumir, activar, inspirar, resolver. Incluso cuando se los valora estéticamente, no es raro que esa valoración se integre al mismo circuito de consumo, como un atributo distinguible y clasificable entre otros. El lector contemporáneo, formado en buena medida por pantallas, flujos y tareas múltiples, desarrolla una enorme habilidad para orientarse en ese campo. Pero esa misma habilidad puede volver más difícil otra cosa: demorarse en una frase hasta advertir que no solo transmite una idea, sino que intenta instituir un ritmo de pensamiento. Ese ritmo no es ornamental.
Tampoco constituye una marca narcisista del autor sobre un contenido que podría subsistir sin él. Es, muchas veces, el medio mismo por el cual algo llega a pensarse. Hay argumentos que solo adquieren verdad completa al inscribirse en cierta lentitud, en cierta respiración, en cierta prudencia o severidad del decir.

Modificar esa modulación no siempre altera la información principal, pero puede alterar de manera decisiva la experiencia intelectual que el texto proponía. Y cuando una cultura pierde sensibilidad para esa diferencia, empieza a leer cada vez mejor lo que puede ser separado de la voz, y cada vez peor lo que solo existe plenamente en ella.

No se trata, sin embargo, de restaurar una teología del estilo.

La singularidad de una voz no garantiza profundidad, del mismo modo en que la impersonalidad no garantiza rigor. Hay escrituras enfáticas que apenas se celebran a sí mismas, como hay prosas sobrias de una honestidad infrecuente. El problema no está en elegir entre un culto del autor y su abolición, sino en no volver ilegible la dimensión de encarnación que algunos textos contienen. Porque leer bien no consiste solo en reconstruir significados. Consiste también en advertir qué tipo de relación con el lenguaje, con el objeto y con el lector queda propuesta por una forma.

Podría decirse, entonces, que el lector sin autor es también un lector sin escena.

Lee enunciados, pero cada vez menos la situación interior de su necesidad. Recibe posiciones, pero cada vez menos el drama discreto de su formación. Nada de esto exige psicologismo. La escena de la que se trata no es la intimidad confesional del escritor, sino la configuración de tensiones a partir de la cual una frase deja de ser intercambiable. Cuando esa escena se borra, el texto tiende a entrar en un régimen de equivalencias más general: vale por lo que permite hacer con él, no por la transformación de atención que solicita.

Este régimen favorece una paradoja característica. Nunca hubo quizá tantos lectores capaces de manipular grandes cantidades de lenguaje, y nunca fue

tan incierto cuántos de esos lectores leen todavía en el sentido fuerte del término. No faltan competencias de decodificación, contextualización o evaluación comparativa. Falta a veces algo más elemental y más difícil de medir: la disposición a consentir que un texto interrumpa el uso previsto que queríamos hacer de él. Porque leer de veras implica, en alguna medida, aceptar que el texto no llegue solo para confirmar una necesidad previa del lector, sino para modificarla.
Allí aparece una diferencia decisiva entre consulta y lectura.
Consultar un texto puede ser enteramente legítimo. De hecho, gran parte de nuestra vida intelectual depende de esa práctica. Buscamos una referencia, una formulación precisa, una síntesis, una aclaración. Nada hay de objetable en ello. El problema comienza cuando esa modalidad se convierte en el horizonte dominante de toda relación con lo escrito. Entonces incluso los libros, los ensayos o los poemas empiezan a ser abordados como depósitos de segmentos útiles. La pregunta deja de ser qué experiencia de pensamiento hace posible este texto, y pasa a ser qué puedo extraer de aquí con la menor pérdida de tiempo.
Esa pregunta reorganiza la sensibilidad.
La paciencia deja de parecer una virtud cognitiva y empieza a sentirse como un costo innecesario. La relectura se vuelve sospechosa de ineficiencia. La opacidad parcial de una página se interpreta de inmediato como falla de comunicación, antes que como eventual índice de una exigencia todavía no asumida por el lector. Y el deseo mismo de comprender se desplaza: ya no se orienta tanto hacia la transformación de la propia inteligencia por el encuentro con una forma, cuanto hacia la obtención rápida de un contenido disponible para nuevas operaciones.

Hay aquí, otra vez, una afinidad profunda con el destino contemporáneo de la autoría.
Si escribir corre el riesgo de volverse producción de formulaciones suficientemente válidas, leer corre el riesgo complementario de volverse consumo de formulaciones suficientemente extraíbles. Ambos movimientos se refuerzan mutuamente. Cuanto más se escribe para facilitar una captura sin resto, más se educa al lector en la expectativa de que todo texto pueda ser leído así. Y cuanto más se consolida esa expectativa, menos incentivos hay para sostener escrituras que exijan otro trato. No hace falta una censura explícita para que ciertas formas se vuelvan raras. Basta con que pierdan legibilidad económica dentro del régimen dominante de atención.
En ese punto, el lector sin autor no es solo una figura de recepción.
Es también un principio de producción. Los textos empiezan a componerse anticipando a ese lector. Se simplifican no solo para aclarar, sino para asegurar transferibilidad. Se ordenan no solo para pensar mejor, sino para facilitar su desmontaje en unidades reutilizables. Se alisa no únicamente la oscuridad innecesaria, sino también la aspereza fértil, la repetición insistente, la demora que hace madurar una diferencia, el giro tonal por el cual una idea cambia de gravedad. La forma se subordina cada vez más a la facilidad de circulación de su contenido.
Conviene insistir: no toda adaptación es decadencia. Sería insensato desconocer la potencia de herramientas que amplían acceso, aceleran búsquedas y vuelven menos excluyentes ciertos circuitos del saber. Hay usos de la síntesis, del resumen y de la asistencia que abren posibilidades reales para lectores antes expulsados por barreras de tiempo, formación o lenguaje. Defender la lectura no puede implicar

restaurar privilegios asociados a una dificultad socialmente administrada. Pero precisamente por eso hace falta distinguir entre la democratización de los medios de acceso y la reducción de la lectura a un puro consumo de resultados. Son dos procesos distintos, aunque hoy suelan confundirse.

La distinción importa también por razones políticas. Una sociedad habituada a leer sin autor puede volverse más vulnerable a formas refinadas de administración del discurso. No porque sus miembros sean incapaces de detectar errores groseros, sino porque se debilita la percepción de aquello que en una voz responde efectivamente por lo que dice. Las frases circulan con soltura, las posiciones se vuelven combinables, los registros pueden imitarse con gran eficacia. En ese escenario, la pregunta por la responsabilidad de la enunciación se vuelve más tenue. No desaparece, pero pierde nitidez bajo la abundancia de discursos plausibles.

Algo semejante ocurre en la conversación pública. Se multiplica la capacidad de producir intervenciones razonables, ponderadas, formalmente adecuadas. Y eso, tomado aisladamente, sería una buena noticia. Pero si esas intervenciones se independizan por completo de trayectorias de pensamiento efectivamente asumidas, la esfera pública gana fluidez y pierde espesor. Se vuelve más difícil distinguir entre una voz que ha sido transformada por el problema que aborda y una voz que simplemente ejecuta con solvencia la forma esperable de abordarlo. La diferencia no siempre puede demostrarse, pero una cultura lectora más fina al menos conserva el órgano para percibirla.

Ese órgano, sin embargo, necesita entrenamiento. No nace espontáneamente del mero contacto con muchos textos. Requiere prácticas de lectura en las

que el contenido no agote el valor de lo leído. Requiere pedagogías que enseñen a escuchar variaciones de tono, vacilaciones fértiles, modos de construir una precisión, maneras de hospedar una objeción sin resolverla de inmediato. Requiere también una cierta defensa del tiempo improductivo de la lectura: ese tiempo en el que todavía no sabemos para qué nos servirá una página, pero advertimos que algo en ella está reorganizando nuestros criterios de atención.

Tal vez por eso una de las tareas más urgentes no consista en salvar al autor, sino en formar lectores capaces de no prescindir tan fácilmente de él.

No del autor como celebridad, ni como garantía de valor, ni como centro soberano del sentido. Del autor como nombre posible para una experiencia de responsabilidad formal. Como indicio de que una frase no cayó del cielo ni emerge intacta de un repertorio neutral, sino que fue compuesta bajo ciertas presiones, renuncias, fidelidades y decisiones. Leer con autor sería entonces leer sin idolatría, pero también sin indiferencia hacia el hecho de que alguien tuvo que encontrar esa forma y no otra.

Esa forma de lectura modifica incluso la relación con el desacuerdo.

Cuando se lee solo para extraer tesis, disentir es relativamente sencillo: basta con oponer otra tesis, otro dato, otro marco interpretativo. Cuando se lee también una forma de elaboración, el desacuerdo puede volverse más exigente. Obliga a reconstruir no solo qué se dice, sino por qué debía decirse así para quien lo escribió. Esto no impide la crítica; la vuelve más rigurosa. Impide, al menos en parte, esa facilidad con la que hoy se refutan posiciones que en realidad apenas se han rozado en su superficie proposicional.

Algo análogo sucede con la admiración.

Un lector sin autor puede admirar mucho, pero admira a menudo resultados. La potencia conceptual de una idea, la elegancia de una fórmula, la contundencia de una síntesis. Todo eso es real. Pero hay una admiración más formativa, menos inmediata, que consiste en reconocer la disciplina de atención que un texto encarna. No se admira solo lo que dice, sino el tipo de relación con el problema que ha hecho posible ese decir. Esa admiración no produce seguidores; puede producir, en cambio, lectores menos apresurados a coincidir con lo ya formulado.

Quizá aquí se juegue una parte del porvenir de las humanidades, y no solo de ellas.

Porque la cuestión excede cualquier reparto disciplinario. Atraviesa la enseñanza de la filosofía, de la literatura, de la historia, de las ciencias sociales, pero también la formación profesional, la investigación científica y la vida democrática en general. Allí donde los textos se reducen a información acreditada, perdemos algo del ejercicio por el cual una cultura aprende a oír en el lenguaje no solo mensajes, sino modos de relación con la verdad. Y esa pérdida termina afectando incluso a quienes nunca se interesarían por debates explícitos sobre estilo o autoría.

De ahí que el problema no pueda resolverse mediante una simple exhortación a leer más despacio.

La lentitud por sí sola no produce lectura. También puede convertirse en ritual vacío, en prestigio ascético, en simulacro de profundidad. Lo decisivo no es la demora como valor abstracto, sino la disposición a dejar que un texto imponga, cuando lo merece, condiciones de atención distintas de las que el lector traía consigo. A veces eso exigirá lentitud. A veces exigirá relectura. A veces, una comparación paciente entre versiones de una misma idea. A veces,

simplemente, la honestidad de admitir que todavía no se ha leído lo bastante como para opinar con justeza. Tampoco bastará con reivindicar el libro frente a la pantalla.

El lector sin autor no depende de un soporte único. Puede habitar bibliotecas y universidades con la misma facilidad que plataformas digitales. Del mismo modo, una lectura atenta, vulnerable a la forma, puede ocurrir en medios diversos. La oposición decisiva no enfrenta papel y tecnología, sino dos economías de la atención y del valor. Una que considera lo escrito sobre todo por su capacidad de entrega rápida. Otra que reserva todavía un lugar para aquello cuya verdad no se separa enteramente de la manera en que pide ser leído.

En ese sentido, la defensa de la lectura sigue una lógica semejante a la que antes atribuíamos a la conciencia.

No protege una pureza originaria. Protege condiciones de ejercicio. Protege tiempos, instituciones, hábitos y exigencias sin los cuales ciertas operaciones del espíritu se vuelven improbables. Un lector capaz de no prescindir del autor no es un vestigio romántico. Es alguien que conserva, en el acto mismo de comprender, una sensibilidad para la responsabilidad de la forma. Y esa sensibilidad importa porque mantiene abierta una diferencia fundamental: la que existe entre recibir un contenido y encontrarse con una elaboración.

Tal vez el lector sin autor sea, en el fondo, el correlato exacto de una cultura que quisiera ahorrarse ese encuentro.

Preferiría resultados sin trayecto, inteligibilidad sin exposición, sentido sin el costo de una voz que responde por él. Pero una cultura así, por más eficiente que se vuelva, corre el riesgo de debilitar uno de los aprendizajes más delicados que la lectura ofrece:

aprender que no todo lo verdadero se deja separar fácilmente del modo en que alguien ha debido volverse capaz de decirlo. Allí el lector descubre que leer no es solo apropiarse de algo, sino entrar provisionalmente en una disciplina ajena de atención para ver qué parte de ella puede transformarlo.

Si esto vale, entonces leer conserva una dignidad que ninguna aceleración debería volver enteramente obsoleta.

No la dignidad prestigiosa de una práctica elevada por encima de la vida común, sino la de un ejercicio por el cual una sociedad forma sujetos menos disponibles para la equivalencia general de los discursos. Sujetos capaces de notar que dos frases pueden informar lo mismo y, sin embargo, no pedir lo mismo de nosotros. Que dos textos pueden coincidir en su tesis y divergir radicalmente en la honestidad de su elaboración. Que comprender de verdad no consiste siempre en llegar rápido al contenido, sino a veces en demorarse lo suficiente como para percibir qué clase de responsabilidad formal lo sostiene.

Acaso por eso el problema de los lectores sin autor no sea, en última instancia, un problema literario.

Es un problema de formación de la percepción. De qué rasgos seguimos siendo capaces de advertir en el lenguaje cuando casi todo nos educa para tratarlo como un medio transparente hacia fines previos. De qué parte de la experiencia intelectual queda todavía accesible cuando el texto vale sobre todo por su utilidad de transferencia. Y de cuánto puede resistir una cultura a la tentación de convertir toda lectura en una modalidad avanzada de extracción.

No habría que dramatizar hasta el apocalipsis. Siempre habrá lectores que busquen otra cosa. Siempre habrá textos que escapen, al menos parcialmente, al régimen dominante de legibilidad.

Siempre habrá lugares donde la lectura se practique todavía como una experiencia de transformación y no solo de adquisición. Pero esa persistencia, por sí sola, no basta. La cuestión es si tales prácticas conservarán fuerza instituyente o quedarán relegadas a enclaves cada vez más frágiles, tolerados como lujo minoritario mientras la norma general del leer se redefine en términos de captura, rendimiento y disponibilidad.
Lo que está en juego, entonces, no es simplemente el destino del autor.
Es la posibilidad de que el lector siga siendo algo más que un gestor de contenidos. Algo más que una inteligencia capaz de orientarse entre formulaciones eficaces. Algo más que un operador competente de materiales discursivos. Que siga siendo también alguien para quien leer implique aceptar, de vez en cuando, la autoridad provisional de una forma que no se deja reducir enseguida a recurso. Alguien que todavía pueda distinguir entre usar un texto y dejarse instruir por él en un sentido más exigente.
Si hubiera que cerrar este capítulo con una imagen, quizá no sería la del autor que firma, sino la del lector que escucha.
Escucha no solo lo que una frase afirma, sino el modo en que se sostiene. Escucha la presión que la obligó a tomar esa forma. Escucha, incluso, aquello que en ella no termina de cerrarse sin resto. Un lector así no idolatra la voz que lee, pero tampoco la trata como un accidente prescindible. Sabe que en ciertos textos la verdad no comparece desnuda, sino inseparable de una manera de hacerse responsable por su aparición.
Y tal vez esa escucha sea una de las pocas resistencias discretas que todavía merecen ser cultivadas.
Porque allí donde el lenguaje entero tiende a ofrecerse como material inmediatamente utilizable, escuchar una

voz en lo que leemos equivale a rehusar, aunque sea por momentos, la reducción de todo sentido a disponibilidad. Equivale a recordar que comprender no es solamente apropiarse de una conclusión, sino medir la calidad de la relación que una forma establece con aquello que dice. Equivale, en suma, a defender la posibilidad de lectores para quienes el autor no sea un ídolo, pero tampoco una ausencia indiferente.

Capítulo 10. ¿Las leeremos?

La pregunta ya no recae solamente sobre qué textos podrán escribirse, ni siquiera sobre quién los escribirá, sino sobre si todavía habrá una disponibilidad de lectura capaz de recibir aquello que no se entrega de inmediato.

No se trata de una duda cuantitativa. Textos habrá. Lectores también. Lo incierto es otra cosa: si subsistirá, con alguna fuerza cultural, una forma de lectura que no reduzca lo escrito a información circulante, a estímulo útil, a material de procesamiento. Preguntar **¿las leeremos?** no equivale a preguntar si ciertos libros serán abiertos, citados, reseñados o resumidos. Equivale a preguntar si serán efectivamente leídos en el sentido exigente del término: si encontrarán lectores capaces de aceptar las condiciones de atención que les son propias.

La cuestión importa porque una cultura puede seguir rodeándose de textos y, sin embargo, perder lentamente la aptitud para leer algunos de ellos.

No por censura. No por prohibición. A veces basta una transformación más difusa y más decisiva: que cambie el umbral de paciencia, que se estreche la tolerancia a la ambigüedad, que toda dificultad tienda a interpretarse como defecto, que toda demora empiece

a parecer un abuso. Entonces los textos más exigentes no desaparecen; simplemente dejan de encontrar el tipo de recepción para el que estaban hechos. Permanecen disponibles y, al mismo tiempo, se vuelven cada vez más improbables.

En ese escenario, la supervivencia material de las obras puede ocultar un empobrecimiento más hondo. Seguimos teniendo archivos, ediciones, catálogos, bibliotecas, repositorios y sistemas de acceso. Tal vez incluso tengamos mejores mecanismos de conservación que nunca. Pero conservar no es lo mismo que transmitir. Transmitir no consiste solo en poner algo al alcance, sino en mantener vivo el conjunto de hábitos perceptivos, expectativas intelectuales y disciplinas de atención sin las cuales ese algo deja de desplegar su potencia. Un texto puede estar perfectamente preservado y, sin embargo, haber perdido a sus lectores.

De ahí que la pregunta por el porvenir de la lectura no deba formularse en términos nostálgicos.

No se trata de lamentar que ya no se lea como antes, como si existiera un pasado homogéneo de lectores intensos y civilizaciones concentradas. Ese pasado no existió de la manera en que a veces se imagina. Siempre hubo lecturas superficiales, usos instrumentales del lenguaje, prestigios fingidos, repeticiones escolares, consumos distraídos. La lectura profunda nunca fue la norma pura de una época. Fue más bien una práctica frágil, exigente, sostenida por minorías relativas, instituciones concretas y ejercicios de formación muy desigualmente distribuidos.

Lo que hoy cambia no es, entonces, la pérdida de una edad de oro, sino la relación entre esa fragilidad y el entorno general que la vuelve más o menos practicable.

Hay contextos que, sin garantizarla, al menos no desmienten a cada instante la posibilidad de una lectura demorada. Y hay otros que la erosionan de forma continua, no por hostilidad explícita, sino por incompatibilidad estructural con sus ritmos. Cuando casi toda interacción con el lenguaje se organiza bajo signos de velocidad, disponibilidad, síntesis y reacción, la lectura sostenida deja de aparecer como una capacidad ordinaria que conviene cultivar y empieza a sentirse como una anomalía costosa que necesita justificación constante.

Allí emerge una tentación muy característica de nuestro tiempo.

Consiste en creer que el problema puede resolverse mediante prótesis de acceso cada vez más eficaces. Si un texto es largo, lo resumimos. Si es complejo, lo simplificamos. Si requiere contexto, lo encapsulamos. Si su estilo opone resistencia, traducimos su dificultad a formulaciones más manejables. Todas estas operaciones pueden ser útiles. A veces son incluso necesarias. Pero cuando se convierten en respuesta general al desafío de leer, introducen una sustitución silenciosa: ya no preguntamos cómo formar lectores para ciertos textos, sino cómo adaptar indefinidamente los textos a un lector que no debería verse alterado por ellos.

La diferencia es decisiva.

En el primer caso, el horizonte sigue siendo el encuentro con una forma de pensamiento cuya exigencia puede obligarnos a crecer. En el segundo, el horizonte pasa a ser la preservación de un régimen de comodidad cognitiva donde nada de lo leído debe modificar demasiado nuestras disposiciones de base. Leemos, sí, pero bajo la condición de que el texto llegue ya traducido al formato de nuestra disponibilidad previa. La hospitalidad se invierte: ya no es el lector

quien entra en la casa del texto, sino el texto el que debe ingresar sin fricción en la economía mental del lector.
No hace falta condenar sin matices ese desplazamiento para advertir su costo.
Gracias a esas mediaciones, muchas personas acceden hoy a obras, debates y tradiciones que antes les habrían quedado prácticamente vedados. Esa ampliación es real y no debería minimizarse. El problema comienza cuando el acceso asistido se presenta como equivalente suficiente del acto de leer. Porque entonces se borra la diferencia entre aproximarse a un contenido y atravesar la experiencia de su elaboración. Se confunde el mapa con el territorio, la síntesis con el recorrido, la inteligibilidad preliminar con la lectura consumada.
Tal vez por eso la pregunta **¿las leeremos?** encierra también otra: **¿seguiremos formando a alguien para que pueda leerlas?**
No basta con que existan textos valiosos. Hace falta una cultura pedagógica que no considere inmediatamente ilegítima la dificultad. Hace falta una enseñanza que no reduzca la comprensión a identificación rápida de tesis, argumentos y conclusiones. Hace falta, incluso antes que un canon, una cierta ética de la atención: el aprendizaje de soportar no solo la complejidad, sino también la lentitud, la vacilación, la necesidad de volver atrás, el hecho elemental de que entender bien rara vez coincide con entender pronto.
Esa formación no se limita a la escuela o a la universidad.
Se juega también en los modos ordinarios con que una sociedad distribuye prestigio, tiempo y valor. Se juega en la conversación pública, en el periodismo, en la

investigación, en la edición, en la crítica, en la manera en que se recomienda un libro, se cita una idea o se discute una posición. Cuando todo incentivo premia la reacción instantánea y la condensación extrema, la lectura exigente pierde no solo practicantes, sino también legitimidad simbólica. Empieza a parecer un lujo improductivo, una afectación erudita o una resistencia caprichosa a la modernización de los intercambios.

Sin embargo, quizá convenga invertir la sospecha. Tal vez improductiva no sea la demora, sino la ilusión de que una inteligencia puede sostenerse indefinidamente sobre resultados que no ha aprendido a producir ni a reconocer en su génesis. Tal vez haya un empobrecimiento de largo plazo allí donde una cultura se acostumbra a vivir de formulaciones cada vez más correctas y cada vez menos atravesadas por el trabajo de pensamiento que las vuelve significativas. Una sociedad puede ganar enorme eficiencia en la circulación de contenidos y perder, al mismo tiempo, parte de su musculatura para distinguir entre lo simplemente plausible y lo verdaderamente pensado. Esta pérdida rara vez se presenta como ignorancia. Se presenta, más bien, como suficiencia funcional. Todo parece estar disponible. Todo parece poder explicarse, resumirse, combinarse, reaprovecharse. La superficie de inteligibilidad se expande. Pero precisamente por eso se vuelve más difícil advertir dónde empieza la comprensión aparente y dónde la real. No porque exista una pureza inaccesible del sentido, sino porque leer de verdad implica algo más que reconocer estructuras argumentativas o absorber conclusiones transferibles. Implica también dejarse afectar por la necesidad interna de una forma.

Allí el destino de ciertos textos se vuelve incierto.

No porque sean intrínsecamente superiores, ni porque pertenezcan a una aristocracia del espíritu, sino porque piden algo que tal vez una cultura ya no esté dispuesta a conceder con facilidad: atención no inmediatamente rentable. Piden tiempo sin garantía previa de utilidad. Piden un tipo de paciencia que no puede justificarse por anticipado con indicadores claros de rendimiento. Piden, en suma, una confianza provisional en que el sentido más valioso no siempre coincide con el más rápidamente extraíble.

Muchos de los textos decisivos de una tradición han exigido precisamente eso.

No fueron importantes porque contuvieran datos inaccesibles por otras vías, sino porque instauraron modos de mirar, de preguntar, de distinguir, de dudar, de describir. Su verdad no consistía solo en lo que afirmaban, sino en la disciplina de atención que imponían. Leerlos no equivalía meramente a enterarse de sus tesis. Equivalía a dejar que reordenasen algo en la percepción del lector. Si esa disposición desaparece, tales textos pueden seguir siendo citados durante mucho tiempo, pero ya no obran del mismo modo en la vida de una cultura.

De ahí que la pregunta por si las leeremos sea inseparable de otra más incómoda: **¿querremos todavía ser leídos por ellas?**

Porque no siempre es el lector quien domina la situación. En la lectura fuerte hay una extraña inversión de iniciativa: el texto, durante un rato, manda. No en el sentido de imponer obediencia doctrinal, sino en el de exigir un régimen de atención, una velocidad, un tono de escucha, una disciplina contra la cual nuestras urgencias habituales no conservan pleno derecho. Leer bien supone aceptar esa subordinación provisional. Y no es evidente que una cultura organizada cada vez

más en torno a la soberanía del usuario, del consumidor o del gestor de flujos siga reconociendo fácilmente el valor de ese gesto.
Quizá por eso se vuelve tan frecuente una defensa abstracta de la lectura acompañada por una práctica cada vez más funcional de lo leído.
Se celebra el libro, se invoca la reflexión, se lamenta la distracción general. Pero al mismo tiempo se refuerzan las condiciones bajo las cuales solo parece justificable aquello que puede ser rápidamente incorporado a una cadena de usos. En ese marco, hasta la lectura seria corre el riesgo de justificarse con argumentos que la traicionan: se la recomienda porque mejora habilidades, optimiza competencias, incrementa creatividad, fortalece liderazgo o favorece ventajas comparativas. Nada de esto es del todo falso. Pero cuando esa es la gramática dominante de su defensa, la lectura queda ya subordinada al lenguaje de la extracción de beneficios.
Y entonces algo esencial se desplaza.
Lo que estaba en juego no era solo la utilidad eventual de leer, sino la formación de sujetos capaces de habitar una relación no enteramente utilitaria con el lenguaje y con la verdad. Sujetos que no pidan a cada experiencia su acreditación inmediata en términos de provecho. Sujetos que admitan que cierta transformación de sí requiere atravesar zonas donde el rendimiento no puede medirse todavía. Allí la lectura se parece menos a una adquisición y más a una educación del juicio, de la sensibilidad y de la responsabilidad intelectual.
Conviene insistir en un punto.
La amenaza sobre esa forma de lectura no proviene únicamente de dispositivos técnicos o mercados culturales. Proviene también de una tentación interior del lector: la de preferirse intacto. Todo texto exigente plantea, de manera más o menos silenciosa, esta

alternativa: o bien lo reducimos a lo que ya podemos hacer con él, o bien consentimos en que introduzca algún desajuste en nuestros criterios. Lo primero es más cómodo. Lo segundo es más formativo. Y no hay tecnología que decida por nosotros esa diferencia.
En ese sentido, el futuro de la lectura no depende solo de infraestructuras, sino de una cierta voluntad de exposición.
Exponerse a un texto quiere decir aceptar que no sabremos de inmediato qué hacer con él. Aceptar que puede frustrar expectativas, suspender la prisa, volver imprecisos durante un tiempo nuestros instrumentos habituales de apropiación. En una época que valora con razón la accesibilidad, esta exposición puede parecer sospechosa, como si escondiera un gusto elitista por la oscuridad. Pero no se trata de eso. Se trata de reconocer que no todo lo difícil es arbitrario y que no toda fricción es una forma de exclusión. A veces la dificultad es el precio mismo de una precisión que no podría obtenerse de otro modo.
Por eso las obras del porvenir no necesitarán solo autores o sistemas de conservación.
Necesitarán comunidades de lectura. No comunidades definidas por la veneración, sino por prácticas compartidas de atención. Espacios donde aún sea posible discutir no solo qué dice un texto, sino cómo obliga a decirlo, qué operaciones del pensamiento vuelve posibles, qué clase de paciencia reclama, qué formas de precipitación denuncia. Allí la lectura deja de ser consumo solitario de materiales y recupera algo de su dimensión instituyente: la de una práctica por la que una sociedad aprende a discriminar calidades de relación con el lenguaje.
Sin esas comunidades, incluso el lector bien dispuesto corre el riesgo de quedar aislado.

Y el aislamiento, en materia de lectura, no siempre fortalece. A veces debilita. Debilita porque la percepción fina también se afina en la conversación, en la comparación de lecturas, en la corrección recíproca, en la experiencia de descubrir que otro ha oído en una página algo que a nosotros se nos escapaba. Una cultura que ya no se reúne alrededor de esa exigencia pierde más que hábitos escolares: pierde instrumentos colectivos para sostener niveles de atención que individualmente se vuelven muy costosos.

La pregunta **¿las leeremos?** admite entonces una respuesta ambigua.

Sí, algunas seguirán leyéndose. Sí, persistirán lectores capaces de esa experiencia. Sí, habrá instituciones, grupos y maestros que custodien, no como reliquia sino como práctica viva, ciertas formas de trato con lo escrito. Pero también es posible que, en términos generales, muchas obras sean cada vez más conocidas sin ser realmente leídas. Más disponibles sin ser realmente transmitidas. Más citables sin ser verdaderamente habitables. Y esa distancia entre presencia material y eficacia formativa puede convertirse en uno de los rasgos más característicos de la cultura venidera.

Lo decisivo no será, por tanto, contar lectores, sino distinguir modos de lectura.

No bastará con saber cuánto se lee, cuántas páginas circulan, cuántos títulos se venden, cuántas referencias se intercambian. Habrá que preguntarse bajo qué régimen de atención tiene lugar todo eso. Si leemos para confirmar repertorios disponibles o para dejarlos en suspenso. Si leemos para extraer o para escuchar. Si leemos para usar o también, a veces, para aprender la forma de una responsabilidad intelectual ajena antes

de juzgarla. La estadística de la lectura dice poco si no va acompañada por una fenomenología de sus modos. Tal vez el porvenir dependa de que esa diferencia no se vuelva invisible.

Porque una vez que toda relación con los textos se interpreta en clave de acceso, transferencia y funcionalidad, ya no solo se transforman los hábitos lectores: se transforma también la idea misma de pensamiento. Pensar empieza a parecer inseparable de gestionar información bien formulada. Y aunque el pensamiento necesite esa capacidad, no se agota en ella. Hay momentos en que pensar consiste precisamente en seguir una inflexión verbal, una precaución conceptual, una insistencia formal que todavía no rinde resultado, pero sin la cual el resultado posterior carecería de verdad.

Si esto es así, entonces la pregunta por si las leeremos no es secundaria ni melancólica.

Es una pregunta sobre el tipo de inteligencia que una cultura desea cultivar. Una inteligencia cada vez más apta para operar con contenidos disponibles puede ser extremadamente poderosa. Pero si pierde sensibilidad para la elaboración que no cabe entera en sus productos, esa misma potencia se vuelve más vulnerable a la sustitución generalizada del pensamiento por sus equivalentes funcionales. El riesgo no es quedarnos sin textos. El riesgo es acostumbrarnos a no necesitar verdaderamente su experiencia.

Y sin embargo, nada obliga a que ese desenlace se cumpla por completo.

Las culturas no obedecen linealmente a una sola lógica. Incluso en los entornos más acelerados pueden abrirse interrupciones fértiles. Incluso allí donde domina la extracción puede renacer el gusto por una lectura que no se deja colonizar enseguida por el uso.

Incluso las herramientas que favorecen la síntesis pueden, si se las inscribe en otra ética, servir como umbral y no como sustituto. La cuestión no es abolir mediaciones, sino impedir que ocupen el lugar de aquello a lo que deberían conducir.

Quizá eso sea lo más razonable que puede afirmarse. No sabemos del todo si las leeremos. Pero sí sabemos que seguir leyendo en sentido fuerte requerirá decisiones culturales, pedagógicas e íntimas que no se toman solas. Requerirá defender no una nostalgia del pasado, sino una posibilidad del espíritu. La posibilidad de que haya todavía textos cuya verdad no consista solo en lo que entregan, sino en la transformación de atención que exigen. Y la posibilidad correlativa de que haya lectores dispuestos a no considerar esa exigencia como un obstáculo, sino como parte de lo que vuelve valiosa la experiencia de leer.

Epílogo

Tal vez todo lo dicho a lo largo de estas páginas pueda condensarse en una inquietud simple.

No qué será del libro, del autor o de las tecnologías de escritura consideradas por separado, sino qué será de nuestra relación con las formas en que el pensamiento se vuelve responsable de sí en el lenguaje. Cada capítulo ha rodeado, desde distintos ángulos, esa preocupación. La escritura amenazada por su propia facilidad. La autoría desplazada hacia funciones cada vez más neutras. La lectura tentada a conformarse con resultados sin trayecto. La cultura entera aproximándose a un punto en el que la circulación del sentido puede prosperar mientras se adelgaza la experiencia de su elaboración.

No conviene dramatizar esa transformación como si nos acercáramos al fin de toda vida intelectual.

Las capacidades no desaparecen de un día para otro. Se desplazan, se redistribuyen, se vuelven más raras en ciertos ámbitos y más intensas en otros. Siempre habrá quienes escriban con verdadera necesidad, quienes lean con paciencia, quienes sigan esperando de una frase algo más que su inmediata utilidad. Pero sería ingenuo suponer que esas prácticas se sostienen por inercia. Necesitan condiciones. Necesitan instituciones. Necesitan prestigios bien orientados. Necesitan también una crítica capaz de nombrar con precisión aquello que se pierde cuando la forma se somete por completo a la lógica de la disponibilidad. Esa pérdida no es solo estética.

Es cognitiva, ética y política. Cognitiva, porque empobrece nuestra relación con modos de verdad inseparables de su elaboración. Ética, porque debilita la sensibilidad hacia la responsabilidad implicada en encontrar una forma justa para decir algo. Política, porque una esfera pública saturada de formulaciones plausibles, intercambiables y eficaces puede volverse menos apta para distinguir entre discurso realmente asumido y mera ejecución competente de discursos esperables. Allí donde todo puede sonar razonable, la cuestión de quién responde de verdad por lo que dice adquiere una importancia nueva.

Tal vez por eso el problema de la escritura contemporánea no se resuelva defendiendo objetos, sino ejercicios.

No se trata ante todo de salvar al libro contra la pantalla, al autor contra la máquina, ni a la lentitud contra la rapidez. Se trata de preservar y reinventar prácticas en las que todavía sea posible advertir la diferencia entre producir lenguaje y pensar en él; entre consumir formulaciones y leer una elaboración; entre tener acceso a contenidos y dejarse formar por una disciplina de atención. El porvenir dependerá menos de

nuestras declaraciones de principio que de los hábitos concretos con los que sostengamos esa diferencia.
En ese punto, la tarea no es puramente defensiva. No basta con resistir. Hace falta también inventar modos contemporáneos de fidelidad a esas exigencias. Pedagogías que enseñen a usar herramientas de asistencia sin delegar en ellas la experiencia de lectura. Ediciones y mediaciones que faciliten el acceso sin disolver la aspereza fértil de los textos. Formas de conversación pública menos sometidas al reflejo de opinar antes de haber reconstruido. Instituciones que no confundan siempre claridad con simplificación ni productividad con pensamiento. La cuestión no es cerrar el paso a lo nuevo, sino impedir que lo nuevo sea aceptado al precio de volver ilegible lo más delicado de la experiencia intelectual.
Acaso el núcleo de todo esto sea una cierta idea de formación.
Formarse no consiste solo en acumular conocimientos, ni siquiera en adquirir competencias interpretativas. Consiste en aprender a percibir diferencias que antes no percibíamos. Diferencias de tono, de rigor, de responsabilidad, de relación con el objeto, de honestidad en la exposición, de resistencia a la frase fácil. Una cultura digna de ese nombre no transmite únicamente contenidos; transmite también órganos de percepción. Y esos órganos pueden atrofiarse si todo el entorno enseña a tratar el lenguaje como un medio transparente hacia fines ya decididos.
Nada asegura que esa atrofia llegue a consumarse. Tampoco nada asegura lo contrario. De ahí que la cuestión permanezca abierta y exija algo más que diagnóstico. Exija elecciones. Elecciones de lectura, de enseñanza, de escritura, de edición, de conversación, de tiempo. Elegir no siempre una página útil, sino a veces una página exigente. Elegir no siempre la

formulación más disponible, sino a veces la más justa. Elegir no siempre hablar enseguida, sino demorarse hasta que la relación entre lo que queremos decir y la forma de decirlo haya ganado en responsabilidad. Son decisiones pequeñas, dispersas, a menudo invisibles. Pero de su acumulación depende buena parte del clima intelectual de una época.

Si hubiera que nombrar el bien que estas páginas han querido defender, no sería la pureza.

Sería más bien una **reserva de no equivalencia**. La convicción de que no todo puede traducirse sin resto al mismo régimen de circulación, de utilidad y de captura. La experiencia de que algunas frases piensan no solo por lo que contienen, sino por cómo obligan a leerlas. La sospecha de que una cultura se empobrece cuando ya no sabe advertir la diferencia entre un sentido disponible y una forma que se hace responsable de él. Esa reserva no impide la innovación, ni la síntesis, ni la asistencia, ni la expansión del acceso. Solo pide que ninguna de esas ganancias se obtenga al precio de declarar irrelevante aquello que no entra del todo en su gramática.

Quizá el gesto más humilde y más necesario consista, entonces, en seguir ejercitando cierta escucha. Escuchar cuándo una frase está viva y cuándo solo funciona. Escuchar cuándo una claridad ha sido conquistada y cuándo ha sido comprada mediante amputaciones invisibles. Escuchar cuándo un texto pide ser usado y cuándo pide antes ser atendido. Escuchar, incluso, cuándo nuestra propia impaciencia está a punto de confundir comprensión con extracción. No para volvernos guardianes solemnes de una alta cultura idealizada, sino para conservar una libertad elemental frente al régimen que quisiera volver todo inmediatamente utilizable.

En última instancia, eso es también una forma de esperanza.
No una esperanza grandiosa, histórica o redentora. Una esperanza menor, sobria, práctica: que sigan existiendo escritores para quienes la forma sea una responsabilidad y lectores para quienes esa responsabilidad sea todavía perceptible. Que no se cierre del todo el espacio en el que una voz, al buscar con dificultad su justeza, encuentra a alguien dispuesto a escuchar no solo lo que dice, sino el trabajo por el cual ha llegado a poder decirlo. Que el lenguaje no quede reducido por completo a depósito de materiales intercambiables. Que persista, aun bajo condiciones adversas, la posibilidad de ese encuentro.
Y si esa posibilidad persiste, aunque sea de manera frágil, no habrá terminado lo esencial.
Porque mientras una cultura conserve lectores capaces de distinguir entre recibir un contenido y encontrarse con una elaboración, conservará también algo decisivo de su capacidad de pensar. No pensará siempre mejor. No evitará la simplificación, la propaganda, la pereza o el ruido. Pero mantendrá abierto un espacio donde la verdad no se mida solo por su disponibilidad, donde la forma no sea un adorno prescindible y donde leer siga siendo, a veces, una manera de aprender a volverse más responsable ante lo que se dice, se escucha y se piensa.

FIN